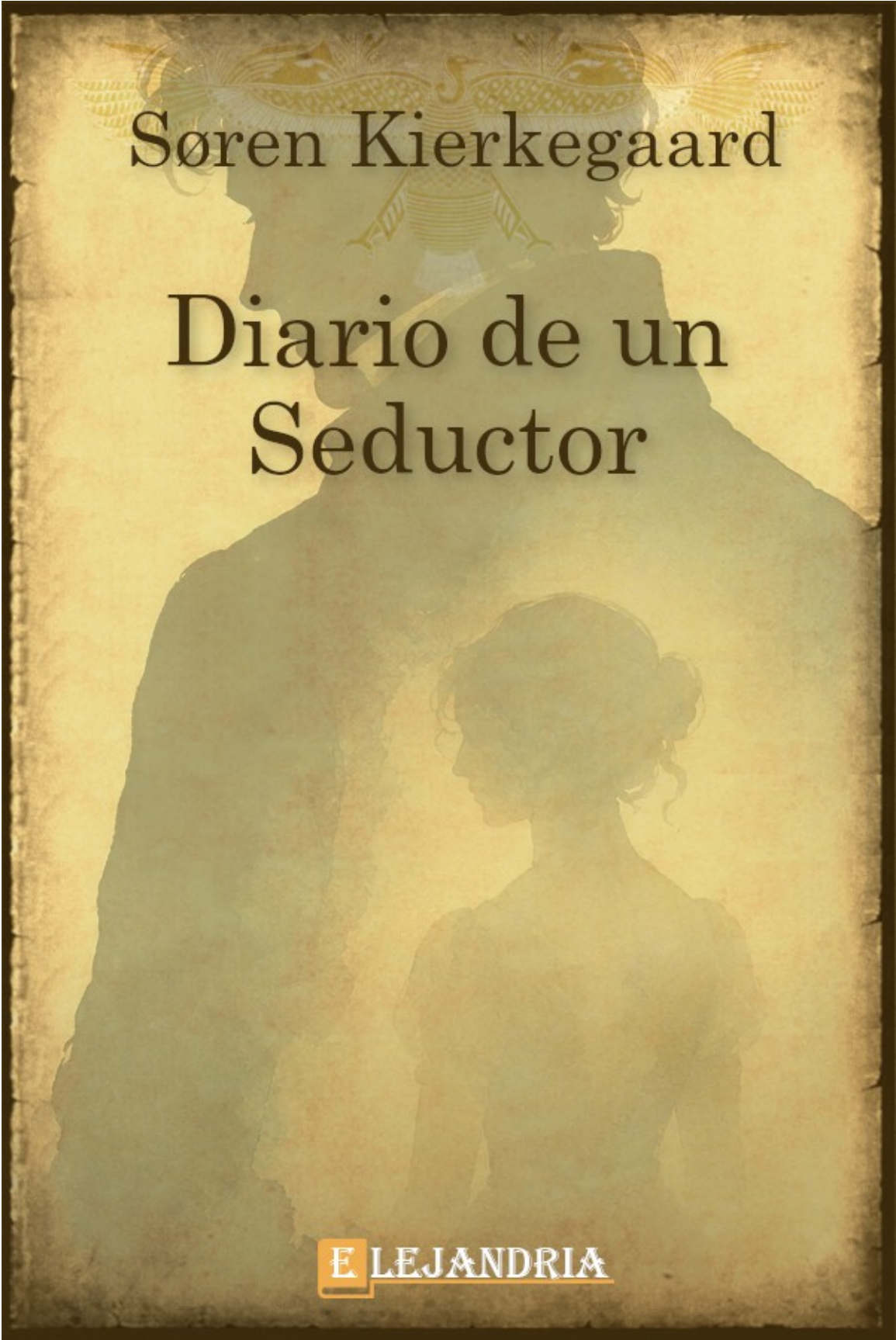




Søren Kierkegaard

Diario de un
Seducutor

E LEJANDRIA



Søren Kierkegaard

Diario de un
Seducutor

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DIARIO DE UN SEDUCTOR

SØREN KIERKEGAARD

PUBLICADO: 1843

FUENTE: DA.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: C. A. LA EDITORIAL DE REITZEL,
COPENHAGUE, 1878**

PREFACIO DEL EDITOR

*Sua passion' predominante
e la giovin principiante.*

Don Giovanni, aria n.º 4.

No puedo ocultarme a mí mismo, apenas puedo hacerme dueño de la angustia que en este instante se apodera de mí, cuando por mi propio interés me decido a hacer una copia en limpio exacta de la copia apresurada que en su día solo pude procurarme con la mayor prisa y con mucha inquietud. La situación se presenta ante mí tan angustiosa, pero también tan llena de reproches, como entonces. Él, contra su costumbre, no había cerrado con llave su secreter, de modo que todo su contenido quedaba a mi disposición; pero sería en vano que quisiera embellecer mi proceder recordándome a mí mismo que no he abierto ningún cajón. Había un cajón abierto. En él había una cantidad de papeles sueltos, y encima de ellos yacía un libro en gran cuarto, encuadernado con gusto. En la cara que quedaba hacia arriba había pegada una viñeta de papel blanco, en la que él mismo había escrito de su puño y letra: *Commentarius perpetuus n.º 4*. En vano trataría, sin embargo, de convencerme a mí mismo de que, si aquella cara del libro no hubiera estado vuelta hacia arriba, y si el llamativo título no me hubiera tentado, no habría caído en la tentación, o al menos habría opuesto resistencia. El título en sí era singular, aunque no tanto por sí mismo como a causa de lo que lo rodeaba. Con una mirada fugaz a los papeles sueltos averigüé que estos contenían apreciaciones de situaciones eróticas, algunas indicaciones sobre una u otra relación, bosquejos de cartas de una

índole muy particular, que más tarde llegué a conocer en su descuido calculado y artísticamente acabado. Cuando ahora, después de haber calado el interior intrigante de este hombre depravado, evoco la situación, cuando con mis ojos abiertos a toda astucia me sitúo de nuevo, por así decirlo, ante aquel cajón, me produce la misma impresión que debe de producirle a un agente de policía cuando entra en el cuarto de un falsificador, abre sus escondrijos y encuentra en un cajón una cantidad de papeles sueltos, escritos de prueba; en uno hay un pequeño trozo de follaje, en otro una firma, en un tercero una línea escrita al revés. Esto le muestra fácilmente que está en el buen camino, y la alegría por ello se mezcla con cierta admiración por el estudio, por el esmero, que aquí es inconfundible. A mí, sin duda, me habría ido un poco diferente, pues estoy menos acostumbrado a rastrear delitos y no voy armado con... una placa de policía. Habría sentido el doble peso de esta verdad: que andaba por caminos ilícitos. En aquel momento me quedé tan pobre de pensamientos como de palabras, como suele ocurrir generalmente. Uno queda impresionado por una impresión, hasta que la reflexión vuelve a soltarse y, múltiple y rápida en sus movimientos, se insinúa y congracia con el desconocido extraño. Cuanto más desarrollada está la reflexión, tanto más rápido sabe recobrase; se vuelve, como un expedidor de pasaportes para viajeros extranjeros, tan familiarizada con ver las figuras más fantásticas, que no se deja fácilmente desconcertar. Pero aunque mi reflexión está sin duda muy desarrollada, en el primer momento quedé, sin embargo, sumamente asombrado; recuerdo muy bien que palidecí, que estuve a punto de caer redondo, y cuán angustiado estaba por ello. Pongamos que él hubiese vuelto a casa y me hubiese encontrado desmayado, con el cajón en la mano... una mala conciencia es, sin embargo, capaz de hacer interesante la vida.

El título del libro no me sorprendió en sí mismo; pensé que era una colección de extractos, lo cual me pareció bastante natural, pues sabía que él siempre se había dedicado con ahínco a sus estudios. Sin embargo, contenía cosas muy distintas. No era ni más ni menos que un diario, llevado con esmero; y como, por lo que hasta

entonces había conocido de él, no me parecía que su vida necesitara tanto de un comentario, no niego, tras la visión de conjunto que ahora obtuve, que el título fue elegido con mucho gusto y mucho juicio, con una verdadera superioridad estética y objetiva sobre sí mismo y sobre la situación. Este título está en perfecta armonía con todo el contenido. Su vida ha sido un intento de realizar la tarea de vivir poéticamente. Con un órgano agudamente desarrollado para descubrir lo interesante en la vida, ha sabido encontrarlo, y, tras haberlo encontrado, reproducir siempre lo vivido a medias poéticamente. Su diario, por tanto, no es históricamente exacto ni simplemente narrativo, no es indicativo, sino subjuntivo. Aunque lo vivido está, naturalmente, anotado después de haber sido vivido, a veces quizá incluso mucho tiempo después, está, sin embargo, con frecuencia presentado como si ocurriera en el mismo instante, tan dramáticamente vívido que a veces parece como si todo transcurriera ante los propios ojos. Que él hubiera hecho esto porque tuviera algún otro propósito con este diario es sumamente inverosímil; que en el sentido más estricto solo ha tenido un significado personal para él es evidente; y suponer que tengo ante mí una obra poética, acaso incluso destinada a imprimirse, lo prohíben tanto el conjunto como cada detalle. Ciertamente que él no tendría nada que temer por su persona si la publicara, pues la mayoría de los nombres son tan singulares que no hay en absoluto ninguna probabilidad de que sean históricos; solo he concebido la sospecha de que el nombre de pila es históricamente correcto, de modo que él mismo siempre pudiera estar seguro de reconocer a la persona real, mientras que cualquier ajeno al caso se vería extraviado por el apellido. Así ocurre, al menos, con la muchacha que yo conocía, en torno a la cual gira el interés principal, Cordelia; ella se llamaba, en efecto, Cordelia, pero no, en cambio, Wahl.

¿Cómo se explica, entonces, que el diario haya adquirido, a pesar de todo, semejante tinte poético? La respuesta no es difícil; se explica por la naturaleza poética que hay en él, que, si se quiere, no es lo bastante rica, si se quiere, no es lo bastante pobre, para separar la poesía de la realidad. Lo poético era el «más» que él

mismo aportaba. Este «más» era lo poético que él gozaba en la situación poética de la realidad; y esto lo recuperaba a su vez en forma de reflexión poética. Ese era el segundo goce, y toda su vida estaba calculada para el goce. En el primer caso gozaba personalmente de lo estético; en el segundo caso gozaba estéticamente de su personalidad. En el primer caso, lo esencial era que él gozaba egoísta y personalmente de lo que en parte la realidad le daba, en parte él mismo había fecundado la realidad; en el segundo caso, su personalidad se volatilizaba, y entonces gozaba de la situación y de sí mismo en la situación. En el primer caso necesitaba siempre la realidad como ocasión, como momento; en el segundo caso, la realidad quedaba ahogada en lo poético. El fruto del primer estadio es, así, el estado de ánimo del que ha surgido el diario como fruto del segundo estadio, tomada esta palabra, en este último caso, en un sentido algo distinto que en el primero. Lo poético lo ha tenido, así, siempre, merced a la ambigüedad en la que transcurría su vida.

Detrás del mundo en que vivimos, lejos, en el fondo, hay otro mundo, que guarda con aquel una relación parecida a la que guarda con la escena real la escena que a veces se ve en el teatro detrás de ella. Se ve, a través de un tenue velo, como un mundo de gasa, más ligero, más etéreo, de otra calidad que el real. Muchas personas que se muestran corporalmente en el mundo real no pertenecen a este, sino a aquel otro. Pero el que una persona se desvanezca así, casi desaparezca para la realidad, puede tener su causa tanto en una salud como en una enfermedad. Este era el caso de este hombre, a quien una vez conocí sin conocerlo. No pertenecía a la realidad, y sin embargo tenía mucho que ver con ella. Corría siempre por encima de ella, pero incluso cuando más se entregaba, estaba ya más allá de ella. Pero no era el bien lo que lo llamaba hacia otra parte, ni tampoco era propiamente el mal; ni siquiera en este momento me atrevo a decir eso de él. Padecía de una *exacerbatio cerebri*, para la cual la realidad no tenía suficiente estímulo, a lo sumo solo momentáneamente. No se excedía en sus fuerzas con la realidad, no era demasiado débil para soportarla, no, era demasiado fuerte; pero

esa fortaleza era una enfermedad. Tan pronto como la realidad perdía su significado como estímulo, quedaba desarmado; en eso residía el mal en él. De esto era él consciente incluso en el instante mismo del estímulo, y en esa conciencia residía el mal.

A la muchacha cuya historia constituye el contenido principal del diario, la he conocido. Si ha seducido a más, no lo sé; sin embargo, parece desprenderse de sus papeles. Parece, además, haber sido diestro en otra clase de práctica que lo caracteriza por entero, pues era demasiado espiritual para ser un seductor en el sentido corriente. Se ve también por el diario que a veces era algo del todo arbitrario lo que deseaba, un saludo, por ejemplo, y no habría querido recibir más por nada del mundo, porque eso era lo más bello de la persona en cuestión. Con ayuda de sus dotes espirituales ha sabido tentar a una muchacha, atraerla hacia sí, sin preocuparse de poseerla en un sentido más estricto. Puedo imaginarme que ha sabido llevar a una muchacha hasta el punto culminante en que estaba seguro de que ella lo sacrificaría todo. Cuando el asunto había llegado tan lejos, entonces rompía, sin que de su parte hubiera habido el más mínimo acercamiento, sin que se hubiera pronunciado una sola palabra de amor, y mucho menos una declaración, una promesa. Y, sin embargo, había ocurrido, y la desdichada conservaba la conciencia de ello doblemente amarga, porque no tenía lo más mínimo a que agarrarse, porque tenía que verse continuamente zarandeada por los estados de ánimo más diversos en una espantosa danza de brujas, ora haciéndose reproches a sí misma, perdonándolo, ora haciéndole reproches a él, y ahora, cuando la relación solo en un sentido impropio había tenido realidad, tenía que luchar sin cesar con la duda de si todo aquello no habría sido una fantasía. A nadie podía confiarse, pues en realidad no tenía nada que confiarles. Cuando se ha soñado, se puede contar a los demás el sueño, pero lo que ella tenía que contar no era, desde luego, ningún sueño, era realidad, y sin embargo, en cuanto quería expresarlo a otra persona para aliviar su ánimo apesadumbrado, resultaba que no era nada. Eso lo sentía ella muy bien. Nadie podía asirlo, apenas ella misma, y sin embargo pesaba

sobre ella con una gravedad angustiosa. Semejantes víctimas eran, por tanto, de una índole muy particular. No eran muchachas desdichadas que, expulsadas, o con la idea de haber sido expulsadas por la sociedad, se afligieran de forma sana y vigorosa, y de vez en cuando, cuando el corazón se les llenaba en exceso, le dieran salida en odio o en perdón. No se había producido en ellas ningún cambio visible; vivían en circunstancias habituales, respetadas como siempre, y sin embargo estaban cambiadas, casi de forma inexplicable para ellas mismas, incomprensible para los demás. Su vida no estaba, como la de aquellas, quebrada o rota; estaba doblada hacia dentro de sí mismas; perdidas para los demás, buscaban en vano encontrarse a sí mismas. En el mismo sentido en que podría decirse que su camino a través de la vida no dejaba huella (pues sus pies estaban hechos de tal manera que retenían la huella bajo sí, así es como mejor me represento yo su infinita reflexión sobre sí mismo), en ese mismo sentido no caía para él ninguna víctima. Vivía de un modo demasiado espiritual para ser un seductor en el sentido corriente. A veces, sin embargo, asumía un cuerpo parastático, y era entonces pura sensualidad. Incluso su historia con Cordelia está tan enredada que le era posible presentarse como el seducido; hasta la propia desdichada muchacha puede a veces estar perpleja al respecto; también aquí su huella es tan indistinta que toda prueba resulta imposible. Los individuos no han sido para él más que estímulo; se los sacudía de encima, como los árboles sacuden sus hojas —él rejuvenecía, el follaje se marchitaba.

Pero ¿cómo será por dentro de su propia cabeza? Del mismo modo que ha extraviado a otros, pienso que él acabará por extraviarse a sí mismo. A los demás los ha extraviado no en un sentido externo, sino internamente, en lo que a ellos mismos respecta. Hay algo indignante en que un hombre lleve a un caminante, que anda perplejo sobre el camino, por sendas equivocadas, y luego lo deje solo en su extravío; y sin embargo, ¿qué es esto en comparación con llevar a una persona a extraviarse dentro de sí misma? El caminante extraviado tiene, al menos, el

consuelo de que el paisaje cambia continuamente a su alrededor, y con cada cambio nace una esperanza de encontrar una salida; el que se extravía dentro de sí mismo no tiene un territorio tan grande en el que moverse; pronto advierte que es un círculo del que no puede salir. Así pienso que le sucederá a él mismo, según una escala aún mucho más terrible. No puedo imaginarme nada más atormentador que una cabeza intrigante que pierde el hilo, y vuelve ahora toda su agudeza contra sí misma, mientras la conciencia despierta y se trata de salir de este enredo. En vano tiene muchas salidas a su madriguera de zorro; en el instante en que su alma angustiada ya cree ver entrar la luz del día, resulta que es una nueva entrada, y así busca, como una pieza de caza espantada, perseguida por la desesperación, sin cesar una salida, y encuentra sin cesar una entrada por la que vuelve a adentrarse en sí mismo. Una persona así no siempre es lo que podría llamarse un criminal; él mismo se ve a menudo engañado por sus propias intrigas, y sin embargo lo alcanza un castigo más terrible que al criminal; pues ¿qué es incluso el dolor del arrepentimiento en comparación con esta locura consciente? Su castigo tiene un carácter puramente estético; pues hasta decir que la conciencia despierta es una expresión demasiado ética para él; la conciencia se configura para él tan solo como una conciencia superior, que se manifiesta como una inquietud, que ni siquiera en un sentido más profundo lo acusa, sino que lo mantiene despierto, sin darle reposo en su estéril desasosiego. Tampoco está loco; pues la multiplicidad de los pensamientos finitos no está petrificada en la eternidad de la locura.

La pobre Cordelia, a ella también le costará trabajo encontrar la paz. Ella lo perdona desde lo más íntimo de su corazón, pero no encuentra reposo, pues entonces despierta la duda: fue ella quien rompió el compromiso, fue ella la causante de la desdicha, fue su orgullo el que ansiaba lo extraordinario. Entonces se arrepiente, pero no encuentra reposo; pues entonces los pensamientos acusadores la absuelven: fue él quien, con su astucia, puso ese plan en su alma. Entonces odia, su corazón se siente aliviado en maldiciones, pero no encuentra reposo; se hace de nuevo reproches, reproches por haber

odiado, ella que es también una pecadora, reproches porque, por muy astuto que él haya sido, ella sigue siendo siempre culpable. Duro es para ella que él la haya engañado; aún más duro, casi podría uno sentirse tentado a decir, que haya despertado en ella la reflexión de muchas lenguas, que la haya desarrollado estéticamente lo bastante como para ya no escuchar humildemente una sola voz, sino para poder oír las muchas voces a la vez. Entonces despierta el recuerdo en su alma, olvida la ruptura y la culpa, recuerda los instantes hermosos, queda aturdida en una exaltación antinatural. En tales momentos no solo lo recuerda, sino que lo percibe con una *clairvoyance* que no hace sino mostrar cuán desarrollada está ella. No ve entonces en él al criminal, pero tampoco al hombre noble; lo siente solo estéticamente. Una vez me escribió una esquila en la que se expresaba acerca de él. «A veces era tan espiritual que me sentía aniquilada como mujer; otras veces, tan salvaje y apasionado, tan ardiente, que casi temblaba ante él. A veces era como una extraña para él, a veces se entregaba por entero; y cuando yo entonces enlazaba mi brazo en torno a él, a veces todo cambiaba de pronto, y yo abrazaba una nube. Esta expresión la conocía yo antes de conocerlo a él, pero él me ha enseñado a comprenderla; cuando la uso, pienso siempre en él, igual que pienso cada uno de mis pensamientos solo a través de él. Siempre he amado la música; él era un instrumento sin igual, siempre en movimiento; tenía un registro como ningún instrumento lo tiene; era un compendio de todos los sentimientos y estados de ánimo; ningún pensamiento era para él demasiado elevado, ninguno demasiado desesperado; podía bramar como una tormenta de otoño, podía susurrar de modo inaudible. Ni una sola palabra mía quedaba sin efecto, y sin embargo no puedo decir que mi palabra no errara su efecto; pues cuál sería ese efecto me era imposible saberlo. Con una angustia indescriptible, pero misteriosa, dichosa, innombrable, escuchaba yo esta música que yo misma provocaba, y sin embargo no provocaba; siempre había armonía, siempre me arrebatava él.»

Terrible es esto para ella; más terrible será para él, y esto puedo deducirlo del hecho de que yo mismo apenas puedo dominar la

angustia que se apodera de mí cada vez que pienso en este asunto. También yo he sido arrastrado a ese reino de niebla, a ese mundo de ensueño, donde a cada instante uno se asusta de su propia sombra. En vano trato a menudo de desligarme de él; sigo adelante como una figura amenazadora, como un acusador que es mudo. ¡Qué extraño! Él ha extendido el más profundo secreto sobre todo, y sin embargo hay un secreto aún más profundo, y es que yo soy conocedor de ello, y yo mismo me he convertido en conocedor por un medio ilícito. Olvidarlo todo no logrará conseguirse. A veces he pensado en hablarle de ello. Pero ¿de qué serviría? Él negaría todo, sostendría que el diario era un ensayo poético, o bien me impondría silencio, algo que no puedo negarle, en consideración al modo en que yo me he convertido en conocedor de ello. No hay, sin embargo, nada sobre lo cual pese tanta seducción y tanta maldición como sobre un secreto.

De Cordelia he recibido una colección de epístolas. Si son todas ellas, no lo sé; sin embargo, me pareció que ella una vez dejó entrever que ella misma había confiscado algunas. He hecho una copia de ellas y ahora las intercalaré en mi copia en limpio. Es cierto que carecen de fecha, pero aunque la hubieran tenido, no me habría servido de mucho, pues el diario, en su avance ulterior, se va haciendo cada vez más parco, y al final, salvo una única excepción, renuncia a toda fecha, como si la historia, en su desarrollo, se fuera volviendo tan cualitativamente significativa, hasta tal punto que, aun siendo realidad histórica, se aproximara a ser idea, de modo que por esa razón las determinaciones temporales se volvieran indiferentes. Lo que, en cambio, sí me ha servido de ayuda es que en distintos lugares del diario se encuentran un par de palabras cuyo significado al principio no comprendí. Al cotejarlas, sin embargo, con las cartas, he comprendido que son los motivos de estas. Me será, por tanto, fácil intercalarlas en el lugar correcto, pues siempre introduzco la carta en el punto donde se encuentra apuntado el motivo de la misma. Si no hubiera encontrado estas pistas orientadoras, me habría hecho culpable de un malentendido; pues no se me habría ocurrido, lo que ahora se desprende del diario como probable, que

en determinadas épocas las cartas se sucedieron con tanta frecuencia que ella parece haber recibido varias en un mismo día. Si hubiera seguido mi propio criterio, las habría repartido de forma más regular, y no habría sospechado qué efecto logró él mediante la apasionada energía con que empleó este, como cualquier otro medio, para mantener a Cordelia en la cima de la pasión.

Además de la información completa sobre su relación con Cordelia, el diario contenía, entrelazadas entremedio, una que otra pequeña descripción. En todos los lugares donde se encontraba una de estas, había en el margen un *NB*. Estas descripciones no guardan ninguna relación en absoluto con la historia de Cordelia, pero me han dado una idea vívida del significado de una expresión que él usaba a menudo, aunque yo antes la entendiera de otra manera: uno debe tener siempre echado, aparte, algún pequeño sedal. Si hubiera caído en mis manos un tomo anterior de este diario, probablemente habría encontrado más de estas, a las que él mismo llama en algún lugar del margen: *acciones in distans*; pues él mismo declara que Cordelia lo ocupaba demasiado como para tener tiempo de mirar alrededor.

Poco después de haber dejado a Cordelia, recibió de ella un par de cartas, que él devolvió sin abrir. Entre las cartas que Cordelia me confió estaban también estas. Ella misma había roto el sello, y bien puedo yo también permitirme hacer una copia de ellas. Su contenido nunca me lo mencionó; en cambio, solía, cuando aludía a su relación con Johannes, recitar un pequeño verso, según creo de Goethe, que, ya según la diversidad de su estado de ánimo y la diferente dicción condicionada por este, parecía significar algo distinto cada vez:

*Gehe,
Verschmähe
Die Treue,
Die Reue
Kommt nach.*

Las cartas dicen así:

¡Johannes!

No te llamo mío, bien lo comprendo, que nunca lo has sido, y ya estoy bastante castigada por que ese pensamiento alegrara en su día mi alma; y sin embargo te llamo mío; mi autor, mi engañador, mi enemigo, mi asesino, el origen de mi desdicha, la tumba de mi alegría, el abismo de mi desventura. Te llamo mío, y me llamo tuya, y así como en su día halagó tu oído, que orgulloso se inclinaba ante mi adoración, así ha de sonar ahora como una maldición sobre ti, una maldición por toda la eternidad. ¡No te alegres pensando que fuera mi intención perseguirte, o armarme con un puñal para provocar tu burla! Huye adonde quieras, yo soy, sin embargo, tuya; vete hasta el confín último del mundo, yo soy, sin embargo, tuya; ama a otras cien mujeres, yo soy, sin embargo, tuya; sí, hasta en la hora de la muerte soy tuya. Hasta el lenguaje mismo que empleo contra ti ha de probarte que soy tuya. Te has atrevido a engañar de tal manera a una persona, que te has convertido en todo para mí, de modo que pondría toda mi alegría en ser tu esclava; tuya soy, tuya, tuya, tu maldición.

Tu Cordelia.

* * *

¡Johannes!

Había un hombre rico que tenía ganado mayor y menor en abundancia; había una pobre muchachita que solo poseía un único cordero, que comía de su mano y bebía de su copa. Tú eras el hombre rico, rico en todo el esplendor de la tierra; yo era la pobre, que solo poseía mi amor. Tú lo tomaste, te alegraste con él; entonces te llamó el deseo, y sacrificaste lo poco que yo poseía; de lo tuyo propio no podías sacrificar nada. Había un hombre rico, que poseía ganado mayor y menor en abundancia; había una pobre muchachita, que solo poseía su amor.

Tu Cordelia.

* * *

¡Johannes!

¿No hay entonces ninguna esperanza en absoluto? ¿Es que tu amor no ha de despertar nunca más? Pues que me has amado, eso lo sé, aunque no sepa qué es lo que me da esa certeza. Esperaré, aunque el tiempo se me haga largo; esperaré, esperaré hasta que estés cansado de amar a otras; entonces tu amor por mí resucitará de su tumba, entonces te amaré como siempre, te daré gracias como siempre, como antaño, oh Johannes, ¡como antaño!
¡Johannes! Tu fría desalmada hacia mí, ¿es ese tu verdadero ser? ¿Fueron tu amor, tu rico corazón, mentira y falsedad? ¿Eres entonces ahora de nuevo tú mismo? Ten paciencia con mi amor, perdona que siga amándote; ya lo sé, mi amor es una carga para ti; pero llegará, sin embargo, el momento en que vuelvas a tu Cordelia. ¡Tu Cordelia!
¡Escucha esta palabra suplicante! Tu Cordelia, tu Cordelia.

Tu Cordelia.

* * *

Aunque Cordelia no haya poseído el registro admirado en su Johannes, se ve, sin embargo, claramente que no ha estado desprovista de modulación. Su estado de ánimo se manifiesta con claridad en cada una de las cartas, aunque le haya faltado, hasta cierto punto, claridad en la exposición. Esto se da especialmente en el caso de la segunda carta, donde más se intuye que propiamente se comprende su sentido, pero esta imperfección me lo hace tan conmovedor.

EL 4 DE ABRIL

¡Cuidado, mi bella desconocida! Cuidado; bajar de un carruaje no es cosa tan fácil, a veces es un paso decisivo. Podría prestarle una novela de Tieck, por la que vería usted que una dama, al desmontar de un caballo, se enredó de tal manera en una complicación, que ese paso resultó definitivo para toda su vida. Los estribos de los carruajes están, además, por lo general, tan mal dispuestos, que uno casi se ve obligado a renunciar a toda gracia y aventurar un salto desesperado en brazos del cochero y del criado. Ah, qué bien lo tienen el cochero y el criado; creo de veras que voy a buscar una colocación de criado en una casa donde haya muchachas jóvenes; un criado se convierte fácilmente en confidente de los secretos de una de esas señoritas. — Pero no salte, por Dios se lo ruego; está oscuro; no he de molestarla, me sitúo tan solo bajo este farol, y así le será imposible verme, y al fin y al cabo uno solo es tímido en la misma medida en que es visto, pero uno solo es visto en la misma medida en que ve — así pues, por consideración al criado, que tal vez no sea capaz de resistir semejante salto; por consideración al vestido de seda; y ya no digamos por consideración a los volantes de encaje; por consideración a mí, deje que este precioso piececito, cuya esbeltez ya he admirado, se aventure en el mundo, atrévase a confiarse a él, que bien encontrará dónde apoyarse; y si se estremece usted un instante, porque es como si buscara en vano aquello sobre lo que descansar, y si aún se estremece usted después de haberlo encontrado, entonces traiga rápido el otro pie, pues ¿quién sería tan cruel como para dejarla flotando en esa postura, quién tan falto de gracia, tan lento en seguir la revelación de lo

bello? ¿O acaso teme usted todavía a algún ajeno? Al criado, desde luego que no; a mí, tampoco, pues ya he visto el piececito, y, como soy naturalista, he aprendido de Cuvier a extraer de él conclusiones con toda seguridad. ¡Así que, ánimo! Cuánto realza esta angustia su belleza. Pero la angustia no es bella en sí misma; solo lo es cuando en el mismo instante se ve la energía que la vence. Así. Qué firme queda ahora este piececito. He observado que las muchachas que tienen los pies pequeños, por lo general, se sostienen más firmes que las más pedestres, de pies grandes. — ¿Quién lo hubiera pensado? Va contra toda experiencia; uno no corre ni de lejos tanto peligro de que el vestido se le quede enganchado al bajar, como al saltar. Pero entonces siempre resulta arriesgado para las muchachas jóvenes viajar en carruaje; al final acaban por quedarse dentro de él. Los encajes y las cintas se pierden, y con eso el asunto se acaba. No hay nadie que haya visto nada; es cierto que aparece una figura oscura, envuelta hasta los ojos en una capa; no se puede ver de dónde viene, el farol lo deslumbra a uno directamente en el ojo; pasa junto a usted en el momento mismo en que va a entrar por la puerta de la calle. Justo en el segundo decisivo, una mirada de soslayo se precipita sobre su objeto. Se ruboriza usted, el pecho se le llena en exceso para poder desahogarse en un suspiro; hay una indignación en su mirada, un desdén orgulloso; hay un ruego, una lágrima en su ojo; ambas cosas son igual de bellas, y las recibo con igual derecho la una que la otra, pues puedo ser tan bien la una cosa como la otra. Pero soy, sin embargo, malicioso —¿qué número tiene la casa, a ver? ¿Qué veo? Un escaparate público de artículos de fantasía; mi desconocida hermosura, quizá sea indignante por mi parte, pero sigo el camino iluminado..... Ella ha olvidado lo pasado; ay sí, cuando se tienen diecisiete años, cuando en esa edad feliz se sale a hacer compras, cuando a cada objeto, mayor o menor, que se toma en la mano, se le une una alegría indecible, entonces se olvida uno con facilidad. Ella todavía no me ha visto; yo estoy al otro lado del mostrador, muy apartado, para mis adentros. Hay un espejo colgado en la pared de enfrente; ella no piensa en él, pero el espejo sí piensa en ella. Con cuánta fidelidad ha captado su imagen, como un humilde esclavo que muestra su devoción mediante la

lealtad, un esclavo para quien ella sin duda tiene importancia, pero que ninguna importancia tiene para ella, que bien osa aprehenderla, pero no abrazarla. El desdichado espejo, que puede sin duda captar su imagen, pero no a ella; el desdichado espejo, que no puede guardar su imagen en su secreto, ocultarla del mundo entero, sino que, al contrario, solo puede traicionarla ante otros, como ahora ante mí. Qué tormento, si una persona estuviera hecha así. ¿Y no hay, sin embargo, muchas personas que son así, que no poseen nada salvo en el instante en que se lo muestran a otros, que solo captan la superficie, no la esencia, que lo pierden todo en cuanto esta quiere manifestarse, tal como este espejo perdería su imagen si ella, con un solo suspiro, le confiara su corazón? Y si una persona no fuera capaz de poseer una imagen del recuerdo incluso en el instante mismo de la presencia, habría de desear siempre estar a distancia de la belleza, no tan cerca que el ojo terrenal no pueda ver cuán bello es lo que mantiene abrazado, y que el ojo exterior ha perdido, y que bien puede recobrar para la vista exterior alejándolo de sí, pero que también puede entonces tener ante el ojo del alma, cuando no puede ver el objeto porque lo tiene demasiado cerca, cuando labio está cerrado contra labio..... ¡Qué hermosa es, sin embargo! Pobre espejo, debe de ser un tormento; menos mal que tú no conoces los celos. Su cabeza es perfectamente ovalada; la inclina un poco hacia delante, con lo cual se realza la frente, que se eleva pura y orgullosa, sin marca alguna de los órganos del entendimiento. Su oscuro cabello se ciñe, tierno y suave, en torno a la frente. Su rostro es como una fruta, cada transición redondeada y plena; su piel es transparente, como terciopelo al tacto, eso puedo sentirlo con mi propio ojo. Su ojo... eso todavía no lo he visto, está oculto por un párpado, armado con flecos de seda que se curvan como garfios, peligrosos para quien quiera encontrarse con su mirada. Su cabeza es una cabeza de Madona; pureza e inocencia son su sello; se inclina como la Madona, pero no está absorta en la contemplación de lo Uno; eso produce una variación en la expresión de su rostro. Lo que ella contempla es lo múltiple, lo múltiple sobre lo cual el esplendor y la magnificencia terrenales proyectan un reflejo. Se quita el guante para mostrar al espejo y a mí una mano derecha, blanca y bien

formada como una antigua estatua, sin adorno alguno, ni siquiera un anillo llano de oro en el cuarto dedo. ¡Bravo! Alza los ojos: cuán cambiado está todo y, sin embargo, es lo mismo; la frente un poco menos alta, el rostro un poco menos regularmente ovalado, pero más vivo. Habla con el dependiente; está alegre, contenta, habladora. Ya ha elegido una, dos, tres cosas; toma una cuarta, la sostiene en la mano, su mirada vuelve a bajar, pregunta cuánto cuesta, la deja a un lado, bajo el guante; debe de ser sin duda un secreto, destinado a... un enamorado... pero si ella no está prometida... ay, hay muchas que no están prometidas y, sin embargo, tienen un enamorado; muchas que están prometidas y, sin embargo, no tienen un enamorado..... ¿Debería renunciar a ella? ¿Debería dejarla sin turbar en su alegría?.. quiere pagar, pero ha perdido su bolso... probablemente da su dirección, eso no quiero oírlo, no quiero privarme de la sorpresa; ya me la encontraré de nuevo en la vida, sin duda la reconoceré, y ella acaso también a mí, mi mirada de soslayo no se olvida tan fácilmente. Cuando entonces me haya sorprendido encontrarla en circunstancias que no esperaba, le llegará el turno a ella. Si no me reconoce, si su mirada no me convence enseguida de ello, entonces bien podré tener ocasión de mirarla de perfil; le prometo que recordará la situación. Nada de impaciencia, nada de codicia; todo se ha de gozar a sorbos lentos; ella está escogida, ya será alcanzada.

EL 5

Eso es lo que me gusta: sola de noche por la calle Østergade. Sí, ya veo al criado que va detrás; no crea que pienso tan mal de usted como para suponer que fuera a ir del todo sola, no crea que soy tan inexperto como para no haber advertido enseguida, en mi visión de conjunto de la situación, esa figura solemne. Pero, ¿por qué tan deprisa, con todo? Una está, con todo, un poco angustiada; una siente cierto palpitación del corazón, que no tiene su causa en el impaciente anhelo de llegar a casa, sino en el impaciente temor que recorre todo el cuerpo con su dulce desasosiego, y de ahí el paso rápido de los pies. — Pero es magnífico, esto no tiene precio, ir así, sola, con el criado detrás... «Una tiene dieciséis años, una tiene lecturas, es decir, lecturas de novelas; una ha pescado, al pasar por casualidad por la habitación de los hermanos, una palabra de una conversación entre ellos y sus amigos, una palabra sobre la calle Østergade. Más tarde una ha pasado varias veces como una exhalación por allí para conseguir, si era posible, alguna noticia más precisa. En vano. Una debería, como corresponde a una muchacha ya crecida, saber algo del mundo. Si tan solo se pudiera, sin más, salir con el criado detrás. Sí, ya lo creo; padre y madre pondrían buena cara, desde luego, ¿y qué motivo iba una a alegar, además? Cuando una va a una reunión, no hay ocasión para ello; es demasiado temprano, pues oí que August decía las nueve y diez; cuando una vuelve a casa, es demasiado tarde, y las más de las veces una tiene entonces que cargar con algún caballero. El jueves por la noche, cuando salimos del teatro, sería en el fondo una ocasión excelente, pero entonces una tiene siempre que ir en el

carruaje, apretujada con la señora Thomsen y sus encantadoras primas; si al menos una fuera sola, podría bajar la ventanilla y mirar un poco alrededor. Dog unverhofft kommt oft. Hoy me ha dicho madre: seguro que no terminas eso que estás cosiendo para el cumpleaños de tu padre; para estar del todo tranquila, puedes ir a casa de la tía Jette y quedarte allí hasta la hora del té, que ya irá Jens a buscarte. En realidad no era una noticia tan desagradable, pues en casa de la tía Jette es terriblemente aburrido; pero entonces tendré que volver sola a casa a las nueve con el criado. Cuando venga Jens, tendrá que esperar hasta las diez menos cuarto, y entonces nos vamos. Con tal de que me encontrara con mi señor hermano o con el señor August... aunque quizá no fuera deseable, pues entonces seguramente tendría que volver acompañada... no, gracias, prefiero que estemos libres, la libertad... pero si pudiera avistarlos yo, sin que ellos me vieran a mí..... Ahora bien, señorita mía, ¿qué ve usted entonces, y qué cree usted que veo yo?» En primer lugar, esa pequeña cofia que lleva usted puesta le sienta de maravilla, y armoniza por completo con todo lo apresurado de su porte. No es un sombrero, tampoco es una toca, más bien una especie de capota. Pero es del todo imposible que la llevara usted puesta esta mañana cuando salió. ¿Se la habrá traído el criado, o se la habrá prestado la tía Jette? — Quizá vaya usted de incógnito. — Tampoco conviene dejar caer del todo el velo cuando una va a hacer observaciones. ¿O acaso no es un velo, sino simplemente un ancho encaje? En la oscuridad es imposible determinarlo. Sea lo que sea, oculta la parte superior del rostro. La barbilla es bastante bonita, algo puntiaguda de más; la boca pequeña, se entreabre; eso se debe a que camina usted demasiado deprisa. Los dientes... blancos como la nieve. Así ha de ser. Los dientes son de la más suma importancia, son una guardia de corps que se oculta tras la seductora blandura de los labios. La mejilla arde de salud. — Si una inclina un poco la cabeza hacia un lado, bien podría lograrse penetrar por debajo de ese velo o de ese encaje. Tenga cuidado, una mirada así, desde abajo, es más peligrosa que un *gerade aus*. Es como en la esgrima; ¿y qué arma hay, con todo, tan afilada, tan penetrante, tan centelleante en su movimiento y por ello tan

engañosa como un ojo? Una marca cuarta alta, como dice el esgrimista, y se lanza a fondo en segunda; cuanto más rápido pueda seguir la estocada al amago, tanto mejor. Es un instante indescriptible, el ahora del amago. El adversario siente como el golpe, se sabe alcanzado, sí, es cierto, pero en un lugar del todo distinto de aquel que creía..... Ella avanza impertérrita, sin miedo y sin ruido. Tenga cuidado; ahí viene un hombre, baje el velo, no deje que su mirada profana la mancille; usted no tiene ni idea de ello, tal vez le resultara imposible durante mucho tiempo olvidar la repugnante angustia con que eso la afectó — usted no lo advierte, pero yo sí, en cambio, que él ha abarcado de un vistazo la situación. El criado ha sido escogido como el objetivo más inmediato. — Sí, ahí ve usted ahora la consecuencia de ir sola con el criado. El criado se ha caído. En el fondo resulta ridículo, pero ¿qué va usted a hacer ahora? Volver atrás y ayudar a ponerlo en pie no es posible; ir con un criado embarrado es desagradable; ir sola es preocupante. Tenga cuidado, el monstruo se acerca.... Usted no me responde; míreme solamente, ¿le hace temer algo mi aspecto? No le causo a usted la más mínima impresión, tengo aspecto de ser una persona bondadosa de un mundo completamente distinto. No hay nada en mi habla que la turbe, nada que le recuerde la situación, ningún movimiento que en lo más mínimo se le acerque demasiado. Todavía está usted un poco angustiada, todavía no ha olvidado la embestida de aquella figura *unheimliche* contra usted. Usted concibe cierta simpatía por mí; mi turbación, que me impide mirarla, le da a usted la ventaja. Eso la alegra y la tranquiliza; casi se vería tentada a burlarse un poco de mí. Apuesto a que, en este instante, tendría usted valor para tomarme del brazo, si se le ocurriera a usted misma..... Así que vive usted en la calle Stormgade. Usted me hace una reverencia fría y fugaz. ¿Me lo he merecido yo, que la ayudé a salir de todo este contratiempo? Se arrepiente usted, vuelve atrás, me da las gracias por mi cortesía, me tiende su mano — ¿por qué palidece usted? ¿No sigue mi voz igual que antes, mi porte el mismo, mi mirada tan serena y tranquila como siempre? ¿Este apretón de manos? ¿Es que un apretón de manos puede significar algo? Sí, mucho, muchísimo, señorita mía; dentro de quince días se lo

explicaré todo; hasta entonces quede usted con la contradicción: que soy una persona bondadosa que, como un caballero, acude en ayuda de una joven, y que, al mismo tiempo, puedo estrechar su mano de un modo que no tiene nada de bondadoso. —

EL 7 DE ABRIL

«Así que el lunes a la una en la Exposición.» Muy bien, tendré el honor de presentarme a la una menos cuarto. Una pequeña cita. El sábado por fin tomé cartas en el asunto y decidí hacerle una visita a mi amigo Adolph Bruun, que se hallaba de viaje. Con ese fin me dirijo hacia las siete de la tarde a la calle Vestergade, donde me habían dicho que vivía. Sin embargo, no había manera de encontrarlo, ni siquiera en el tercer piso, adonde había llegado del todo sin aliento. Justo cuando iba a bajar la escalera, llega a mi oído una voz femenina melodiosa que dice, a media voz: «así que el lunes a la una en la Exposición; a esa hora los demás están fuera, pero tú sabes que en casa nunca me atrevo a verte.» La invitación no iba dirigida a mí, sino a un joven que, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo fuera de la puerta tan deprisa que ni siquiera mi mirada, y mucho menos mis piernas, pudieron alcanzarlo. ¿Por qué no habrá gas en las escaleras? Así, quizá, habría podido ver si valía la pena ser tan puntual. Aunque, si hubiera habido gas, tal vez no habría llegado a oír nada. Lo existente es lo racional; soy y seguiré siendo optimista. ¿Quién será, ahora? En la Exposición pulula de muchachas, por usar las palabras de Donna Anna. Son exactamente la una menos cuarto. ¡Mi hermosa desconocida! Ojalá su prometido sea en todo tan puntual como yo, o quizá prefiera usted más bien que jamás llegue un cuarto de hora antes; como usted quiera, estoy en todo a su servicio..... «Hechicera encantadora, hada o bruja, deja que se disipe tu niebla»; revélate, sin duda ya estás presente, pero invisible para mí; traiciónate, pues de lo contrario no me atrevo a esperar una revelación. ¿Habrá quizá más mujeres aquí arriba con el

mismo propósito que ella? Bien podría ser. ¿Quién conoce los caminos del hombre, ni siquiera cuando va a la Exposición? — — Ahí llega una joven a la sala delantera, presurosa, más rápida que la mala conciencia tras el pecador. Se olvida de entregar su entrada, el hombre de rojo la detiene. ¡Válgame Dios, qué prisa tiene! Debe de ser ella. ¿A qué viene tal ímpetu inoportuno? Todavía no es la una; recuerde, con todo, que va a encontrarse con el amado; ¿acaso en una ocasión así da igual el aspecto que una tenga, o es en ese sentido en el que se dice que hay que empezar con buen pie? Cuando una sangre joven e inocente así va a una cita, aborda el asunto como una loca. Está del todo aturullada. Yo, en cambio, estoy aquí sentado a mis anchas en mi silla, contemplando una deliciosa vista de un paraje campestre..... Es una endiablada muchachita, arremete a través de todas las salas. Debería usted, con todo, procurar disimular un poco su ansia; recuerde lo que se le dice a la señorita Lisbeth: ¿acaso resulta decoroso que una joven esté tan ávida de reunirse con alguien? Ahora bien, se entiende que su encuentro es de los inocentes. — — — Los enamorados suelen considerar que una cita es el instante más hermoso. Yo mismo recuerdo aún tan claramente como si fuera ayer la primera vez que corrí hacia el lugar convenido, con un corazón tan rico como ignorante de la dicha que me aguardaba; la primera vez que di tres golpes con la mano; la primera vez que se abrió una ventana; la primera vez que una pequeña cancela fue abierta por una mano invisible, la de una muchacha que se ocultaba precisamente al abrirla; la primera vez que escondí a una muchacha bajo mi capa en la clara noche de verano. Sin embargo, se mezcla mucha ilusión en este juicio. El tercero imparcial no siempre encuentra que los enamorados estén más hermosos en ese momento. He sido testigo de citas en las que, aunque la muchacha era encantadora y el hombre apuesto, la impresión de conjunto resultaba casi repulsiva, y el encuentro mismo distaba mucho de ser hermoso, aunque sin duda se lo haya parecido así a los enamorados. Cuando una se vuelve más experta, gana en cierto modo; pues, si bien pierde el dulce desasosiego del anhelo impaciente, gana en cambio el aplomo necesario para hacer el instante verdaderamente hermoso. Puedo

llegar a irritarme cuando veo a un hombre, en una ocasión así, tan turbado que, de puro amor, le da algo así como un *delirium tremens*. Qué van a entender los campesinos de ensalada de pepino. En vez de tener suficiente serenidad para disfrutar de su desasosiego, para dejar que este encienda su belleza y la haga arder por dentro, no logra más que una confusión sin gracia, y aun así vuelve a casa contento, imaginándose que aquello fue algo espléndido. — — — — Pero dónde diablos se habrá metido ese hombre, si el reloj ya va camino de las dos. Sí, menuda gente excelente son estos enamorados. Un sinvergüenza así hace esperar a una joven. ¡No, yo sí que soy una persona bastante más de fiar! Será mejor, sin duda, dirigirle la palabra cuando pase por delante de mí por quinta vez. «Perdone mi atrevimiento, hermosa señorita, sin duda busca usted a su familia aquí arriba; ha pasado usted varias veces de prisa por delante de mí, y al seguirla con la mirada he observado que siempre se detiene en la penúltima sala; quizá ignore usted que hay todavía otra sala más adentro; tal vez allí encuentre a quienes busca.» Ella me hace una reverencia; le sienta bien. La ocasión es favorable; me alegra que el hombre no aparezca, que siempre se pesca mejor a río revuelto; cuando una joven está conmovida, se puede arriesgar con éxito mucho de lo que en otro caso fracasaría. Le he hecho una reverencia tan cortés y distante como me ha sido posible; vuelvo a sentarme en mi silla, miro mi paisaje y no la pierdo de vista. Seguirle de inmediato sería arriesgar demasiado, podría parecer que soy un impertinente, y entonces ella se pondría enseguida en guardia. Ahora está convencida de que le hablé por compasión, y he quedado bien mirado. — No hay un alma en la sala más interior, eso lo sé muy bien. La soledad le hará bien; mientras vea a mucha gente a su alrededor, estará inquieta; cuando esté sola, se calmará. En efecto, se queda ahí dentro. Dentro de un momento llegaré yo *en passant*; todavía tengo derecho a otra réplica, pues ella me debe, poco menos, un saludo. — Se ha sentado. Pobre muchacha, tiene un aire tan melancólico; ha llorado, creo, o al menos ha tenido lágrimas en los ojos. Es indignante... hacer llorar a una muchacha así. Pero tranquila, serás vengada, yo te vengaré, él sabrá lo que es esperar. — Qué hermosa está, ahora que los vientos contrarios se han

calmado y descansa en un solo estado de ánimo. Su ser es melancolía y armonía del dolor. Es realmente cautivadora. Está ahí sentada con su ropa de viaje, y sin embargo no era ella quien iba a viajar; se la puso para salir al encuentro de la dicha, ahora es un signo de su dolor, pues es como aquella de quien la dicha se marcha de viaje. Tiene el aspecto de quien se despide para siempre del amado. ¡Que se vaya, pues! — La situación es favorable, el instante hace señas. Ahora se trata de expresarme de tal modo que parezca que sigo pensando que buscaba a su familia o a una reunión aquí arriba, y sin embargo con tanta calidez que cada palabra sea significativa para sus sentimientos, de manera que tenga ocasión de deslizarme dentro de sus pensamientos. — — — — Así que ojalá se lo llevara el diablo a ese sinvergüenza, ahí viene un hombre acercándose que, sin duda alguna, es él. No, hay que ver qué zoquete, ahora que acababa de conseguir la situación tal como la deseaba. Bueno, bueno, algo se sacará de todo esto. Debo rozar tangencialmente su relación, procurar que me incluyan en la situación. Cuando me vea, sonreirá sin querer al pensar en mí, que creía que ella buscaba a su familia aquí arriba, mientras que buscaba algo del todo distinto. Esta sonrisa me convierte en su cómplice; siempre es algo. — Mil gracias, niña mía, esta sonrisa vale para mí mucho más de lo que tú crees; es el comienzo, y el comienzo es siempre lo más difícil. Ahora somos conocidos; nuestro conocimiento se funda en una situación picante, y por ahora, a mí me basta. Difícilmente se quedará usted aquí arriba más de una hora; dentro de dos horas sabré quién es usted, pues ¿por qué cree si no que la policía lleva censos de población?

EL 9

¿Me he quedado ciego? ¿Ha perdido su fuerza el ojo interior del alma? La he visto, pero es como si hubiera visto una revelación celestial, tan por completo ha vuelto a desvanecerse su imagen para mí. En vano convoco toda la fuerza de mi alma para conjurar esa imagen. Si alguna vez vuelvo a verla, la reconocería al instante, aunque estuviera entre cien mujeres. Ahora ha huido, y el ojo de mi alma busca en vano alcanzarla con su anhelo. — Iba por Langelinie, aparentemente despreocupado y sin prestar atención a mi entorno, aunque mi mirada escrutadora no dejaba nada sin observar, cuando mi ojo cayó sobre ella. Se fijó en ella de forma inquebrantable, dejó de obedecer la voluntad de su dueño; me fue imposible hacer con él movimiento alguno, y por ese medio abarcar de un vistazo el objeto que quería ver; no miraba, me quedaba mirando fijamente. Como un esgrimista que se queda inmóvil en la estocada a fondo, así permaneció mi ojo, invariable, petrificado en la dirección una vez adoptada. Me fue imposible bajarlo, imposible retraerlo hacia mí mismo, imposible ver, porque veía demasiado. Lo único que me ha quedado es que llevaba puesta una capa verde, eso es todo; a eso se le puede llamar abrazar la nube en vez de a Juno; se me ha escapado como José de la mujer de Potifar, y no ha dejado atrás más que su capa. Iba acompañada de una dama de edad avanzada que parecía ser su madre. A ella sí puedo describirla de pies a cabeza, y eso a pesar de que en realidad no la miré en absoluto, sino que, a lo sumo, la capté *en passant*. Así son las cosas. La muchacha me causó impresión, y a ella la he olvidado; la otra no me causó impresión ninguna, y a ella la recuerdo.

El 11

Todavía sigue mi alma constantemente presa en la misma contradicción. Sé que la he visto, pero sé también que lo he vuelto a olvidar, aunque de tal modo que el resto de recuerdo que ha quedado no reconforta. Con una inquietud y una vehemencia como si mi bienestar mismo estuviera en juego, mi alma exige esa imagen, y sin embargo no se muestra; podría arrancarme el ojo para castigarlo por su olvido. Cuando he acabado de enfurecerme de impaciencia, cuando se hace el silencio en mí, es entonces como si el presentimiento y el recuerdo humedecieran una imagen que, sin embargo, no puede cobrar forma para mí, porque no logro que se mantenga quieta y coherente; es como el dibujo de un tejido fino, el dibujo es más claro que el fondo, y por sí solo no puede verse, pues es demasiado claro para ello. — Es un estado curioso en el que hallarse, y sin embargo tiene su placer, tanto en sí mismo como también porque me asegura que aún soy joven. Esto puede enseñármelo también otra observación, a saber, que busco constantemente mi presa entre las muchachas jóvenes, no entre las mujeres casadas jóvenes. Una mujer casada tiene menos naturaleza, más coquetería; la relación con ella no es hermosa, no es interesante, es picante, y lo picante es siempre lo último. — No había esperado ser capaz de volver a saborear estas primicias del enamoramiento. Me he sumergido en el enamoramiento, me ha dado lo que los nadadores llaman una boqueada, no es de extrañar que esté un poco aturdido. Tanto mejor; tanto más me prometo de esta relación.

El 14

Apenas me reconozco a mí mismo. Mi ánimo brama como un mar encrespado bajo las tormentas de la pasión. Si otro pudiera ver mi alma en este estado, le parecería que, como un botecillo, hunde su proa en el mar, como si en su carrera espantosa tuviera que precipitarse hasta el fondo del abismo. No ve que arriba, en el mástil, hay un marinero de vigía. Bramad, fuerzas salvajes, agitaos, potencias de la pasión; aunque el embate de vuestras olas lance la espuma contra las nubes, no lograréis, con todo, alzaros por encima de mi cabeza; yo permanezco tranquilo como el rey del Acantilado.

Apenas puedo encontrar dónde hacer pie; como un ave acuática, busco en vano posarme en el mar encrespado de mi ánimo. Y, sin embargo, semejante tumulto es mi elemento, sobre él construyo, igual que el *Alcedo ispida* construye su nido sobre el mar.

Los pavos se enfurecen cuando ven el rojo; así me sucede a mí cuando veo el verde, cada vez que veo una capa verde; y como mi ojo a menudo me engaña, todas mis expectativas van a veces a naufragar en un camillero del Frederiks Hospital.

EL 20

Uno ha de ponerse límites; es una condición fundamental para todo goce. No parece que vaya a obtener pronto ninguna noticia de la muchacha que llena mi alma y todo mi pensamiento de tal modo que la carencia se alimenta a sí misma. Voy ahora a permanecer del todo tranquilo; pues también este estado, la emoción oscura e indeterminada, pero no por ello menos fuerte, tiene su dulzura. Siempre me ha gustado, en una noche de luna clara, tenderme en una barca en medio de alguno de nuestros deliciosos lagos. Recojo entonces las velas, subo los remos, quito el timón, me tiendo cuan largo soy y contemplo la bóveda del cielo. Cuando las olas mecen la barca contra su pecho, cuando las nubes corren veloces empujadas por el viento, de modo que la luna desaparece un instante y vuelve a mostrarse, entonces encuentro sosiego en ese desasosiego; el movimiento de las olas me arrulla, su rumor contra la barca es una canción de cuna monótona, la huida rauda de las nubes, el cambio de luz y sombra me embriagan, de manera que sueño despierto. Así me tiendo también ahora, recojo las velas, quito el timón; el anhelo y la impaciente expectación me mecen en sus brazos; anhelo y expectación se vuelven cada vez más quietos, cada vez más bienaventurados: me arrullan como a un niño, sobre mí se arquea el cielo de la esperanza, su imagen flota ante mí como la de la luna, indefinida, ora deslumbrándome con su luz, ora con su sombra. Cuánto goce hay en mecerse así sobre un agua agitada... cuánto goce hay en ser movido dentro de uno mismo.

El 21

Los días pasan, y sigo igual que al principio. Las jóvenes me alegran más que nunca, y sin embargo no tengo ganas de gozar. A ella la busco en todas partes. Eso me vuelve a menudo injusto, empaña mi mirada, debilita mi goce. Ya se acerca la hermosa estación en que, en la vida pública de calles y callejas, se compran pequeñas ventajas que en invierno, en la vida de sociedad, se hacen pagar bastante caras; pues una joven puede olvidar mucho, pero no una situación. La vida de sociedad, cierto, pone a uno en contacto con el bello sexo, pero no tiene ninguna gracia cuando es allí donde hay que empezar la historia. En la vida de sociedad, toda joven va armada, la situación es pobre y se repite una y otra vez, ella no experimenta ninguna sacudida voluptuosa. En la calle está en mar abierto, y por eso todo actúa con más fuerza, del mismo modo que todo resulta más enigmático. Doy cien táleros por una sonrisa de una joven en una situación callejera, no diez táleros por un apretón de manos en una reunión: son monedas de clase del todo distinta. Cuando la historia está ya en marcha, entonces se busca a la interesada en las reuniones. Se tiene con ella una comunicación secreta que tienta; es el incentivo más eficaz que conozco. Ella no se atreve a hablar de ello, y sin embargo piensa en ello; no sabe si uno lo ha olvidado o no; unas veces se la despista de un modo, otras veces de otro. Este año no recogeré mucho, sin duda; esta muchacha me ocupa demasiado. Mi cosecha resultará pobre, en cierto sentido, pero al menos tengo la perspectiva de la gran ganancia.

EL 5

¡Maldito Azar! Nunca te he maldecido por mostrarte; te maldigo porque no te muestras en absoluto. ¿O es esta acaso una nueva invención tuya, ser incomprensible, madre estéril de todas las cosas, el único resto que quedó de aquel tiempo en que la Necesidad engendró la Libertad, cuando la Libertad volvió a dejarse embaucar de nuevo hasta el seno materno? ¡Maldito Azar! Tú, mi único confidente, el único ser que considero digno de ser mi aliado y mi enemigo, siempre igual a ti mismo en la desigualdad, siempre incomprensible, siempre un enigma. A ti, a quien amo con toda la simpatía de mi alma, a cuya imagen me creo a mí mismo, ¿por qué no te muestras? No te corteja, no te suplico humildemente que te muestres de este modo o de aquel; un culto así sería idolatría, y no te resultaría grato. Te desafío a la lucha, ¿por qué no te muestras? ¿O es que el bullicio del edificio del mundo se ha detenido, se ha resuelto tu enigma, de modo que también tú te has precipitado en el mar de la eternidad? ¡Idea terrible! ¡Así, el mundo se habría detenido de puro aburrimiento! Maldito Azar, te espero. No quiero vencerte por medio de principios, ni de lo que la gente necia llama carácter; no, ¡quiero poetizarte! No quiero ser poeta para otros; muéstrate, yo te poetizo, me como mi propio poema, y ese es mi alimento. ¿O es que no me encuentras digno? Como una bayadera que danza en honor del dios, así me he consagrado a tu servicio; ligero, ligeramente vestido, ágil, desarmado, renuncio a todo; no poseo nada, no me apetece poseer nada, no amo nada, no tengo nada que perder; pero ¿no me he vuelto por ello más digno de ti, tú, que sin duda hace tiempo que estás harto de arrebatarte a los

hombres lo que aman, harto de sus cobardes suspiros y sus cobardes plegarias? Sorpréndeme, estoy listo; sin apuesta, luchemos por el honor. Muéstramela, muéstrame una posibilidad que parezca una imposibilidad, muéstramela entre las sombras del inframundo, que yo la traeré de vuelta; que me odie, que me desprecie, que le sea indiferente, que ame a otro, no le temo a nada de eso; pero agita el agua, rompe el silencio. Matarme de hambre así es mezquino por tu parte, tú que, con todo, te crees más fuerte que yo.

EL 6 DE MAYO

La primavera está aquí; todo brota, también las jóvenes. Las capas se van dejando a un lado; seguramente también la mía, la verde, está ya colgada en el armario. Esa es la consecuencia de trabar conocimiento con una muchacha en la calle, y no en una reunión, donde enseguida se sabe cómo se llama, de qué familia es, dónde vive, si está prometida. Esto último es una noticia de suma importancia para todos los pretendientes formales y cabales, a quienes jamás se les ocurriría enamorarse de una muchacha prometida. Un buen paseante de esos se hallaría en una angustia mortal si estuviera en mi lugar; quedaría del todo deshecho si sus esfuerzos por obtener información se vieran coronados por el éxito y, de propina, resultara que ella estaba prometida. Esto, sin embargo, no me inquieta demasiado. Una prometida no es más que una dificultad cómica. No temo ni las dificultades cómicas ni las trágicas; las únicas que temo son las *langweilige*. Todavía no he conseguido ni un solo dato, y eso a pesar de que ciertamente no he dejado nada por intentar, y de que muchas veces he sentido la verdad de las palabras del poeta:

non et hiems longæque viæ, sævique dolores
mollibus his castris, et labor omnis inest.

Quizá ella no sea de esta ciudad en absoluto, quizá sea del campo, quizá, quizá; puedo llegar a enfurecerme con todos estos quizás, y cuanto más me enfurezco, más quizás aparecen. Siempre tengo dinero en efectivo a mano por si tuviera que emprender un viaje. En vano la busco en el teatro, en los conciertos, en los bailes,

en los paseos. Eso me alegra en cierto sentido; por lo general, no vale la pena conquistar a una joven que participa mucho en semejantes diversiones; casi siempre le falta esa originalidad que es y sigue siendo *conditio sine qua non* para mí. No resulta tan incomprensible encontrar a una Preciosa entre gitanos, como en esas salas de baile al son del tambor donde se ofrecen jóvenes en venta... con toda inocencia, válgame Dios, ¡quién dice lo contrario!

EL 12

Sí, hija mía, ¿por qué no se quedó usted quieta y tranquila en el portal? No es en absoluto nada que deba llamar la atención que una joven se meta en un portal cuando llueve. Yo también lo hago cuando no llevo paraguas, y a veces incluso cuando lo llevo, como ahora, por ejemplo. Además, podría nombrar a varias damas respetables que no han dudado en hacerlo. Una se queda del todo quieta, vuelve la espalda a la calle, de modo que los que pasan ni siquiera pueden saber si una está parada o si está a punto de subir a la casa. En cambio, es imprudente esconderse detrás de la puerta cuando esta está entreabierta, sobre todo por las consecuencias; pues cuanto más escondida está una, tanto más desagradable resulta ser sorprendida. Sin embargo, si una se ha escondido, se queda del todo quieta, encomendándose a su buen genio y a la custodia de todos los ángeles; sobre todo, se abstiene de asomarse... para ver si ha dejado de llover. Pues si una quiere cerciorarse de ello, da un paso decidido hacia adelante y mira con seriedad al cielo. Cuando, en cambio, una asoma la cabeza un poco curiosa, azorada, temerosa, insegura, y la retira enseguida... hasta un niño entiende ese movimiento, se llama jugar al escondite. ¿Y yo, que siempre participo en el juego, habría de contenerme, no habría de responder cuando se me pregunta.....? No crea que abrigo ningún pensamiento ofensivo sobre usted; no tenía usted la más remota intención al asomar la cabeza, era la cosa más inocente del mundo. A cambio, no debe usted ofenderme en su pensamiento; mi buen nombre y mi reputación no lo soportan. Además, fue usted quien empezó. Le aconsejo que no le hable jamás a nadie de este

suceso; usted tiene la culpa de su parte. ¿Qué otra cosa pretendo hacer sino lo que haría cualquier caballero? Ofrecerle mi paraguas. — — — ¿Adónde ha ido a parar? Estupendo, se ha escondido junto a la puerta del portero — Es una muchachita encantadora, alegre, contenta. «Quizá pudiera usted darme razón de una joven dama que, en este santísimo instante, sacó la cabeza por este portal, evidentemente apurada por falta de un paraguas. A ella es a quien busco, yo y mi paraguas.» — Se ríe usted—. ¿Me permite quizá enviar a mi criado a buscarlo mañana, o prefiere usted que le traiga un coche? No hay nada que agradecer, es solo una cortesía debida. — Es una de las muchachas más alegres que he visto en mucho tiempo; su mirada es tan infantil y sin embargo tan desenvuelta, su modo de ser tan gracioso, tan decoroso, y con todo es curiosa. — Vete en paz, niña mía; si no existiera una capa verde, bien podría haber deseado trabar un conocimiento más estrecho. Ella baja por la calle Store Købmagergade. Qué inocente y confiada era, sin rastro de mojigatería. Mírala qué ligera camina, con qué desenvoltura echa la cabeza hacia atrás... la capa verde exige abnegación.

El 15

Gracias, buen Azar, ¡recibe mi gratitud! Erguida era ella y orgullosa, misteriosa y pensativa era como un abeto, un solo brote, un solo pensamiento que, desde lo hondo de las entrañas de la tierra, se eleva hacia el cielo, inexplicado, inexplicable para sí mismo, un todo que no tiene partes. El haya echa copa, sus hojas cuentan lo que ha sucedido bajo ella; el abeto no tiene copa, no tiene historia, es enigmático para sí mismo... así era ella. Estaba oculta a sí misma dentro de sí misma, ella misma se elevaba desde sí misma; había en ella un orgullo reposado, como el atrevido vuelo del abeto, aunque este está clavado a la tierra. Había una melancolía derramada sobre ella como el arrullo de la paloma torcaz, un anhelo profundo al que nada le faltaba. Un enigma era ella, que enigmáticamente poseía su propia solución, un secreto; ¿y qué son todos los secretos de los diplomáticos comparados con este enigma, y qué hay en el mundo entero tan hermoso como la palabra que lo resuelve? Qué expresivo, qué certero es el lenguaje: resolver; ¡qué ambigüedad no encierra esta palabra, con qué belleza y qué fuerza no recorre todas las combinaciones en que aparece! Así como la riqueza del alma es un enigma mientras no se desata el nudo de la lengua, con lo cual el enigma queda resuelto, así también una joven es un enigma. — — — Gracias, buen Azar, ¡recibe mi gratitud! Si la hubiera visto en época de invierno, sin duda habría estado envuelta en la capa verde, quizá aterida, y la crudeza de la naturaleza habría menoscabado en ella su propia belleza. Ahora, en cambio, ¡qué dicha! La vi por primera vez en la estación más hermosa del año, a principios del verano, con la luz de la tarde. El invierno también tiene, ciertamente,

sus ventajas. Un salón de baile brillantemente iluminado puede ser, sin duda, un entorno favorecedor para una joven vestida de baile; pero, por una parte, rara vez se muestra ella allí del todo en su mejor luz, precisamente porque todo la invita a ello, una invitación que, tanto si cede a ella como si le opone resistencia, resulta perturbadora; por otra parte, todo allí recuerda la fugacidad y la vanidad, y suscita una impaciencia que hace el goce menos reconfortante. En ciertas ocasiones, cierto, no querría prescindir de un salón de baile, no querría prescindir de su costoso lujo, ni de su inapreciable abundancia de juventud y belleza, ni de su múltiple juego de fuerzas; pero entonces no gozo tanto como me sumerjo en la posibilidad. No es una belleza individual la que cautiva, sino una totalidad; una imagen de ensueño flota ante uno, en la que todos esos seres femeninos se configuran unos entre otros, y todos esos movimientos buscan algo, buscan reposo en una sola imagen, que no llega a verse.

Era en la senda que discurre entre la Puerta Norte y la Puerta del Este. Serían las seis y media. El sol había perdido su fuerza; solo el recuerdo de él se conservaba en un resplandor suave que se difundía sobre el paisaje. La naturaleza respiraba más libremente. El lago estaba quieto, terso como un espejo. Los acogedores edificios de Blegdammen se reflejaban en el agua, que a lo lejos era oscura como el metal. La senda y los edificios del otro lado eran iluminados por unos rayos de sol ya sin fuerza. El cielo estaba claro y limpio; solo una nube leve se deslizaba por él sin que nadie lo notase, cosa que mejor se advertía fijando la mirada en el lago, sobre cuya frente tersa se desvanecía. Ninguna hoja se movía. —Era ella. Mi ojo no me ha engañado, aunque sí lo hizo la capa verde. Aunque llevaba ya tanto tiempo preparado para ello, me resultaba, con todo, imposible dominar una cierta inquietud, un subir y bajar semejante al de la alondra, que sobre los campos vecinos subía y bajaba en su canto. Ella iba sola. Cómo iba vestida lo he vuelto a olvidar, y sin embargo tengo ahora una imagen de ella. Iba sola, ocupada, evidentemente no consigo misma, sino con sus propios pensamientos. No pensaba, pero el quieto trajinar de los pensamientos empapaba para su alma

una imagen del anhelo, poseída por el presentimiento, tan inexplicable como los muchos suspiros de una muchacha joven. Estaba en su época más hermosa. Una muchacha joven no se desarrolla en el sentido en que lo hace un muchacho: ella no crece, nace. Un muchacho empieza enseguida a desarrollarse y emplea en ello mucho tiempo; una muchacha joven tarda mucho en nacer, y nace adulta. En eso está su riqueza infinita: en el instante en que nace, es adulta, pero ese instante del nacimiento llega tarde. Por eso nace dos veces, la segunda cuando se casa, o mejor dicho, en ese instante deja de nacer, solo entonces ha nacido de verdad. No es solo Minerva la que brota, ya adulta, de la frente de Júpiter, no es solo Venus la que emergió del mar en toda su gracia; así es toda muchacha joven cuya feminidad no se ha echado a perder por eso que se llama desarrollo. No despierta poco a poco, sino de golpe; en cambio sueña tanto más tiempo cuanto que la gente no sea lo bastante insensata para despertarla demasiado pronto. Pero ese soñar es una riqueza infinita. —Estaba ocupada, no consigo misma, sino en sí misma, y esa ocupación era una paz y un reposo infinitos en sí misma. Así de rica es una muchacha joven, que abarcar esa riqueza enriquece a uno mismo. Es rica aunque no sepa que posee nada; es rica, ella misma es un tesoro. Sobre ella reposaba una paz quieta y un poco de melancolía. Era fácil de alzar con la mirada, ligera como Psique cuando la llevan los genios, aún más ligera, pues ella se llevaba a sí misma. Que los doctores de la Iglesia disputen sobre la Asunción de la Virgen; a mí no me parece incomprensible, pues ella ya no pertenecía al mundo; pero la ligereza de una muchacha joven, esa sí es incomprensible y se burla de las leyes de la gravedad. —Ella no se fijaba en nada y por eso mismo creía que tampoco se fijaban en ella. Yo me mantenía a distancia y bebía su imagen. Caminaba despacio, ninguna prisa turbaba su paz ni la calma de cuanto la rodeaba. Junto al lago estaba sentado un muchacho pescando; ella se detuvo y contempló el espejo del agua y el pequeño flotador. Aunque no había caminado deprisa, buscó, con todo, un poco de frescor; se soltó un pañuelito que llevaba anudado al cuello bajo el chal; un soplo suave del lago acarició un seno, blanco como la nieve y con todo cálido y pleno. El muchacho

no pareció muy contento de tener un testigo de su pesca; se volvió con una mirada bastante flemática y la miró. Hacía en verdad una figura ridícula, y no puedo reprocharle que se echase a reír de él. ¡Con qué juventud reía! Si hubiera estado a solas con el muchacho, no creo que le hubiera dado miedo pelearse con él. Sus ojos eran grandes y radiantes; cuando uno se asomaba a ellos, tenían un brillo oscuro que dejaba adivinar su profundidad infinita, siendo imposible penetrar en ella; eran puros e inocentes, dulces y serenos, llenos de picardía cuando sonreía. Su nariz era de curva fina; cuando la vi de perfil, se recogía como hacia la frente, con lo que se volvía algo más corta y algo más resuelta. Siguió andando, yo la seguí. Por fortuna había varios paseantes en la senda; mientras cambiaba un par de palabras con uno u otro, dejaba que ella me llevase algo de ventaja, y luego pronto volvía a alcanzarla, librándome así de la necesidad de caminar a distancia tan despacio como ella. Se dirigía hacia la Puerta del Este. Yo deseaba verla más de cerca sin ser visto. En la esquina hay una casa desde la cual quizá pudiera lograrlo. Conocía a la familia y por tanto me bastaba con hacerle una visita. Pasé de largo junto a ella a paso rápido, como si no reparase en ella lo más mínimo. Me adelanté un buen trecho, saludé a diestro y siniestro a la familia y me apoderé después de la ventana que daba a la senda. Ella venía, yo la veía, y la veía mientras al mismo tiempo entablaba una charla con la tertulia del té en la sala. Su modo de andar me convenció fácilmente de que no había pasado por ninguna escuela de baile de importancia, y sin embargo había en él un orgullo, una nobleza natural, aunque también una falta de atención sobre sí misma. Una vez más de lo que en realidad había contado, logré verla. Desde la ventana no podía ver muy lejos senda abajo; en cambio podía observar un puentecillo que se adentra en el lago, y con gran sorpresa mía la descubro allí de nuevo. Se me ocurrió que quizá viviera aquí en el campo, que tal vez la familia tuviese habitaciones de verano. Ya empezaba a arrepentirme de mi visita, por temor a que ella diese la vuelta y yo la perdiese de vista; en efecto, el que se hiciese visible en la punta extrema del puente fue como una señal de que desaparecía para mí —cuando volvió a mostrarse muy cerca. Había pasado de largo ante la casa; a toda

prisa echo mano de mi sombrero y de mi bastón para, si era posible, pasar junto a ella todavía muchas veces más y seguirla después de nuevo hasta descubrir su vivienda —cuando, en mi precipitación, choco con el brazo de una señora que precisamente estaba a punto de servir el té. Se desató un grito terrible; yo me quedo allí con el sombrero y el bastón, preocupado únicamente por escapar, y para, si era posible, dar un giro al asunto y justificar mi retirada, exclamo con énfasis: como Caín, quiero desterrarme de este lugar que ha visto derramarse esta agua de té. Pero, como si todo se hubiese conjurado contra mí, al anfitrión se le ocurre la desesperada idea de querer continuar mi observación y declara a voz en grito que no se me permitirá marchar hasta que haya tomado una taza de té, tras haber servido yo mismo a las señoras el té derramado, dejando así todo arreglado de nuevo. Como estaba plenamente convencido de que mi anfitrión consideraría en este caso una cortesía el recurrir a la fuerza, no había otro remedio que quedarse. —Ella había desaparecido.

EL 16

¡Qué hermoso es estar enamorado, qué interesante es saber que se lo está! Ahí está la diferencia. Puedo llegar a irritarme al pensar que por segunda vez desapareció para mí, y sin embargo, en cierto sentido, me alegra. La imagen que poseo de ella flota indecisa entre ser su figura real y su figura ideal. Dejo ahora que esta imagen se me presente; pero justamente porque, o bien es la realidad, o bien la realidad es al menos ocasión de ella, tiene un hechizo propio. No conozco impaciencia alguna, pues ella ha de vivir aquí en la ciudad, y con eso me basta por el momento. Esta posibilidad es la condición para que su imagen pueda mostrarse de verdad —todo se disfrutará a sorbos lentos. ¿Y por qué no habría de estar tranquilo, yo que puedo tenerme por el favorito de los dioses, a quien ha tocado en suerte la rara dicha de volver a enamorarse? Eso es, desde luego, algo que ningún arte, ningún estudio puede provocar; es un don. Pero si he logrado encender de nuevo un amor, quiero ver, con todo, cuánto tiempo se deja sostener. Cuido este amor con más esmero del que puse en el primero. La ocasión le toca a uno bastante escasa en suerte; si se presenta, entonces sí que importa de verdad saber aprovecharla; pues lo desesperante es esto: seducir a una muchacha no es ningún arte, pero encontrar una que merezca ser seducida es una dicha. —El amor tiene muchos misterios, y este primer enamoramiento es también un misterio, aunque sea de los menores; la mayoría de la gente se precipita, se compromete o comete otras tonterías, y en un abrir y cerrar de ojos todo ha terminado, y no saben ni lo que han conquistado ni lo que han perdido. Dos veces se me ha mostrado ya y ha desaparecido; eso significa que pronto se

mostrará con más frecuencia. Cuando José hubo explicado el sueño del faraón, añadió: pero el que soñarás dos veces significa que pronto se cumplirá.

Sería, con todo, interesante poder ver de antemano, un poco, las fuerzas cuya aparición constituye el contenido de la vida. Ella vive ahora en toda su paz quieta; todavía no sospecha que yo existo, y menos aún lo que ocurre en mi interior, y menos aún la seguridad con que yo contemplo su futuro; pues mi alma exige cada vez más la realidad, se hace cada vez más fuerte. Cuando una muchacha joven no causa, ya a primera vista, tan honda impresión en uno que despierte lo ideal, entonces la realidad no suele ser muy apetecible; si en cambio lo hace, entonces uno, por muy curtido que esté, suele quedar algo abrumado. A quien no esté seguro de su mano, de su ojo y de su victoria, a ese le aconsejaré siempre que se arriesgue al ataque en ese primer estado, en el cual, precisamente por estar abrumado, posee fuerzas sobrenaturales; pues ese estado de abrumamiento es una singular mezcla de simpatía y egoísmo. Él, en cambio, se perderá un goce; pues no goza de la situación, ya que él mismo está absorto, oculto en ella. Lo más hermoso es difícil de decidir; lo más interesante, fácil. Con todo, siempre es bueno acercarse todo lo posible a la raya. Ese es el verdadero goce, y lo que gozan los demás, no lo sé a ciencia cierta. La mera posesión es bien poca cosa, y los medios que usan tales amantes suelen ser bastante mezquinos; no desdeñan ni siquiera el dinero, el poder, la influencia ajena, los narcóticos, etc. Pero ¿qué goce hay en el amor cuando este no lleva en sí la entrega más absoluta, es decir, de una de las dos partes? Y para eso hace falta, por regla general, espíritu, y ese espíritu suele faltarles a esos amantes.

EL 19

¡Así que se llama Cordelia, Cordelia! Es un nombre hermoso; también esto tiene su importancia, pues a menudo puede resultar muy perturbador tener que pronunciar, junto con los más tiernos predicados, un nombre feo. Ya la reconocí desde lejos; iba con otras dos muchachas por el ala izquierda. El movimiento de su andar parecía indicar que pronto iban a detenerse. Yo estaba en la esquina de la calle leyendo el cartel, sin dejar en ningún momento de vigilar a mi desconocida. Se despidieron unas de otras. Las dos habían recorrido, por lo visto, un trecho de su camino, pues tomaron una dirección opuesta. Ella enfiló hacia mi esquina. Cuando ya había dado un par de pasos, llegó corriendo tras ella una de las jóvenes y gritó lo bastante fuerte para que yo lo oyese: ¡Cordelia! ¡Cordelia! Luego llegó también la tercera; juntaron las cabezas en un cónclave secreto cuyos misterios busqué en vano captar con mi oído más fino; después se rieron las tres, y a un paso algo más vivo se apresuraron por el camino que habían tomado las otras dos. Yo las seguí. Entraron en una casa junto a la playa. Esperé un buen rato, pues había toda probabilidad de que Cordelia volviese pronto sola. Sin embargo, eso no ocurrió.

¡Cordelia! Es en verdad un nombre excelente; así se llamaba también, en efecto, la tercera hija de *Lear*, aquella muchacha admirable cuyo corazón no moraba en sus labios, cuyos labios enmudecían cuando su corazón se había dilatado. Así también con mi Cordelia. Se le parece, de eso estoy seguro. Pero en otro sentido su corazón sí mora en sus labios, no en forma de palabras, sino de

un modo más entrañable, en forma de un beso. ¡Qué turgentes de salud tenía los labios! Nunca los vi más hermosos.

Que estoy realmente enamorado lo puedo ver, entre otras cosas, también por el secreto con que trato este asunto casi hasta conmigo mismo. Todo amor es secreto, incluso el infiel, cuando lleva en sí el debido momento estético. Nunca se me ha ocurrido desear confidentes ni alardear de mis aventuras. Casi me alegra, por eso, no haber llegado a saber dónde vive, sino solo un lugar al que suele acudir. Quizá, además, haya llegado con eso aún más cerca de mi meta. Puedo, sin que ello despierte su atención, hacer mis observaciones, y desde este punto firme no me resultará difícil procurarme acceso a su familia. Si esta circunstancia, en cambio, resultase ser una dificultad —*eh bien*, entonces tomo también esa dificultad; todo lo que hago, lo hago *con amore*; y así también amo *con amore*.

EL 20

Hoy me he procurado informes sobre la casa en que ella desapareció. Es una viuda con tres hijas bendecidas por Dios. Informes aquí se pueden obtener en abundancia, es decir, en la medida en que las tres posean alguno. La única dificultad está en entender esos informes elevados a la tercera potencia, pues las tres hablan a la vez, unas encima de otras. Se llama *Cordelia Wahl* y es hija de un capitán de la Armada. Murió hace algunos años; la madre, también. Era un hombre muy duro y severo. Ella vive ahora en casa de su tía, es decir, la hermana de su padre, que se dice que sale al hermano, pero que por lo demás es una señora muy respetable. Bueno está eso, pero por lo demás no saben nada de esa casa; nunca van allí, pero Cordelia va a menudo a la suya. Ella y las dos muchachas van a aprender a la Cocina del Rey. Por eso suele ir allí temprano por la tarde, alguna vez también por la mañana, nunca por la noche. Viven muy reclusas.

Así pues, aquí termina la historia: no aparece puente alguno por el que pueda deslizarme hasta la casa de Cordelia.

</content>

Así que tiene ella una noción de los sufrimientos de la vida, de su lado sombrío. ¿Quién lo habría dicho de ella? Sin embargo, esos recuerdos pertenecen sin duda a una edad más temprana; es un horizonte bajo el cual ha vivido, sin llegar a percibirlo del todo. Es muy bueno así: eso ha salvado su feminidad, no se ha echado a perder. Por otro lado, tendrá también su importancia para elevarla, cuando uno sepa evocarlo como es debido. Todo eso suele dar

orgullo, en la medida en que no aplasta, y de estar aplastada está ella muy lejos.

El 21

Vive junto a la Muralla; el lugar no es de los mejores, no hay vecino de enfrente con quien pudiera uno trabar conocimiento, no hay sitios públicos donde uno pueda, sin ser notado, hacer sus observaciones. La Muralla misma es poco propicia, allí se está demasiado a la vista. Si se va abajo por la calle, no se puede ir bien por el lado que da justo arriba a la Muralla, pues por allí no pasa nadie, y resultaría demasiado llamativo; o habría que ir pegado a las casas, y entonces no se ve nada. Es una casa de esquina. Las ventanas que dan al patio también se pueden ver desde la calle, ya que la casa no tiene casa vecina. Allí debe de encontrarse, seguramente, su alcoba.

EL 22

Hoy la he visto por primera vez en casa de la señora *Jansen*. Me presentaron a ella. No pareció darle mucha importancia, ni fijarse en mí. Yo me mostré tan insignificante como pude, para poder así estar más atento. Ella no se quedó más que un instante; había venido solo a recoger a sus hijas, que debían salir hacia la Cocina del Rey. Mientras las dos señoritas Jansen se ponían la ropa, quedamos los dos solos en la sala, y con una flema fría, casi desdeñosa, le lancé un par de palabras, que ella respondió con una cortesía inmerecida. Se fueron entonces. Yo podría haberme ofrecido a acompañarlas; eso, sin embargo, ya habría bastado para denunciar al galán, y me he convencido de que por ese camino no se la conquista. —Preferí, en cambio, salir yo también un instante después de que ella se hubiera ido, pero bastante más deprisa que ellas y por otros caminos, aunque dirigiéndome igualmente hacia la Cocina del Rey, de modo que, justo cuando ellas iban a doblar por la calle Store Kongensgade, pasé corriendo junto a ellas a toda prisa, sin saludar ni nada, para gran asombro suyo.

EL 23

Procurarme acceso a la casa me es necesario; en ese sentido estoy, como se dice en el lenguaje militar, listo. Sin embargo, parece que va a ser un asunto bastante largo y difícil. Nunca he conocido una familia que viviera tan aislada. No hay más que ella y su tía. Ni hermanos, ni primos, ni un solo hilo del que tirar, ni un pariente lejanísimo del que uno pudiera echar mano. Ando siempre con un brazo colgando suelto; no querría por nada del mundo, en esta época, ir con alguien bajo cada brazo; mi brazo es un garfio de abordaje que siempre hay que tener a punto, mi brazo está destinado a los ingresos inciertos, por si allá a lo lejos, en la distancia, apareciera un pariente lejanísimo o un amigo al que, desde muy lejos, pudiera yo echar mano un poco —entonces trepo. Por lo demás, también es un error que una familia viva tan aislada; se priva a la pobre muchacha de la ocasión de conocer el mundo, por no hablar de qué otras consecuencias peligrosas puede tener eso. Siempre se acaba pagando. Con los pretendientes ocurre lo mismo. Con semejante aislamiento uno se asegura, sí, contra los pequeños ladrones. En una casa muy sociable, la ocasión hace al ladrón. Eso, sin embargo, no importa mucho, pues en muchachas así no hay mucho que robar; cuando tienen dieciséis años, su corazón ya es un completo trapo de firmas, y a mí nunca me interesa escribir mi nombre donde ya han escrito otros muchos; nunca se me ocurre grabar mi nombre en un cristal, ni en una posada, ni en un árbol o un banco de Frederiksberg Have.

EL 27

Cuanto más la miro, más me convengo de que es una figura aislada. Eso no debería ser un hombre, ni siquiera un joven; pues como su desarrollo depende esencialmente de la reflexión, ha de haber entrado en relación con los demás. Una muchacha joven, por eso mismo, tampoco debería ser interesante, pues lo interesante contiene siempre una reflexión sobre sí mismo, del mismo modo que en el arte lo interesante da siempre al artista de propina. Una muchacha joven que quiera agradar siendo interesante, quiere sobre todo agradarse a sí misma. Esto es, desde el punto de vista de la estética, lo que hay que objetar a toda suerte de coquetería. Otra cosa distinta es toda esa coquetería impropia que es el propio movimiento de la naturaleza; así el pudor femenino, que es siempre la coquetería más hermosa. Bien puede lograr agradar una muchacha así, interesante; pero del mismo modo que ella misma ha renunciado a su feminidad, así también suelen ser igual de afeminados los hombres a quienes agrada. Una muchacha joven así solo se vuelve interesante, en realidad, mediante la relación con los hombres. La mujer es el sexo más débil, y sin embargo le pertenece de un modo mucho más esencial que al hombre el estar sola en su juventud; ha de bastarse a sí misma, pero aquello por lo cual y en lo cual se basta a sí misma es una ilusión; esa es la dote con que la naturaleza la ha dotado, como a una hija de rey. Pero ese reposo en la ilusión es justamente lo que la hace aislada. He especulado a menudo sobre de dónde podrá venir que no haya nada más perjudicial para una muchacha joven que el trato frecuente con otras muchachas jóvenes. Está claro que ello reside en que ese trato no es

ni lo uno ni lo otro; perturba la ilusión, pero no la explica. Es la determinación más profunda de la mujer ser compañía para el hombre, pero con el trato con su propio sexo se suscita fácilmente una reflexión sobre esto, que la convierte, en lugar de en compañía, en dama de compañía. El propio lenguaje es muy significativo a este respecto; al hombre se le llama señor, pero a la mujer no se la llama sirvienta ni cosa parecida, no, se usa una determinación esencial: ella es compañía, no acompañante. Si yo hubiera de figurarme un ideal de muchacha, esta habría de estar siempre sola en el mundo y remitida así a sí misma, pero sobre todo no tener amigas. Es verdad, sin duda, que las Gracias eran tres; pero seguramente a nadie se le ha ocurrido tampoco imaginárselas hablando entre sí; forman, en su callada trinidad, una hermosa unidad femenina. A este respecto casi me sentiría tentado a recomendar de nuevo el encierro de doncellas, si esa coacción no volviera a resultar perjudicial a su vez. Lo más deseable siempre para una muchacha joven es que se le deje su libertad, pero que no se le ofrezca la ocasión. Con eso se vuelve hermosa y se salva de volverse interesante. A una muchacha joven que vive mucho en compañía de otras muchachas jóvenes, en vano se le pone un velo de doncella o un velo de novia; en cambio, quien tenga suficiente sentido estético siempre encontrará que una muchacha inocente en un sentido más profundo y eminente le llega velada, aunque no sea costumbre usar velo de novia.

Ha sido criada con severidad; por eso venero a sus padres en su tumba; vive muy recatada, por eso podría echarme al cuello de su tía de puro agradecido. No ha llegado a conocer los placeres del mundo, no tiene esa hartura melindrosa. Es orgullosa, desdeña lo que alegra a otras muchachas jóvenes; así ha de ser. Es una falsedad de la que sabré sacar provecho. Los adornos y el boato no le agradan en el sentido en que agradan a otras muchachas jóvenes; es un poco polémica, pero esto es necesario en una muchacha joven de su temple soñador. Vive en el mundo de la fantasía. Si cayera en malas manos, podría sacarse de ella algo muy poco femenino, precisamente porque hay en ella tanta feminidad.

EL 30

En todas partes se cruzan nuestros caminos. Hoy la he encontrado tres veces. Estoy al corriente de cada una de sus más mínimas salidas, de cuándo y dónde he de encontrarla; pero ese conocimiento no lo empleo para procurarme un encuentro con ella; al contrario, lo derrocho con una prodigalidad temible. Un encuentro que a menudo me ha costado varias horas de espera lo malgasto como si fuera una bagatela; no la encuentro, apenas rozo su existencia periférica. Si sé que va a ir a casa de la señora *Jansen*, entonces prefiero no coincidir con ella, salvo en la medida en que me importe hacer alguna observación aislada; prefiero llegar un poco antes a casa de la señora Jansen y, si es posible, encontrarla en la puerta, cuando ella llega y yo me voy, o en la escalera, donde entonces paso corriendo junto a ella con aire descuidado. Es la primera red en que ha de quedar enredada. En la calle no la detengo, o cambio con ella un saludo, pero nunca me acerco a ella, sino que apunto siempre a distancia. Nuestros continuos choques han de resultarle sin duda llamativos; ha de notar que en su horizonte ha aparecido un nuevo cuerpo que, en su movimiento, de un modo singularmente no perturbador, interviene sin embargo perturbando en el suyo; pero de la ley que constituye ese movimiento no tiene la menor idea; se siente más bien tentada a mirar a derecha e izquierda, por si no pudiera descubrir el punto que es la meta; que sea ella misma, de eso es tan ignorante como su antípoda. Le ocurre lo mismo que a los que me rodean en general: creen que tengo una multitud de negocios, que estoy en continuo movimiento, y digo como *Fígaro*: una, dos, tres, cuatro intrigas a la

vez, ese es mi gusto. Primero he de conocerla a ella y todo su estado espiritual, antes de empezar mi ataque. La mayoría gozan de una muchacha joven como gozan de una copa de champán en un instante espumoso; ah, sí, es bastante hermoso, y con muchas muchachas jóvenes es sin duda lo más alto a que se puede llegar; pero aquí hay más. Si el individuo es demasiado frágil para soportar la claridad y la transparencia, bueno, entonces uno goza de lo confuso, pero ella evidentemente puede soportarlo. Cuanta más entrega se pueda introducir en el amor, tanto más interesante. Este goce del instante es, si bien no en el sentido externo, sí en el espiritual, una violación, y en una violación no hay más que un goce imaginario; es, como un beso robado, algo que no tiene ninguna gracia. No, cuando se puede llegar a que una muchacha tenga una única tarea para su libertad, la de entregarse, que sienta en ello toda su bienaventuranza, que casi suplique con ruegos esa entrega y sea, con todo, libre, solo entonces hay verdadero goce, pero para ello hace falta siempre una influencia espiritual.

¡Cordelia! Es, con todo, un nombre espléndido. Estoy sentado en casa ejercitándome en hablar como un loro; digo: Cordelia, Cordelia, mi Cordelia, tú, mi Cordelia. No puedo evitar sonreír al pensar en la soltura con que algún día, en un momento decisivo, pronunciaré estas palabras. Siempre conviene hacer estudios preparatorios, todo ha de estar dispuesto de antemano. No es de extrañar que los poetas describan siempre ese momento del tuteo, el hermoso instante en que los amantes, no por derramamiento (pues, ciertamente, hay muchos que nunca pasan de ahí), sino por descenso al mar del amor, se despojan del hombre viejo y suben de ese bautismo, y solo entonces se conocen de verdad el uno al otro como viejos conocidos, aunque no tengan más que un instante de antigüedad. Para una muchacha joven ese instante es siempre el más hermoso, y conviene, para gozarlo de veras, estar siempre un poco más alto, de modo que no se sea solo bautizando sino también sacerdote. Un poco de ironía convierte el segundo instante de ese instante en uno de los más interesantes: es un desnudamiento

espiritual. Hay que ser lo bastante poético para no perturbar el acto, y sin embargo el pícaro ha de estar siempre al acecho.

EL 2 DE JUNIO

Es orgullosa, eso lo he visto hace ya mucho. Cuando está sentada en compañía de las tres Jansen, habla muy poco; su charla insustancial la aburre evidentemente, cierta sonrisa en los labios parece indicarlo así. En esa sonrisa me apoyo. —Otras veces puede entregarse a una fiereza casi de muchacho, para gran asombro de las Jansen. No me resulta inexplicable, si pienso en su vida de infancia. No tuvo más que un único hermano, un año mayor que ella. Solo ha conocido a su padre y a su hermano, ha sido testigo de escenas graves, y eso da desabrimiento hacia el vulgar cotorreo de las gansas. Su padre y su madre no vivieron felices juntos; lo que de otro modo, más clara o más oscuramente, atrae a una muchacha joven, a ella no la atrae. Bien podría ser que ella misma anduviese perpleja sobre lo que es una muchacha joven. Quizá desee en algún instante no ser muchacha, sino hombre.

Tiene fantasía, alma, pasión; en suma, todas las sustancias, pero no mediadas por la reflexión subjetiva. Hoy un azar me lo confirmó de veras. Sé, por la firma Jansen, que ella no toca; eso va contra los principios de su tía. Siempre lo he lamentado, pues la música es siempre un buen medio de comunicación con una muchacha joven, cuando, eso sí, se tiene el cuidado de no presentarse como entendido. Hoy subí a casa de la señora *Jansen*; había entornado la puerta sin llamar, una desvergüenza que a menudo me favorece y que, cuando hace falta, remedio con una ridiculez, a saber, llamando a la puerta ya abierta —ella estaba allí sentada, sola, al piano— parecía estar tocando a hurtadillas —era una pequeña melodía sueca

— no tocaba con destreza, se impacientaba, pero luego volvían a asomar tonos más suaves. Cerré la puerta y me quedé fuera, escuchando los cambios de su estado de ánimo; había a ratos una pasión en su modo de tocar que recordaba a la doncella *Mettelil*, que tañía el arpa de oro de tal modo que la leche brotaba de sus pechos. —Había algo melancólico, pero también algo ditirámico en su ejecución. —Podría haber irrumpido, haber aprovechado ese instante —habría sido una necedad. —El recuerdo no es solo un medio de conservación, sino un medio de acrecentamiento; lo que está impregnado de recuerdo obra doblemente. —A menudo se encuentra en los libros, sobre todo en los himnarios, una florecilla — ha sido un hermoso instante el que dio ocasión a que se depositara allí; el recuerdo es, con todo, aún más hermoso. Ella oculta evidentemente que toca, o quizá solo toque esa pequeña melodía sueca —¿tendrá quizá un interés especial para ella? Todo esto no lo sé, pero por eso mismo este suceso reviste para mí gran importancia. Cuando alguna vez hable con ella más confidencialmente, la llevaré del todo en secreto hacia este punto y dejaré que se precipite ella misma en esta trampa.

EL 3 DE JUNIO

Todavía no logro ponerme de acuerdo conmigo mismo sobre cómo ha de entenderse ella; por eso me mantengo tan quieto, tan imperceptible —sí, como un soldado en una cadena de centinelas, que se echa al suelo y escucha el eco más lejano de un enemigo que avanza. En realidad, yo no existo para ella, no en el sentido de una relación negativa, sino en el sentido de ninguna relación en absoluto. Todavía no he arriesgado ningún experimento. —Verla y amarla fue todo uno, así se dice en las novelas —sí, eso es bastante cierto, si el amor no tuviese dialéctica alguna; pero, en fin, ¿qué se llega a saber del amor en las novelas? Puras mentiras, que sirven para abreviar la tarea.

</content>

Cuando, a la luz de las noticias que ahora he obtenido, pienso de nuevo en la impresión que me causó el primer encuentro, mi idea de ella resulta ciertamente modificada, pero tanto en beneficio suyo como mío. No es cosa corriente que una muchacha joven vaya así, completamente sola, o que una muchacha joven se ensimisme de ese modo. Sometida a mi severa crítica, resultó: graciosa. Pero la gracia es un momento sumamente fugaz, que se desvanece como el día de ayer en cuanto ha pasado. No me la había imaginado en el entorno en que vive, y mucho menos tan irreflexivamente familiarizada con las tormentas de la vida.

Con todo, me gustaría saber cómo andan sus sentimientos. Enamorada, seguramente, no lo ha estado nunca; para eso su espíritu vuela demasiado libre, y ella es la que menos pertenece a

esas señoritas teóricamente experimentadas, a quienes, mucho antes de tiempo, les resulta tan familiar imaginarse en los brazos de un hombre amado. Las figuras de la realidad que le han salido al paso no han sido capaces, precisamente, de sembrarle confusión sobre la relación entre el sueño y la realidad. Su alma se nutre todavía de la ambrosía divina de los ideales. Pero el ideal que flota ante ella no es, desde luego, una pastora ni una heroína de novela, una amante, sino una *Juana de Arco* o algo por el estilo.

La cuestión sigue siendo siempre si su feminidad es lo bastante fuerte como para dejarse reflejar, o si solo quiere gozarse como belleza y gracia; la cuestión es si uno se atreve a tensar más el arco. Ya es mucho hallar una feminidad pura e inmediata, pero si uno se atreve a arriesgar el cambio, entonces se tiene lo interesante. En tal caso, lo mejor será procurarle un pretendiente sin más ni más. Es una superstición de la gente que eso pueda perjudicar a una muchacha joven. —Sí, si ella fuera una planta muy fina y delicada, que tuviera un único punto de esplendor en su vida: la gracia, entonces sería siempre lo mejor que nunca hubiese oído mencionar el amor; pero si no es este el caso, entonces es una ganancia, y yo no vacilaría nunca en procurarle un pretendiente si no lo hubiese. Ese pretendiente tampoco debe ser una caricatura, pues con eso no se gana nada; ha de ser un joven respetable, si es posible incluso amable, pero, con todo, demasiado poco para su pasión. Ella pasará por alto a semejante hombre, cogerá aversión al amor, casi dudará de su propia realidad al sentir su destino y ver lo que ofrece la realidad; si amar, dirá, no es otra cosa, entonces no vale gran cosa. Se volverá orgullosa en su amor, ese orgullo la hará interesante, transparentará su ser con un tinte más alto; pero al mismo tiempo estará más cerca de su caída, y todo esto la hará cada vez más y más interesante. Entretanto, lo mejor será asegurarse primero de sus relaciones, para ver si no hubiera ya semejante pretendiente. En casa no se da ocasión, pues apenas viene nadie, pero ella sí sale, y allí bien podría hallarse alguno así. Procurar uno antes de saber esto es siempre arriesgado; dos pretendientes insignificantes cada uno por separado podrían resultar perjudiciales por su relatividad. Ahora

voy a ver si no habrá por ahí, agazapado, un enamorado secreto que no tiene valor para asaltar la casa, un ladrón de gallinas que no ve ocasión ninguna en una casa tan monástica.

Será, pues, el principio estratégico, la ley de todos los movimientos de esta campaña, tocarla siempre en una situación interesante. Lo interesante es, pues, el terreno en que ha de librarse la lucha, la potencia de lo interesante ha de agotarse. Si no me equivoco mucho, toda su constitución está marcada precisamente por eso, de modo que lo que yo exijo es justo lo que ella da, más aún, lo que ella exige. De eso se trata: de espiar lo que cada cual puede dar, y lo que, en consecuencia, ella exige. Mis historias de amor tienen por eso siempre una realidad para mí mismo, constituyen un momento de mi vida, un período de formación del que tengo noticia cierta, y a menudo se les añade incluso una u otra habilidad; aprendí a bailar por una primera muchacha a la que amé, aprendí a hablar francés por una pequeña bailarina. Entonces iba yo al mercado como todos los necios, y a menudo me engañaban. Ahora me dedico al acaparamiento previo. Quizá, sin embargo, ella haya agotado ya un lado de lo interesante; su vida recluida parece indicarlo. Se trata, pues, de hallar otro lado, que a primera vista no le parezca en absoluto tal, pero que precisamente a causa de ese tropiezo llegue a interesarle. Con ese fin no elijo lo poético, sino lo prosaico. He aquí, pues, el comienzo. Primero se neutraliza su feminidad mediante la sensatez prosaica y la burla, no directamente sino de forma indirecta, y además mediante lo absolutamente neutro: el espíritu. Ella pierde casi su feminidad ante sí misma, pero en ese estado no puede sostenerse sola, se arroja en mis brazos, no como si yo fuera un amante, no, todavía de un modo completamente neutro; ahora despierta la feminidad, se la incita a su máxima elasticidad, se la deja chocar contra alguna validez real cualquiera, ella la traspasa, su feminidad alcanza una altura casi sobrenatural, ella me pertenece con una pasión de mundo.

EL 5

No he tenido, pues, que ir muy lejos. Ella frecuenta la casa del mayorista *Baxter*. Aquí no solo la he encontrado a ella, sino también a una persona que me venía igual de a propósito. *Edvard*, el hijo de la casa, está mortalmente enamorado de ella; basta media mirada para verlo, con solo fijarse en las dos suyas. Está en el comercio, en el despacho de su padre; un hombre apuesto, bastante agradable, algo tímido, lo cual último no creo que le perjudique a los ojos de ella.

¡Pobre Edvard! No sabe en absoluto cómo empezar con su amor. Cuando sabe que ella va a estar por la tarde, se acicala solo por ella, se pone su traje negro nuevo solo por ella, los puños solo por ella, y hace así una figura casi ridícula en la por lo demás cotidiana reunión de la sala. Su cortedad linda con lo increíble. Si fuera una máscara, Edvard sería para mí un rival peligroso. Usar la cortedad requiere un gran arte, pero también se consigue mucho con ella. Cuántas veces no he usado yo la cortedad para engañar a alguna señorita. Por lo general, las muchachas jóvenes hablan muy duramente de los hombres cortados, y sin embargo, en secreto, les tienen simpatía. Un poco de cortedad halaga la vanidad de tal muchacha, ella siente su superioridad, y eso es la señal. Cuando se los ha adormecido así, entonces se demuestra precisamente, en una ocasión en la que ellas habrían de creer que uno va a morir de cortedad, que uno está tan lejos de eso que puede muy bien arreglárselas solo. Con la cortedad se pierde la propia significación viril, y por eso es también un medio relativamente bueno para neutralizar la relación entre los

sexos; ellas, por tanto, cuando notan que no era sino una máscara, quedan avergonzadas, se ruborizan para sus adentros, sienten muy bien que en cierto modo se han pasado de la raya; es como cuando se sigue tratando durante demasiado tiempo a un muchacho como a un niño.

EL 7

Ya somos amigos, pues, Edvard y yo; hay entre nosotros una verdadera amistad, una hermosa relación, como no la ha habido desde los días más hermosos de Grecia. Pronto nos hicimos confidentes, pues, tras haberlo enredado en una multitud de reflexiones referentes a Cordelia, conseguí que me confesara su secreto. Se entiende que, cuando se juntan todos los secretos, aquel puede pasar entre ellos. Pobre muchacho, hace ya tiempo que suspira. Se acicala cada vez que ella viene, la acompaña luego a casa por la tarde, el corazón le late al pensar que el brazo de ella descansa sobre el suyo, pasean camino de casa mirando las estrellas, él llama al timbre de su puerta, ella desaparece, él se desespera —pero espera la próxima vez. Todavía no ha tenido valor para poner los pies dentro de su casa, él, que tiene una ocasión tan excelente. Aunque no puedo dejar de burlarme de Edvard en mi fuero interno, hay sin embargo algo hermoso en su candidez. Aunque por lo demás me figuro estar bastante versado en todo el conjunto de lo erótico, nunca he observado en mí mismo ese estado, esa angustia y ese temblor del enamoramiento, es decir, hasta el punto de que me haga perder el aplomo, pues por lo demás bien lo conozco, pero para mí es tal que más bien me hace más fuerte. Quizá alguien diría que entonces nunca he estado realmente enamorado; quizá. He avergonzado a Edvard, le he animado a confiar en mi amistad. Mañana debe dar un paso decisivo, ir en persona a invitarla. Le he llevado a la desesperada idea de pedirme que le acompañe; se lo he prometido. Él lo considera un extraordinario gesto de amistad. La ocasión es tal y como yo la

deseo: es entrar de golpe, con la puerta por delante, en la sala. Si ella tuviera la más remota duda sobre el significado de mi aparición, mi propia aparición volverá a confundirlo todo.

Antes no acostumbraba a prepararme para mi conversación; ahora se me ha vuelto necesario, para poder entretener a la tía. En efecto, he asumido el honroso cometido de conversar con ella y de encubrir así los movimientos enamorados de Edvard hacia Cordelia. La tía ha vivido antes en el campo, y tanto por mis propios y cuidadosos estudios en escritos de economía rural como por las noticias de la tía, fundadas en la experiencia, hago progresos considerables en conocimientos y destreza.

Con la tía tengo un éxito completo; me tiene por una persona sentada y formal, con quien da gusto tratar de verdad, no como nuestros pisaverdes a la moda. Con Cordelia no parezco estar demasiado bien considerado. Ciertamente es que ella tiene una feminidad demasiado pura e inocente como para exigir que todo hombre le haga la corte, pero, con todo, siente demasiado lo rebelde de mi existencia.

Cuando así estoy sentado en la acogedora sala, cuando ella, como un ángel bueno, esparce gracia por doquier, sobre todos los que entran en contacto con ella, sobre buenos y malos, entonces me vuelvo a veces impaciente conmigo mismo, me siento tentado a salir precipitadamente de mi escondite; pues aunque estoy sentado a la vista de todos en la sala, sin embargo estoy al acecho; me siento tentado a asir su mano, a abrazar a la muchacha entera, a esconderla en mí, por miedo a que alguien me la arrebatase. O cuando Edvard y yo los dejamos por la tarde, cuando ella al despedirse me tiende su mano, cuando la tengo en la mía, a veces me resulta difícil dejar escapar de mi mano a ese pájaro. Paciencia —*quod antea fuit impetus, nunc ratio est*— ella ha de quedar tejida de un modo bien distinto en mi trama, y entonces, de repente, dejaré que estalle toda la fuerza del amor. No hemos echado a perder este momento con golosinas, con anticipaciones inoportunas; de eso puedes darme las gracias, Cordelia mía. Trabajo por desarrollar el contraste, tenso el

arco del amor para herir tanto más hondo. Como un arquero, aflojo la cuerda, la vuelvo a tensar, oigo su canto, es mi música de guerra, pero todavía no apunto, todavía no coloco la flecha sobre la cuerda.

Cuando un número reducido de personas entra a menudo en contacto en la misma habitación, se desarrolla fácilmente una tradición sobre el lugar, el puesto de cada cual; se convierte para uno en una imagen que, cuando quiere, puede desplegar ante sí, un mapa del terreno. Así vivimos también ahora, reunidos en una imagen, en la casa de los *Wahl*. Por la tarde se toma entonces el té. Por lo general, la tía, que hasta entonces ha estado sentada en el sofá, se traslada a la pequeña mesa de costura, puesto que a su vez lo abandona Cordelia, que se acerca a la mesa del té frente al sofá; a ella la sigue Edvard, yo sigo a la tía. Edvard busca el secreteo, quiere susurrar, y por lo general lo hace tan bien que se queda completamente mudo; yo no hago ningún secreto de mis efusiones ante la tía: precios de mercado, un cálculo de cuántas medidas de leche se necesitan para una libra de mantequilla, a través del medio de la nata y la dialéctica de la mantequera; son verdaderamente cosas que toda muchacha joven no solo puede escuchar sin recibir daño alguno, sino que, lo que es mucho más raro, constituyen una conversación sólida, profunda y edificante, igualmente ennoblecedora para la cabeza y para el corazón. Yo vuelvo por lo general la espalda a la mesa del té y al arrobo de Edvard y Cordelia; yo me arrobo con la tía. ¿Y no es la naturaleza grande y sabia en sus producciones? ¡Qué don tan precioso no es la mantequilla, qué resultado tan magnífico de la naturaleza y del arte! La tía sin duda no sería capaz de oír lo que se habla entre Edvard y Cordelia, suponiendo que realmente se hablara algo; eso se lo he prometido a Edvard, y yo siempre cumplo mi palabra. En cambio, yo puedo oír perfectamente cada palabra que se cruza, oír cada movimiento. Eso es para mí de importancia, pues no se puede saber qué puede ocurrírsele arriesgar a una persona en su desesperación. Las personas más prudentes y más cohibidas se atreven a veces a las cosas más desesperadas. Aunque así no tengo lo más mínimo que ver con esas dos personas solitarias, puedo, sin embargo, notar muy

bien en Cordelia que yo, invisible, estoy constantemente presente entre ella y Edvard.

Es, en verdad, una imagen singular la que formamos entre los cuatro. Si quisiera pensar en imágenes conocidas, podría hallar sin duda una analogía, en la medida en que pienso en mí mismo como en *Mefistófeles*; la dificultad estriba, sin embargo, en que Edvard no es ningún *Fausto*. Si me convierto a mí mismo en Fausto, la dificultad vuelve a ser que Edvard ciertamente no es ningún Mefistófeles. Tampoco yo soy ningún Mefistófeles, y mucho menos a los ojos de Edvard. Él me tiene por el buen genio de su amor, y en eso hace bien, al menos puede estar seguro de que nadie puede velar más cuidadosamente por su amor que yo. Le he prometido conversar con la tía, y desempeño este honroso cometido con toda seriedad. La tía casi desaparece ante nuestros ojos en pura economía rural; vamos a la cocina y a la despensa, al desván, vemos a las gallinas y los patos, los gansos, etcétera. Todo esto irrita a Cordelia. Lo que en realidad quiero, naturalmente ella no puede comprenderlo. Me convierto para ella en un enigma, pero un enigma que no la tienta a querer adivinarlo, sino que la exaspera, más aún, la indigna. Ella siente muy bien que la tía se vuelve casi ridícula, y sin embargo la tía es una dama tan respetable que sin duda no lo merecía. Por otra parte, yo lo hago tan bien que ella siente muy claramente que sería en vano intentar hacerme vacilar. A veces llego a llevarlo tan lejos que consigo que Cordelia, en todo secreto, sonría a costa de la tía. Son ejercicios que hay que hacer. No es que yo lo haga en connivencia con Cordelia, ni mucho menos, pues entonces jamás conseguiría que sonriera a costa de la tía. Yo permanezco invariablemente serio y a fondo; pero ella no puede evitar sonreír. Es la primera lección falsa: hay que enseñarle a sonreír irónicamente; pero esa sonrisa me alcanza casi tanto a mí como a la tía, pues ella no sabe en absoluto qué pensar de mí. Bien podría ser que yo fuese uno de esos jóvenes que han envejecido demasiado pronto, era posible; otra cosa era también posible, y una tercera también, etcétera. Cuando ella ha sonreído a costa de la tía, se indigna consigo misma; yo entonces me vuelvo, y mientras sigo hablando

con la tía, la miro muy seriamente, y entonces ella me sonríe a mí, a la situación.

Nuestra relación no son los tiernos y fieles abrazos de la comprensión, no son atracciones; es la repulsión del malentendido. Mi relación con ella no es en realidad absolutamente nada; es puramente espiritual, lo cual naturalmente no es absolutamente nada tratándose de una muchacha joven. El método que ahora sigo tiene, sin embargo, sus extraordinarias comodidades. Un hombre que se presenta como galán despierta sospechas y se levanta a sí mismo una resistencia; de todo eso estoy yo libre. No se vigila contra mí, antes al contrario, más bien se me destinaría como persona fiable, apta para vigilar a la joven. El método solo tiene un defecto, y es que es lento, pero por eso mismo, y solo con provecho, puede aplicarse a individuos en quienes lo que hay que ganar es lo interesante.

¡Qué poder rejuvenecedor tiene una muchacha joven! Ni el frescor del aire matinal, ni el susurro del viento, ni la frescura del mar, ni el aroma del vino, ni su dulzura... nada en el mundo tiene ese poder rejuvenecedor.

Pronto espero haber llevado las cosas al punto de que ella me odie. He adoptado enteramente la figura de un solterón. No hablo de otra cosa que de estar cómodamente sentado, tumbarse a gusto, tener un criado de fiar, un amigo de paso firme, de quien uno pueda fiarse de verdad cuando camina del brazo con él. Si ahora consigo que la tía abandone las consideraciones de economía rural, la conduzco hacia esto, para tener una ocasión más directa para la ironía. De un solterón se puede uno reír, e incluso tenerle compasión, pero un hombre joven que, sin embargo, no carece de espíritu, irrita con semejante conducta a una muchacha joven; se aniquila todo el sentido de su sexo, su belleza y su poesía.

Así van pasando los días, la veo, pero no hablo con ella, hablo con la tía en su presencia. Alguna noche suelta puede ocurrírseme dar rienda suelta a mi amor. Entonces voy, envuelto en mi capa, con la gorra calada hasta los ojos, hasta debajo de sus ventanas. Su alcoba

da al patio, pero, como el lugar es una esquina, es visible desde la calle. A veces se queda un instante en pie junto a la ventana, o la abre, mira hacia las estrellas, sin que nadie la advierta, salvo aquel por quien menos de todos creería ella estar siendo observada. En esas horas nocturnas ando yo como un espíritu, como espíritu habito el lugar donde está su morada. Entonces lo olvido todo, no tengo planes, ni cálculos, echo la razón por la borda, ensancho y fortalezco mi pecho con hondos suspiros, un ejercicio que necesito para no padecer bajo lo sistemático de mi conducta. Otros son virtuosos de día y pecan de noche; yo soy fingimiento de día, de noche soy puro deseo. Si ella me viera aquí, si pudiera ver dentro de mi alma... si.

Si esta muchacha quiere entenderse a sí misma, ha de admitir que yo soy un hombre para ella. Es demasiado vehemente, está demasiado hondamente conmovida para ser feliz en el matrimonio; sería muy poco dejarla caer en manos de un seductor cualquiera; si cae en las mías, salvará lo interesante de ese naufragio. En relación conmigo, ella ha de, como dicen los filósofos jugando con las palabras, *zu Grunde gehn*.

En realidad está harta de escuchar a Edvard. Como siempre ocurre allí donde se han puesto límites estrechos a lo interesante, tanto más se descubre. Ella escucha a veces mi conversación con la tía. Cuando yo lo noto, entonces asoma, lejos, en el horizonte, un destello, un indicio de un mundo completamente distinto, para asombro tanto de la tía como de Cordelia. La tía ve el relámpago pero no oye nada, Cordelia oye la voz pero no ve nada. Al mismo instante, sin embargo, todo vuelve a su orden tranquilo, la conversación entre la tía y yo prosigue su marcha uniforme, como los caballos de posta en el silencio de la noche; la melancolía de la tetera la acompaña. En esos instantes puede a veces volverse siniestra la sala, sobre todo para Cordelia. No tiene a nadie con quien hablar ni a quien escuchar. Si se vuelve hacia Edvard, corre el riesgo de que él, en su cortedad, haga alguna tontería; si se vuelve hacia el otro lado, hacia la tía y hacia mí, entonces la seguridad que aquí reina, el golpe de martillo monótono y acompasado de la conversación, produce, frente a la inseguridad de Edvard, el

contraste más desagradable. Comprendo muy bien que a Cordelia le tiene que parecer como si la tía estuviera hechizada, tan enteramente se mueve al compás de mi ritmo. Tampoco puede ella tomar parte en esta conversación; pues es uno de los medios que también he usado para irritarla, el permitirme tratarla del todo como a una niña. No es que por eso me permita ninguna libertad en absoluto contra ella, ni mucho menos, sé muy bien lo perturbador que algo así puede resultar, y se trata sobre todo de que su feminidad pueda volver a erguirse pura y hermosa. Gracias a mi relación íntima con la tía, me resulta fácil tratarla como a una niña que no entiende del mundo. Con eso su feminidad no queda ofendida, sino solo neutralizada; pues a su feminidad no puede ofenderla que ella no esté al tanto de los precios de mercado, pero bien puede irritarla que eso deba ser lo más alto de la vida. La tía se supera a sí misma con mi vigorosa ayuda en esta dirección. Se ha vuelto casi fanática, algo de lo que puede darme las gracias. Lo único que no puede perdonarme es que yo no sea nada. Ahora he introducido la costumbre de que, cada vez que se habla de algún cargo que está vacante, decir: ese es un cargo para mí, y luego hablar con ella muy seriamente al respecto. Cordelia nota siempre la ironía; eso es precisamente lo que yo quiero.

¡Pobre Edvard! Lástima que no se llame Fritz. Cada vez que en mis reflexiones silenciosas me detengo en mi relación con él, siempre acabo pensando en el Fritz de *La novia*. Edvard es, además, igual que ese modelo suyo, cabo de la Guardia Cívica. Si he de ser sincero, Edvard es también bastante aburrido. No aborda el asunto como es debido, siempre se presenta acicalado y tieso. Por amistad hacia él, *unter uns gesagt*, yo me presento tan descuidado como me es posible. ¡Pobre Edvard! Lo único que casi me da pena es que me está tan infinitamente agradecido que casi no sabe cómo darme las gracias. Dejar que me las dé por ello, eso ya es realmente demasiado.

* * *

¿Por qué no podéis ahora estaros bonitamente quietos? ¿Qué habéis estado haciendo toda esta mañana sino sacudir mi toldo, tirar de mi espejo de reflexión y del cordón del mismo, jugar con la cuerda de la campanilla del tercer piso, golpear contra los cristales, en fin, proclamar de todas las maneras vuestra presencia, como si quisierais sonsacarme a salir con vosotros? Sí, el tiempo es bastante bueno, pero no tengo ganas, dejadme quedarme en casa...

Vosotros, traviesos y desenfrenados céfiros, alegres muchachos, bien podéis marcharos solos; tened vuestra diversión, como siempre, con las muchachas jóvenes. Sí, ya lo sé, nadie sabe abrazar tan seductoramente a una muchacha joven como vosotros; en vano querrá ella escabullirse de vosotros, no puede desenredarse de vuestros lazos —y tampoco lo desea; pues vosotros refrescáis y refrigeráis, no excitáis.... Id por vuestro propio camino, dejadme fuera.... Entonces no tenéis ninguna diversión en ello, decís, no lo hacéis por vosotros mismos... Bueno, está bien, os acompaño; pero con dos condiciones. En primer lugar. Vive en la plaza de Kongens Nytorv una muchacha joven, muy hermosa, pero que tiene además la desvergüenza de no querer amarme, y lo que es peor, ama a otro, y llega hasta el punto de que pasean del brazo el uno con el otro. A la una sé que él va a ir a buscarla. Ahora me prometéis que los más fuertes soplones entre vosotros permanezcan ocultos en algún lugar de las cercanías hasta el momento en que él salga con ella por la puerta de la calle. En el mismo instante en que él vaya a doblar hacia la calle Store Kongensgade, ese destacamento se lanza hacia delante, le quita del modo más cortés el sombrero de la cabeza, y lo lleva a un paso uniforme, justo a la distancia de una vara por delante de él; no más deprisa, pues entonces sería concebible que él diera media vuelta hacia casa. Él cree siempre que en el segundo siguiente va a atraparlo; ni siquiera suelta el brazo de ella. De ese modo los llevaréis a él y a ella a través de la calle Store Kongensgade, a lo largo de la Muralla hasta Nørreport, hasta Højbroplads... ¿Cuánto tiempo puede llevar eso? Calculo que cosa de media hora. A la una y media en punto llego yo desde Østergade. Cuando aquel destacamento haya conducido a los enamorados hasta el centro de la plaza, se lanza sobre ellos un ataque violento, en el

cual vosotros también le arrancáis a ella el sombrero, le desordenáis los rizos, os lleváis su chal, mientras que, entretanto, el sombrero de él sube jubiloso cada vez más alto en el aire; en fin, provocáis tal confusión que todo el respetable público, y no solo yo, prorrumpe en una carcajada estrepitosa, los perros se ponen a ladrar, el vigía de la torre a tocar la campana. Lo arregláis de manera que el sombrero de ella vuele hasta mí, que seré el afortunado encargado de devolvérselo. —En segundo lugar. El destacamento que me sigue a mí obedece cada una de mis señas, se mantiene dentro de los límites del decoro, no ofende a ninguna muchacha bonita, no se permite mayor libertad que la que su alma infantil pueda soportar, conservando durante toda la broma su alegría, el labio su sonrisa, el ojo su serenidad y el corazón quedando sin angustia. Si alguno de vosotros se atreve a portarse de otro modo, que su nombre sea maldito. —Y ahora, en marcha hacia la vida y la alegría, hacia la juventud y la belleza; mostradme lo que a menudo he visto, lo que nunca me canso de ver, mostradme una muchacha joven y hermosa, desplegad su belleza ante mí de tal modo que ella misma se vuelva aún más hermosa; examinadla de tal modo que ella tenga gozo de este examen. — — — Elijo la calle Bredgade, pero, como sabéis, solo puedo disponer de mi tiempo hasta la una y media. — — —

Ahí viene una muchacha joven, acicalada y tiesa, sí, también hoy es domingo.... ¡Refrescadla un poco, abanicadla de frescor, deslizaos en suaves corrientes sobre ella, abrazadla con vuestro roce inocente! ¡Cómo presiento el fino rubor de su mejilla, el labio se colorea más intenso, sube el calor... ¿no es verdad, muchacha mía, que es indescriptible, que es un goce dichoso respirar esta fresca brisa?! El pequeño cuello se mece como una hoja. Qué sano y pleno es su respirar. Su paso se hace más lento, casi la lleva en volandas la suave brisa, como una nube, como un sueño... ¡Soplad un poco más fuerte, en tragos más largos!... Ella se recoge; los brazos se tienden más cerca del calor, que ella cubre con más cuidado, para que ninguna ráfaga de viento sea demasiado atrevida, para que no se deslice, flexible y fresca, bajo la ligera cobertura... Se ruboriza con más salud, la mejilla se vuelve más plena, el ojo más transparente,

el paso más acompasado. Toda tribulación embellece a una persona. Toda muchacha joven debería enamorarse del céfiro; pues ningún hombre sabe, como él, al forcejear con ella, realzar su belleza.... Su cuerpo se inclina un poco hacia delante, la cabeza mira hacia la punta del pie.... ¡Deteneos un poco! Es demasiado, su figura se ensancha, pierde su hermosa esbeltez.... ¡Refrescadla un poco!.... ¿No es verdad, muchacha mía, que es reconfortante, cuando una se ha acalorado, sentir entonces estos escalofríos que refrescan? Una podría abrir los brazos de gratitud, de alegría por la existencia.... Ella se vuelve de lado... Ahora, rápido, un soplo vigoroso, ¡para que pueda yo adivinar la belleza de las formas!... ¡Un poco más fuerte! para que el ropaje se ciña con más exactitud.... ¡Es demasiado! La postura se vuelve poco airosa, se altera el ligero cambio de pie.... Ella se vuelve de nuevo... ¡Soplad ahora de lleno, dejad que se esfuerce!.... ¡Basta, es demasiado! Se le ha soltado un rizo,... ¡a ver si os controláis! — — Ahí viene marchando todo un regimiento:

Die eine ist verliebt gar sehr;
Die andre wäre es gerne.

Sí, es innegablemente una mala colocación en la vida ir con el futuro cuñado bajo el brazo izquierdo. Para una muchacha es más o menos lo mismo que para un hombre ser escribiente supernumerario... Pero el escribiente supernumerario puede ascender; tiene además su puesto en la oficina, participa en las ocasiones extraordinarias, cosa que no es la suerte de la cuñada; pero, en cambio, su ascenso no es tan lento — cuando asciende y es trasladada a otra oficina.... ¡Sopla ahora un poco más recio! Cuando se tiene un punto fijo al que aferrarse, bien puede uno resistir... El centro avanza con fuerza, las alas no pueden seguirlo... Él se sostiene bastante firme, a él el viento no puede moverlo, para eso es demasiado pesado — pero también demasiado pesado para que las alas pudieran levantarlo del suelo. Él arremete hacia delante para demostrar — que es un cuerpo pesado; pero cuanto más inmóvil permanece, tanto más sufren las muchachas debajo.... Mis bellas damas, ¿no puedo serles útil con un buen consejo?: dejen ustedes fuera al futuro marido y cuñado, intenten ir solas, y ya verán

ustedes, tendrán mucho más placer con ello.... ¡Sopla ahora un poco más suave!.... cómo se agitan en las olas del viento; pronto se sitúan una frente a otra de lado, calle abajo — ¿puede alguna música de baile producir una alegría más festiva?, y sin embargo el viento no las agota, las fortalece... Ahora se deslizan una al lado de la otra a toda vela calle abajo — ¿puede algún vals arrastrar más seductoramente a una joven consigo?, y sin embargo el viento no cansa, sino que sostiene.... Ahora se vuelven hacia el marido y el cuñado... ¿No es cierto que un poco de resistencia es agradable?, de buen grado se lucha por llegar a poseer lo que se ama; y bien se alcanza aquello por lo que se combate, hay un gobierno superior que viene en ayuda del amor, ved por eso el marido tiene el viento a su favor.... ¿No lo he dispuesto yo bien?: cuando uno mismo tiene el viento a la espalda, puede guiar fácilmente a la amada más allá; pero cuando lo tiene en contra, entonces cae en un movimiento agradable, entonces vuela hacia la amada, y el soplo del viento la hace más sana, y más tentadora, y más seductora, y el soplo del viento enfría el fruto de los labios, que prefiere gozarse frío, porque está tan ardiente como está ardiente el champán, cuando casi se hiela.... Cómo ríen, y charlan, — y el viento se lleva las palabras — ¿hay aquí ahora también algo de qué hablar? — y ríen de nuevo y se doblan ante el viento, y se sujetan el sombrero, y cuidan sus pasos..... ¡Deteneos ahora, que las jóvenes no se impacienten, ni se enfaden con nosotros, ni nos teman! — — Así, muy bien, resuelta y con brío, el pie derecho delante del izquierdo... Qué atrevida y desenvuelta se mira en torno al mundo... Si no me equivoco, lleva a alguien del brazo, así que está prometida. A ver, hija mía, qué regalo has recibido del árbol de Navidad de la vida... ¡Ah, sí! Realmente parece ser un prometido muy sólido. Está, pues, en el primer estadio del noviazgo, lo ama — bien puede ser, pero aun así su amor revolotea, ancho y amplio, suelto en torno a él; todavía posee esa capa del amor que puede cubrir a muchos.... ¡Soplad un poco más!... Sí, cuando se camina tan deprisa, no es de extrañar que las cintas del sombrero se tensen contra el viento, que parezca como si solo ellas, cual alas, sostuvieran esta criatura ligera — y su amor — también él sigue como un velo de elfos con el que el viento juega.

Sí, cuando así se mira el amor, parece tan amplio; pero cuando hay que vestirse con él, cuando el velo ha de convertirse en costura de un vestido de diario — entonces ya no queda tela para muchos vuelos... ¡Vaya, Dios nos guarde! Quien ha tenido valor para arriesgar un paso decisivo para toda la vida, ¿no habría de tener coraje para ir derecha contra el viento? ¿Quién lo duda? Yo no; pero nada de impaciencia, señorita mía, nada de impaciencia. El tiempo es un maestro severo, y el viento tampoco es malo.... ¡Molestadla un poco!.... ¿Dónde ha ido a parar el pañuelo?... ah, ya lo ha recuperado usted.... Se ha soltado una de las cintas del sombrero... eso resulta ciertamente de lo más molesto para el prometido, que está presente... Ahí viene una amiga, a la que debe usted saludar. Es la primera vez que la ve a usted como prometida; es justamente para mostrarse como tal por lo que está usted aquí en Bredgade y se dispone además a ir hasta Langelinie. Por lo que yo sé, es costumbre que los cónyuges vayan a la iglesia el primer domingo después de la boda, y los prometidos, en cambio, a Langelinie. Sí, un noviazgo tiene realmente, en general, mucho en común con Langelinie.... Cuidado ahora, el viento se lleva el sombrero, sujételo un poco, incline la cabeza... Es realmente fatal, no ha podido usted saludar en absoluto a la amiga, no ha tenido la calma para saludar con el aire de superioridad que una muchacha prometida debe adoptar frente a las que no lo están.... ¡Sopla ahora más suave!... ahora llegan los buenos días.... cómo se aferra fuerte al amado, va tan por delante de él que puede volver la cabeza atrás y mirarlo hacia arriba, y regocijarse en él, su riqueza, su dicha, su esperanza, su porvenir... Oh, muchacha mía, haces demasiado de él... ¿O es que no me debe a mí y al viento el que tenga un aspecto tan vigoroso? ¿Y no me debes tú misma a mí y a las suaves brisas, que ahora te sanan y hacen olvidar tu dolor, el que tú misma tengas un aspecto tan lozano, tan anhelante, tan lleno de presentimiento?

Y no quiero yo un estudiante,
que se acuesta a leer por la noche,
sino que quiero un oficial,
que lleva pluma en el sombrero.

Eso se ve enseguida en ti, muchacha mía, hay algo en tu mirada... No, a ti de ningún modo te sirve un estudiante... Pero ¿por qué precisamente un oficial? ¿Es que un licenciado que hubiera terminado sus estudios no podría hacer lo mismo?.... En este momento, sin embargo, no puedo servirte ni con un oficial, ni con un licenciado. En cambio, puedo servirte con algunos refrescos templados.... ¡Sopla ahora un poco más!... Así está bien, échate el chal de seda hacia atrás sobre el hombro; camina bastante despacio, así la mejilla se pondrá algo más pálida, y el brillo de los ojos no tan intenso... Así. Sí, un poco de ejercicio, sobre todo con un tiempo tan hermoso como el de hoy, y luego un poco de paciencia, y ya conseguirá usted al oficial. — — Es una pareja hecha la una para la otra. ¡Qué firmeza de paso, qué seguridad en todo su porte, fundada en la confianza mutua, qué *harmonia præstabilita* en todos los movimientos, qué suficiente solidez! Sus posturas no son ligeras ni graciosas, no bailan el uno con el otro, no; hay en ellos una permanencia, una firmeza que despierta una esperanza que no engaña, que infunde mutuo respeto. Apostaría a que su concepción de la vida es esta: la vida es un camino. Y también parecen destinados a caminar del brazo el uno con el otro a través de las alegrías y los pesares de la vida. Armonizan hasta tal punto que la dama ha renunciado incluso a la pretensión de caminar por las losas.... Pero, queridos céfiros, ¿por qué tenéis tanta prisa con esa pareja? No parece que merezca la pena reparar en ella. ¿Habría algo particular que observar?.... Sin embargo, es la una y media, en marcha hacia Høibroplads.

* * *

No se creería posible calcular con tanta exactitud, en su conjunto, la historia de un desarrollo anímico. Eso demuestra lo sana que es Cordelia. En verdad, es una muchacha excelente. Es cierto que es tranquila y modesta, sin pretensiones, pero aun así hay en ella, inconscientemente, una desmesurada pretensión. — Me llamó la atención hoy, cuando la vi entrar por la puerta viniendo de fuera. La pequeña resistencia que puede oponer una ráfaga de viento removi6, por así decirlo, todas las fuerzas en ella, sin que por ello

hubiera en ella lucha alguna. No es una muchachita insignificante que se desvanece entre los dedos, tan frágil que casi da miedo de que se vaya a romper con solo mirarla; pero tampoco es una flor de lujo pretenciosa. Como un médico, puedo por tanto observar con placer todos los síntomas de esta historia de salud.

Poco a poco empiezo, en mi ataque, a acercarme más a ella, a pasar a un ataque más directo. Si he de señalar este cambio en mi mapa militar de la familia, diré: he girado mi silla de tal modo que ahora le muestro el costado. Trato más con ella, le dirijo la palabra, le arranco respuestas. Su alma tiene pasión, vehemencia, y sin estar, por reflexiones necias y vanidosas, aguzada hacia lo peculiar, tiene un anhelo de lo extraordinario. Mi ironía sobre la necedad de los hombres, mi burla de su cobardía, de su tibia indolencia, la cautivan. Le gusta bastante guiar el carro del sol por la bóveda del cielo, acercarse demasiado a la tierra y chamuscar un poco a los hombres. Sin embargo, no confía en mí; hasta ahora he impedido todo acercamiento, incluso en el plano espiritual. Debe fortalecerse en sí misma antes de que yo la deje apoyarse en mí. A ratos puede parecer como si fuera a ella a quien quisiera hacer mi confidente en mi masonería, pero eso no es más que a ratos. Ella misma debe desarrollarse en sí misma; debe sentir la fuerza tensora de su alma, debe coger y levantar el mundo. Los progresos que hace me los revela fácilmente su réplica, y su mirada; en una sola ocasión he visto en ella una cólera aniquiladora. A mí no debe deberme nada; pues libre ha de ser, solo en la libertad hay amor, solo en la libertad hay pasatiempo y diversión eterna. Pues aunque me propongo que ella, como por una necesidad natural, tenga que hundirse en mi abrazo, y me esfuerzo por conseguir que gravite hacia mí, se trata al mismo tiempo de que no caiga como un cuerpo pesado, sino tal como el espíritu gravita hacia el espíritu. Aunque ella ha de pertenecerme, esto no debe ser idéntico a lo feo de que descansa sobre mí como una carga. No debe ser para mí ni en el sentido físico un apéndice, ni en el sentido moral una obligación. Entre nosotros dos solo ha de reinar el propio juego de la libertad. Ella ha de serme tan ligera que pueda llevarla en mi brazo.

Cordelia casi me ocupa demasiado. Vuelvo a perder mi equilibrio, no frente a ella cuando está presente, sino cuando estoy, en el sentido más estricto, solo con ella. Puedo añorarla, no para hablar con ella, sino simplemente para dejar que su imagen flote ante mí; puedo seguirla a hurtadillas cuando sé que ha salido, no para ser visto, sino para ver. El otro atardecer salimos juntos por la puerta de casa de los Baxter; Edvard la acompañaba. Me separé de ellos a toda prisa, corrí por otra calle donde me esperaba mi criado. En un instante me cambié de ropa, y volví a encontrarla una vez más, sin que ella lo sospechara. Edvard estaba entonces mudo como siempre. Enamorado estoy sin duda, pero no en el sentido corriente, y con eso hay que ser también muy cauto, siempre tiene consecuencias peligrosas; y, al fin y al cabo, solo se está enamorado una vez. Sin embargo, el dios del amor es ciego; si se es astuto, bien se le puede engañar. El arte consiste en ser, en relación con las impresiones, todo lo receptivo posible, en saber qué impresión se causa, y qué impresión se recibe de cada muchacha. De ese modo se puede incluso estar enamorado de muchas a la vez, porque se está enamorado de cada una de un modo distinto. Amar a una sola es demasiado poco; amar a todas es superficialidad; conocerse a sí mismo y amar a tantas como sea posible, dejar que el alma oculte en sí todas las potencias del amor erótico de tal modo que cada una reciba su alimento determinado, mientras la conciencia abarca sin embargo el conjunto — eso es el goce, eso es vivir.

EL 3 DE JULIO

Edvard en realidad no puede quejarse de mí. Es cierto que quiero que Cordelia se equivoque respecto a él, que por medio de él coja aversión al amor llano y correcto y con ello sobrepase su propio límite; pero para eso precisamente hace falta que Edvard no sea ninguna caricatura; pues entonces no serviría de nada. Edvard no es solo, en sentido burgués, un buen partido, cosa que a los ojos de ella no significa nada, una muchacha de diecisiete años no repara en eso; pero tiene varias cualidades personales amables que yo procuro ayudarle a poner en la luz más ventajosa. Como una modista, como un decorador, lo engalano lo mejor que puedo, según los recursos de la casa, y hasta a veces le cuelgo algún adorno prestado. Cuando vamos entonces juntos hacia allí, me resulta bastante extraño caminar a su lado. Me parece como si fuera mi hermano, mi hijo, y sin embargo es mi amigo, mi coetáneo, mi rival. Peligroso no podrá serme nunca. Cuanto más pueda por tanto elevarlo, ya que de todos modos ha de caer, tanto mejor, tanto más conciencia despierta en Cordelia de lo que desdeña, tanto más vehemente presentimiento de lo que anhela. Lo oriento, lo recomiendo, en suma, hago todo lo que un amigo puede hacer por un amigo. Para dar verdadero relieve a mi frialdad, casi me exalto contra Edvard. Lo pinto como un soñador exaltado. Como Edvard no sabe en absoluto ayudarse a sí mismo, tengo que sacarlo adelante yo.

Cordelia me odia y me teme. ¿Qué teme una muchacha joven? El espíritu. ¿Por qué? Porque el espíritu constituye la negación de toda su existencia femenina. La belleza varonil, un ser cautivador, etc.,

son buenos medios. También con ellos se puede hacer conquista, pero nunca ganar una victoria completa. ¿Por qué? Porque con ellos se combate a una muchacha en su propia potencia, y en su propia potencia ella es, sin embargo, siempre la más fuerte. Con esos medios se puede llevar a una muchacha a ruborizarse, a bajar los ojos, pero nunca producir esa angustia indescriptible y cautivadora que hace interesante su belleza.

_Non formosus erat, sed erat facundus Ulixes,
et tamen aequoreas torsit amore Deas._

Cada cual debería conocer ahora sus fuerzas. Pero hay algo que a menudo me ha indignado, y es que incluso los que tienen dones se conducen de un modo tan chapucero. En realidad, debería poder verse enseguida, en cualquier muchacha joven que se ha convertido en víctima del amor de otro, o más bien del suyo propio, en qué dirección ha sido engañada. El asesino experto asesta un golpe determinado, y la policía experimentada reconoce enseguida al autor en cuanto ve la herida. Pero, ¿dónde se encuentra a semejantes seductores sistemáticos, a semejantes psicólogos? Seducir a una muchacha significa para la mayoría seducir a una muchacha, y punto; y, sin embargo, hay todo un lenguaje oculto en este pensamiento.

Me odia — como mujer; me teme — como mujer dotada; me ama — como a la buena cabeza. Esta lucha la he conseguido suscitar, por lo pronto, en su alma. Mi orgullo, mi desafío, mi fría burla, mi despiadada ironía la tientan, no como si ella fuera a quererme; no, ciertamente no hay en ella ni rastro de tales sentimientos, y menos que nada hacia mí. Ella quiere competir conmigo. Lo que la tienta es la orgullosa independencia frente a los hombres, una libertad como la de los árabes en el desierto. Mi risa y mi rareza neutralizan toda descarga erótica. Es bastante libre conmigo, y en la medida en que hay alguna reserva, es más intelectual que femenina. Está tan lejos de ver en mí a un amante, que solo estamos el uno con el otro en relación como dos buenas cabezas. Me coge de la mano, me la estrecha, ríe, me muestra cierta atención en puro sentido griego.

Cuando el irónico y el burlón la han engañado ya bastante tiempo, sigo entonces aquella indicación que se halla en el viejo verso: el caballero extiende su capa tan azul y pide a la hermosa doncella que se siente sobre ella. Sin embargo, no extendo mi capa para sentarme con ella en el césped de la tierra, sino para desaparecer con ella en el aire, en el vuelo del pensamiento. O bien no la llevo conmigo, sino que me monto a horcajadas sobre un pensamiento, la saludo con la mano, le lanzo un beso con los dedos, me vuelvo invisible para ella, audible tan solo en el susurro de la palabra alada; no me vuelvo, como Jehová, cada vez más visible en la voz, sino cada vez menos, porque cuanto más hablo, más alto asciendo. Entonces ella quiere venir también, en marcha en el vuelo de audaces pensamientos. Pero eso no dura más que un instante; al momento siguiente estoy frío y seco.

Hay diferentes clases de rubor femenino. Está el rubor grosero de ladrillo. Es del que siempre disponen en abundancia los novelistas cuando hacen ruborizarse a sus heroínas *über und über*. Está el rubor fino; es la aurora del espíritu. En una muchacha joven es inapreciable. El rubor fugaz que sigue a una idea feliz es hermoso en el hombre, más hermoso en el joven, encantador en la mujer. Es el destello del rayo, el relámpago de calor del espíritu. Es más hermoso en el joven, encantador en la muchacha, porque se muestra en su virginidad, y por eso tiene también el pudor de la sorpresa. Cuanto más se envejece, más desaparece este rubor.

A veces leo algo en voz alta para Cordelia; por lo general, cosas bastante indiferentes. Edvard debe, como de costumbre, sostener la luz; pues le he hecho notar que era un modo muy bueno de ponerse en relación con una muchacha joven el prestarle libros. Él también ha ganado bastante con ello; pues ella le está muy agradecida por eso. El que más gana soy yo; pues yo determino la elección de los libros y quedo siempre al margen. Aquí tengo un amplio campo de juego para mis observaciones. Puedo darle a Edvard los libros que quiera, ya que él no entiende de literatura; puedo arriesgar lo que quiera, en cualquier extremo. Cuando entonces me reúno con ella por la tarde, tomo el libro en la mano como por casualidad, lo hojeo

un poco, leo a media voz, elogio a Edvard por su atención. Anoche quise cerciorarme, mediante un experimento, de la fuerza tensora de su alma. Estaba indeciso sobre si dejar que Edvard le prestara los *Gedichte* de Schiller, para tropezar como por casualidad con la Canción de Thekla, que habría de leerse en voz alta, o los *Gedichte* de Bürger. Elegí lo segundo, porque sobre todo su *Lenore* es, sin embargo, algo exaltada, por hermosa que sea por lo demás. Abrí *Lenore*, leí este poema en voz alta con todo el patetismo que me fue posible. Cordelia estaba conmovida, cosía con una premura como si fuera a ella a quien Wilhelm venía a buscar. Me detuve; la tía había escuchado sin particular interés; ella no teme ni a los Wilhelm vivos ni a los muertos, y además tampoco domina del todo el alemán; en cambio, se encontró plenamente en su elemento cuando le mostré el hermoso ejemplar encuadernado y entablé una conversación sobre encuadernación. Mi intención era aniquilar en Cordelia la impresión de lo patético en el mismo instante en que había sido suscitada. Se sintió un poco angustiada, pero me resultó evidente que esta angustia no obraba en ella de modo tentador, sino *unheimlich*.

Mi mirada se ha posado hoy por primera vez sobre ella. Se dice que el sueño puede hacer tan pesado un párpado que se cierra; quizá esta mirada pudiera lograr algo semejante. El ojo se cierra y sin embargo se agitan en ella fuerzas oscuras. No ve que la miro, lo siente, lo siente por todo el cuerpo. El ojo se cierra, y es de noche; pero dentro de ella es pleno día.

Edvard tiene que desaparecer. Está a punto de llegar al extremo; en cualquier momento puedo esperar que se acerque a ella y le haga una declaración de amor. Eso nadie puede saberlo mejor que yo, que soy su confidente, y que con empeño lo mantengo en esta exaltación, para que actúe tanto más sobre Cordelia. Sin embargo, dejar que llegue a confesar su amor es demasiado arriesgado. Bien sé que recibirá un no, pero con eso la historia no termina. Sin duda se lo tomará muy a pecho. Esto quizá conmueva y enternezca a Cordelia. Aunque en tal caso no tenga que temer lo peor, que ella fuera a repetirlo, sin embargo el orgullo de su alma podría sufrir

daño por esta pura compasión. Si eso ocurre, mi propósito con Edvard habrá fracasado por completo.

Mi relación con Cordelia empieza a tomar impulso dramático. Algo tiene que suceder, sea lo que sea; ya no puedo limitarme a observar sin dejar pasar el momento. Hay que sorprenderla, es necesario; pero si se la quiere sorprender, hay que estar alerta. Lo que en general sorprendería, quizá no obraría así sobre ella. En realidad hay que sorprenderla de tal modo que, en el primer instante, el motivo de su sorpresa sea casi que sucede algo del todo corriente. Poco a poco ha de resultar que, sin embargo, había algo sorprendente implícito en ello. Esta es también constantemente la ley de lo interesante, y esta, a su vez, la ley de todos mis movimientos respecto a Cordelia. Con solo saber sorprender, se tiene siempre la partida ganada; se suspende por un instante la energía de la persona en cuestión, se le hace imposible actuar, y esto, ya se use lo insólito o lo corriente como medio. Aún recuerdo con cierta satisfacción un intento temerario con una dama de familia distinguida. En vano había yo, durante algún tiempo, merodeado a escondidas en torno a ella para hallar un contacto interesante, cuando un mediodía me la encuentro en la calle. Estaba seguro de que no me conocía, ni sabía que yo pertenecía a esta ciudad. Iba sola. Me deslicé pasando junto a ella, de modo que llegué a encontrarla cara a cara. Me aparté de su camino, ella conservó las losas. En ese momento le lancé una mirada melancólica, creo que casi tenía una lágrima en el ojo. Me quité el sombrero. Ella se detuvo. Con voz conmovida y una mirada soñadora dije: «No se enoje, distinguida señorita, un parecido entre sus rasgos y un ser al que amo con toda mi alma, pero que vive lejos de mí, es tan llamativo que usted disculpará mi extraña conducta». Ella creyó que yo era un soñador exaltado, y a una muchacha joven le gusta bastante un poco de exaltación, sobre todo cuando además siente su superioridad y se atreve a sonreír de uno. En efecto, sonrió, lo cual le sentaba indeciblemente bien. Con una distinguida condescendencia me saludó, y sonrió. Prosiguió su camino; anduve a su lado apenas dos pasos. Unos días después la encontré, me

permití saludarla. Se rió de mí.... La paciencia es, sin embargo, una virtud preciosa, y quien ríe último, ríe mejor.

Podrían pensarse diferentes medios para sorprender a Cordelia. Podría intentar levantar una tormenta erótica capaz de arrancar árboles de raíz. Con su ayuda podría intentar, si fuera posible, hacerla perder pie, sacarla de su contexto histórico; buscar, en esta agitación, mediante encuentros secretos, hacer aflorar su pasión. No era impensable que pudiera lograrse. A una muchacha con su pasión se la podría llevar a lo que fuera. Sin embargo, sería estéticamente incorrecto. No me gusta el vértigo, y ese estado solo es recomendable cuando se trata con muchachas que únicamente de ese modo podrían ganar un reflejo poético. Además, así se corre fácilmente el riesgo de perder el goce propiamente dicho; pues demasiada confusión también perjudica. En ella fallaría por completo su efecto. En un par de tragos podría absorber lo que durante mucho tiempo podría haberme aprovechado, y, lo que es peor, lo que con serenidad podría haber gozado más plena y ricamente. A Cordelia no hay que gozarla en exaltación. Sorprenderla quizá la sorprendería en el primer instante si yo procediera así, pero pronto estaría saciada, precisamente porque esa sorpresa estaba demasiado cerca de su alma audaz.

Un compromiso liso y llano resulta, de todos los medios, el mejor, el más apropiado. Quizá crea aún menos a sus propios oídos cuando me oiga hacer una prosaica declaración de amor, *item* pedir su mano, todavía menos que si escuchara mi ardiente elocuencia, si bebiera mi venenosa pócima de embriaguez, si oyera latir su corazón ante la idea de un rapto.

Lo maldito de un compromiso es siempre lo ético que hay en él. Lo ético es tan tedioso en la ciencia como en la vida. Qué diferencia: bajo el cielo de la estética todo es ligero, bello, fugaz; cuando interviene la ética, todo se vuelve duro, anguloso, infinitamente *langweilig*. Un compromiso, sin embargo, no tiene, en sentido estricto, realidad ética, como sí la tiene un matrimonio; solo tiene validez *ex consensu gentium*. Esta ambigüedad puede serme muy

útil. Lo ético que hay en él es precisamente suficiente para que Cordelia, a su tiempo, tenga la impresión de que sobrepasa el límite de lo corriente; lo ético que hay en él no es, al mismo tiempo, tan grave como para que yo tenga que temer una conmoción más seria. Siempre he tenido cierto respeto por lo ético. Nunca he dado a ninguna muchacha promesa de matrimonio, ni siquiera una descuidada; en la medida en que pudiera parecer que aquí lo hago, es solo un movimiento fingido. Sabré arreglarlo de tal modo que sea ella misma quien anule el compromiso. Dar promesas lo desprecia mi orgullo caballeresco. Lo desprecio, del mismo modo que cuando un juez, con la promesa de la libertad, induce a un pecador a la confesión. Semejante juez renuncia a su fuerza y a su talento. A esto se añade aún, en mi práctica, la circunstancia de que no deseo nada que no sea, en el sentido más estricto, un don de la libertad. Que los seductores mediocres usen tales medios. ¿Y qué consiguen con ello? Quien no sabe subyugar a una muchacha hasta el punto de que pierda de vista todo lo que uno no quiere que mire, quien no sabe adentrarse poéticamente en una muchacha hasta el punto de que todo parezca haber salido de ella misma, según él lo quiere, ese es y sigue siendo un chapucero; no le envidiaré su goce. Un chapucero es y sigue siendo un hombre así, un seductor, cosa que de ningún modo se me puede llamar a mí. Yo soy un esteta, un erótico, que ha comprendido la esencia del amor erótico y su quid, que cree en el amor y lo conoce a fondo, y que solo se reserva la opinión privada de que toda historia de amor dura, a lo sumo, medio año, y que toda relación se acaba en cuanto se ha gozado lo último. Todo esto lo sé, y sé además que es el goce más elevado que pueda concebirse el ser amado, amado más que nada en el mundo. Adentrarse poéticamente en una muchacha es un arte; salir de ella poéticamente es una obra maestra. Sin embargo, esto último depende esencialmente de lo primero.

Habría otro modo posible. Podría hacer todo lo posible por conseguir que se prometiera con Edvard. Yo me convertiría entonces en amigo de la casa. Edvard confiaría en mí incondicionalmente, pues sería a mí a quien, en cierto modo, debería su dicha. Ganaría

entonces en estar más oculto. Eso no sirve. No puede prometerse con Edvard sin que de un modo u otro salga menoscabada. A esto se añade que mi relación con ella se volvería entonces más picante que interesante. El infinito prosaísmo que hay en un compromiso es precisamente la caja de resonancia de lo interesante.

Todo se vuelve más significativo en la casa de los Wahl. Se nota claramente que bajo las formas cotidianas se agita una vida oculta, y que esta pronto ha de manifestarse en una revelación correspondiente. La casa de los Wahl se prepara para un compromiso. Quien fuera un mero observador externo, quizá pensaría que la tía y yo formaríamos pareja. Qué no podría lograrse en semejante matrimonio para la difusión de conocimientos de economía rural en una generación venidera. Así que yo sería entonces el tío de Cordelia. Soy amigo de la libertad de pensamiento, y ningún pensamiento es tan absurdo que no tenga valor para sostenerlo. Cordelia teme una declaración de amor de Edvard; Edvard espera que tal declaración lo decida todo. Y de eso, ciertamente, puede estar seguro. Sin embargo, para ahorrarle las desagradables consecuencias de semejante paso, procuraré adelantarme a él. Espero ya despedirlo pronto, realmente me estorba. Eso lo he sentido bien hoy. ¿No tiene un aspecto tan soñador y ebrio de amor que se podría temer que, como un sonámbulo, se levante de pronto y confiese su amor ante toda la congregación, de un modo tan objetivamente contemplativo que ni siquiera se acerque a Cordelia? Hoy le presté un par de miradas. Como un elefante coge una cosa con su trompa, así lo cogí yo con mis ojos, todo lo largo que era, y lo eché hacia atrás. Aunque se quedó sentado, creo, sin embargo, que tuvo una sensación correspondiente en todo el cuerpo.

Cordelia no está tan segura frente a mí como lo estaba antes. Antes se acercaba a mí siempre con femenina seguridad; ahora vacila un poco. Sin embargo, eso no tiene mucha importancia, y no me resultaría difícil devolverlo todo a su antiguo pie. Pero no quiero hacerlo. Solo una exploración más, y luego el compromiso. Para este no puede haber ninguna dificultad. Cordelia dirá sí en su sorpresa, la

tía un cordial amén. Estará fuera de sí de alegría por un yerno tan agrónomo. ¡Yerno! Cómo se enlaza todo como paja de guisantes cuando uno se aventura en este terreno. En realidad, entonces, no seré su yerno, sino solo su sobrino, o mejor, *volente deo*, ninguna de las dos cosas.

EL 23

Hoy recogí el fruto de un rumor que había hecho circular, de que estaba enamorado de una muchacha joven. Con la ayuda de Edvard, también ha llegado a oídos de Cordelia. Está curiosa, me vigila, pero no se atreve a preguntar; y sin embargo no le es indiferente tener certeza, en parte porque le parece increíble, en parte porque en ello vería casi un antecedente para sí misma; pues si un burlón tan frío como yo puede enamorarse, entonces bien podría ella también, sin tener por qué avergonzarse. Hoy saqué a colación este asunto. Contar una historia de tal modo que no se pierda el quid, creo que soy hombre capaz de ello, *item* de tal modo que tampoco llegue demasiado pronto. Mantener *in suspenso* a quienes escuchan mi historia, cerciorarme, mediante pequeños movimientos de naturaleza episódica, de qué desenlace desean que tenga, y a lo largo del relato engañarlos, eso es mi placer; usar anfibologías, de modo que los oyentes entiendan una cosa por lo dicho, y de pronto adviertan que las palabras también pueden entenderse de otro modo, eso es mi arte. Cuando de verdad se quiere tener ocasión de hacer observaciones en cierta dirección, hay que pronunciar siempre un discurso. En una conversación, la persona en cuestión puede escabullirse mejor de uno, puede, mediante preguntas y respuestas, ocultar mejor qué impresión producen las palabras. Con solemne seriedad empecé mi discurso a la tía. «¿He de atribuirlo a la benevolencia de mis amigos o a la malicia de mis enemigos, y quién no tiene demasiado tanto de lo uno como de lo otro?» Aquí la tía hizo una observación, que yo con todas mis fuerzas ayudé a diluir, para mantener en tensión a Cordelia, que escuchaba, una tensión

que ella no podía deshacer, ya que era con la tía con quien hablaba, y mi humor era solemne. Proseguí: «o he de atribuirlo a una casualidad, a una *generatio æqvivoca* de un rumor» (esta expresión Cordelia evidentemente no la entendió, solo la dejó confusa, tanto más cuanto que puse en ella un énfasis falso, lo dije con un aire socarrón, como si el quid estuviera ahí), «que yo, acostumbrado a vivir oculto en el mundo, me haya convertido en objeto de comentario, al pretenderse que me he prometido»; a Cordelia evidentemente le faltaba aún mi interpretación, proseguí: «mis amigos, ya que siempre ha de considerarse una gran dicha enamorarse (ella se sobresaltó), mis enemigos, ya que siempre ha de considerarse sumamente ridículo que esa dicha me tocara a mí en suerte» (movimiento en dirección contraria), «o la casualidad, ya que no hay el menor motivo para ello; o la *generatio æqvivoca* del rumor, ya que todo ello sin duda ha de haber surgido del trato irreflexivo de una cabeza vacía consigo misma». La tía se apresuró, con femenina curiosidad, a averiguar quién podía ser esa dama con la que había complacido a alguien prometerme. Toda pregunta en esta dirección fue rechazada. En Cordelia, toda la historia causó una impresión; creo casi que las acciones de Edvard subieron un par de puntos.

Se acerca el momento decisivo. Podría dirigirme a la tía, solicitar por escrito la mano de Cordelia. Es, desde luego, el procedimiento ordinario en asuntos del corazón, como si al corazón le fuera más natural escribir que hablar. Sin embargo, lo que habría de decidirme a elegirlo es precisamente su carácter filisteo. Si lo elijo, pierdo la auténtica sorpresa, y a eso no puedo renunciar. —Si yo tuviera un amigo, quizá me diría: ¿has considerado bien el paso tan grave que das, un paso decisivo para toda tu vida futura y para la dicha de otro ser? Esa es la ventaja que se tiene cuando se tiene un amigo. Yo no tengo ningún amigo; si eso es una ventaja o no, lo dejaré sin decidir, pero, en cambio, considero el estar libre de sus consejos como una ventaja absoluta. Por lo demás, ciertamente he meditado todo el asunto en el sentido más estricto de la palabra.

Por mi parte, ya no hay nada que se oponga al compromiso. Ando, pues, de pretendiente, sin que nadie pueda notarlo en mí. Pronto se contemplará mi humilde persona desde un punto de vista más elevado. Dejo de ser persona y me convierto en... partido; sí, un buen partido, dirá la tía. La persona por la que casi siento más lástima es la tía, pues me ama con un amor tan puro y sincero, tan de buena administradora de su hacienda, que casi me adora como a su ideal.

Ya he hecho muchas declaraciones de amor en mi vida, y sin embargo toda mi experiencia no me sirve de nada aquí, pues esta declaración ha de hacerse de un modo enteramente propio. Lo que principalmente debo inculcarme es que todo esto no es más que un movimiento fingido. He hecho varios ejercicios de tanteo para ver en qué dirección sería mejor presentarse. Hacer erótico el momento sería arriesgado, ya que fácilmente podría anticipar lo que ha de venir más tarde y desplegarse sucesivamente; hacerlo muy solemne es peligroso, pues un instante así tiene para una muchacha tanta importancia que toda su alma puede quedar fijada en él, como la de una moribunda en su última voluntad; hacerlo campechano, de una comicidad llana, no armonizaría con la máscara que he usado hasta ahora, ni tampoco con la nueva que me propongo adoptar y llevar; hacerlo agudo e irónico es arriesgar demasiado. Si a mí me ocurriera, como a la gente en general en tales ocasiones, que lo principal fuera arrancarle el pequeño sí, sería tan fácil como calzarse. A mí esto sí me importa, pero no de una importancia absoluta; pues aunque en efecto he elegido a esta muchacha, aunque le he dedicado mucha atención, todo mi interés incluso, había con todo condiciones bajo las cuales no aceptaría su sí. No se trata en absoluto de poseer a la muchacha en sentido externo, sino de gozarla artísticamente. Por eso el comienzo ha de ser lo más artístico posible. El comienzo ha de ser lo más flotante posible, ha de ser una omniposibilidad. Si ve en mí de inmediato a un embaucador, me malinterpreta, pues en sentido corriente no soy ningún embaucador; si ve en mí a un amante fiel, también me malinterpreta. Se trata de que su alma quede, en esta escena, lo menos determinada posible.

El alma de una muchacha es, en un momento así, profética como la de una moribunda. Esto ha de impedirse. ¡Mi amable Cordelia! Te engaño por algo hermoso, pero no puede ser de otro modo, y te daré toda la compensación que esté en mi mano. Toda la escena ha de mantenerse lo más insignificante posible, de manera que ella, cuando haya dado su sí, no sea capaz de aclarar lo más mínimo sobre lo que pueda ocultarse en esta relación. Esta posibilidad infinita es precisamente lo interesante. Si ella es capaz de prever algo, es que me he equivocado, y toda la relación pierde importancia. Que dijera sí porque me ama es impensable, pues no me ama en absoluto. Lo mejor es cuando logro transformar el compromiso de un acto en un suceso, de algo que ella hace en algo que le acontece, sobre lo cual ha de decir: Dios sabe cómo llegó a pasar realmente.

El 31

Hoy he escrito una carta de amor para un tercero. Eso siempre me proporciona una gran alegría. En primer lugar, es siempre bastante interesante meterse tan vivamente en la situación, y sin embargo con toda la comodidad posible. Me llenan la pipa, escucho el relato, se me presentan las cartas del interesado. Siempre son estudios importantes para mí el modo en que escribe una muchacha joven. Él está ahí sentado, enamorado como una rata, leyendo en voz alta las cartas de ella, interrumpido por mis observaciones lacónicas: escribe bien para lo suyo, tiene sentimiento, gusto, prudencia, seguramente ha amado antes, etcétera. En segundo lugar, es una buena acción la que hago. Ayudo a que un par de jóvenes se unan; y luego me retiro. Por cada pareja feliz me busco una víctima; hago felices a dos, a lo sumo desgraciado a uno solo. Soy honrado y de fiar, jamás he engañado a nadie que se haya confiado a mí. Siempre cae alguna burla; bueno, son gajes legítimos del oficio. ¿Y por qué gozo de esta confianza? Porque sé latín y atiendo a mis estudios, y porque siempre me guardo para mí mis pequeñas historias. ¿Y no merezco yo esta confianza? Nunca abuso de ella.

EL 2 DE AGOSTO

El momento había llegado. A la tía la vi de refilón por la calle, así que supe que no estaba en casa. Edvard estaba en el Toldbod. Había, pues, toda probabilidad de que Cordelia estuviera sola en casa. Y así era. Estaba sentada junto a la mesa de costura, ocupada con una labor. Era muy raro que yo visitara a la familia por la mañana, así que se sintió un poco turbada al verme. La situación estuvo a punto de resultar demasiado conmovedora. Y no habría sido culpa suya, pues ella se sobrepuso con bastante facilidad; sino mía, pues, a pesar de mi coraza, ella me causó una impresión insólitamente fuerte. ¡Qué encantadora estaba con aquel sencillo vestido casero de zaraza a rayas azules, con una rosa recién cortada en el pecho —una rosa recién cortada, no, la muchacha misma era como una flor recién cortada, tan fresca estaba, recién llegada; y quién sabe, además, dónde pasa la noche una muchacha joven, yo pienso que en el país de las ilusiones, pero cada mañana regresa, y de ahí su frescura juvenil. Se veía tan joven y, sin embargo, tan plenamente formada, como si la Naturaleza, cual madre tierna y generosa, acabara de soltarla de su mano en ese mismo instante. Era como si yo hubiera sido testigo de esa escena de despedida; vi cómo aquella madre amorosa la abrazaba una vez más al despedirse, la oí decir: «sal ahora al mundo, hija mía, he hecho todo por ti, toma ahora este beso como un sello sobre tus labios, un sello que guarda el santuario, que nadie puede romper si tú misma no quieres, pero cuando llegue el que debe llegar, tú lo comprenderás». Y le imprimió un beso en los labios, un beso que, a diferencia de un beso humano, no toma nada, sino un beso divino, que lo da todo,

que le da a la muchacha el poder del beso. ¡Naturaleza portentosa, qué profunda y enigmática eres, tú le das al hombre la palabra, y a la muchacha la elocuencia del beso! Ese beso lo tenía ella en los labios, y la despedida en la frente, y el alegre saludo en los ojos; por eso parecía a un tiempo tan familiar, pues era, en efecto, la niña de la casa, y tan extraña, pues no conocía el mundo, sino solo a la madre amorosa que velaba invisible sobre ella. Estaba realmente encantadora, joven como una niña, y sin embargo adornada con esa noble dignidad virginal que infunde reverencia. —Pero pronto volví a quedar sin pasión, y solemnemente necio, como corresponde cuando se quiere lograr que algo importante suceda de un modo tal que no llegue a significar nada. Tras algunas observaciones generales me acerqué un poco más a ella, y entonces expuse mi petición. Un hombre que habla como un libro resulta extremadamente aburrido de escuchar; sin embargo, a veces es bastante conveniente hablar así. Un libro tiene, en efecto, la curiosa propiedad de poder interpretarse como convenga. Esa propiedad la adquiere también el discurso de uno cuando habla como un libro. Yo me atuve por completo, con sobriedad, a las fórmulas de costumbre. Ella se sorprendió tal como yo lo había esperado, eso es innegable. Darme cuenta a mí mismo de qué aspecto tenía es difícil. Parecía múltiple, casi como el comentario todavía no publicado, pero ya anunciado, de mi libro, un comentario que contiene la posibilidad de toda interpretación. Una palabra, y se habría reído de mí; una palabra, y se habría conmovido; una palabra, y me habría esquivado; pero de mis labios no salió ninguna palabra, seguí siendo solemnemente necio y me atuve rigurosamente al ritual. —«Me había conocido tan poco tiempo», Dios mío, semejantes dificultades solo se encuentran en el estrecho camino del compromiso, no en los senderos floridos del amor erótico.

Es bastante curioso. Cuando en los días anteriores reflexionaba sobre el asunto, me sentía bastante seguro de ello, y confiado en que ella, en el momento de la sorpresa, diría que sí. Ahí se ve de qué sirven todos los preparativos; el asunto no tuvo ese desenlace, pues ella no dijo ni sí ni no, sino que se remitió a la tía. Debería

haberlo previsto. Y sin embargo, realmente tengo la fortuna de mi parte, pues este resultado fue todavía mejor.

La tía da su consentimiento, de eso, por otra parte, jamás había albergado la menor duda. Cordelia sigue su consejo. En cuanto a mi compromiso, no he de vanagloriarme de que sea poético; es, en todos los sentidos, sumamente filisteo y aburguesado. La muchacha no sabe si decir sí o no; la tía dice sí, la muchacha dice también sí, yo tomo a la muchacha, ella me toma a mí —y ahora empieza la historia.

EL 3

Así que ya estoy prometido; también lo está Cordelia, y eso es aproximadamente todo lo que ella sabe al respecto. Si tuviera una amiga con quien hablar con sinceridad, seguramente diría: «Lo que todo esto ha de significar, en verdad no lo comprendo. Hay algo en él que me atrae hacia él, pero no logro averiguar qué es; tiene un extraño poder sobre mí, pero amarlo, eso no lo hago, y quizá nunca llegue a hacerlo; en cambio, sí podré soportar vivir con él, y por eso también llegaré a ser bastante feliz con él, pues seguramente no exige tanto, con tal de que una lo aguante». ¡Mi querida Cordelia! Quizá exija más, y a cambio, menos paciencia. —De todas las cosas ridículas, un compromiso es, con todo, la más ridícula de todas. El matrimonio sí tiene sentido, aunque ese sentido me resulte incómodo. Un compromiso es una invención puramente humana, y en modo alguno honra a su inventor. No es ni una cosa ni la otra, y se relaciona con el amor erótico como la franja que el bedel lleva por la espalda se relaciona con una toga de catedrático. Ahora soy, pues, miembro de esa honorable compañía. No carece de importancia, pues, como dice Trop, solo siendo uno mismo artista se adquiere el derecho a juzgar a otros artistas. ¿Y no es también un prometido un artista del Dyrehaven?

Edvard está fuera de sí de indignación. Se deja crecer la barba, ha colgado su levita negra, lo cual ya dice mucho. Quiere hablar con Cordelia, quiere pintarle mi doblez. Será una escena estremecedora: Edvard sin afeitado, descuidadamente vestido, hablando en voz alta con Cordelia. Con tal de que no me eclipse con su barba larga. En

vano trato de hacerlo entrar en razón; le explico que ha sido la tía quien ha llevado a cabo el enlace, que Cordelia quizá todavía alberga sentimientos por él, que yo estoy dispuesto a retirarme si él consigue ganársela. Por un instante vacila, sin saber si dejar que su barba crezca de otra manera, comprarse una levita negra nueva; al instante siguiente me colma de injurias. Hago todo lo posible por llevarme bien con él. Por muy enojado que esté conmigo, estoy seguro de que no da ningún paso sin consultarme; no olvida el provecho que ha sacado de mí como mentor. ¿Y por qué habría yo de arrebatarse su última esperanza, por qué romper con él? Es un buen muchacho, quién sabe lo que puede suceder con el tiempo.

Lo que ahora tengo que hacer es, por un lado, disponerlo todo para conseguir que se rompa el compromiso, de manera que con ello me asegure una relación más hermosa y más significativa con Cordelia; por otro lado, aprovechar el tiempo lo mejor posible para deleitarme con toda la gracia, con toda la amabilidad de que la Naturaleza la ha dotado tan generosamente, deleitarme con ello, eso sí, con la contención y la circunspección que impiden que se anticipe nada. Cuando entonces haya llegado a que ella haya aprendido lo que es amar, y lo que es amarme a mí, el compromiso se romperá como una forma imperfecta, y ella será mía. Otros se prometen cuando llegan a este punto, y entonces tienen buenas perspectivas de un matrimonio aburrido por toda la eternidad. Allá ellos.

Todo sigue aún *in statu quo*; pero difícilmente puede haber ningún prometido más feliz que yo; ningún avaro que haya encontrado una moneda de oro, más dichoso que yo. Estoy embriagado con solo pensar que ella está en mi poder. ¡Una feminidad pura, inocente, transparente como el mar y sin embargo tan insondable como él, sin la menor noción del amor! Ahora va a aprender qué clase de poder es en verdad el amor erótico. Como una princesa que es alzada del polvo hasta el trono de sus padres, así ha de ser ella ahora instalada en el reino al que pertenece. Y esto ha de suceder por obra mía; y a medida que ella aprende a amar, aprende a amarme a mí, pues, según ella va desarrollando la regla, se despliega sucesivamente el paradigma, y ese paradigma soy yo. A medida que en el amor

erótico siente toda su importancia, la emplea en amarme a mí, y cuando intuye que lo ha aprendido de mí, me ama el doble. El pensamiento de mi gozo me abruma hasta tal punto que casi pierdo la serenidad.

Su alma no se ha volatilizado ni se ha relajado con las emociones indeterminadas del amor erótico, algo que hace que muchas muchachas jóvenes nunca lleguen a amar, es decir, de manera determinada, enérgica, total. Tienen en su conciencia una imagen brumosa e indeterminada, que ha de ser un ideal con arreglo al cual se pondrá a prueba el objeto real. De semejantes medias tintas surge algo con lo que una puede ayudarse cristianamente a pasar por el mundo. —Ahora bien, en cuanto el amor erótico despierta en su alma, yo lo penetro con la mirada, lo escucho brotar de ella por todas las voces del amor erótico. Me cercioro de cómo se ha configurado en ella, y me formo a mí mismo a semejanza de ello; y así como ya estoy inmediatamente incorporado a la historia que el amor erótico recorre en su corazón, así vuelvo a salirle al encuentro desde fuera, tan engañosamente como sea posible. Una muchacha, sin embargo, solo ama una vez.

Ahora estoy, pues, en legítima posesión de Cordelia, tengo el consentimiento y la bendición de la tía, la felicitación de amigos y parientes; con eso debería bastar. Así que ya han pasado las penalidades de la guerra, y ahora comienzan las bendiciones de la paz. ¡Qué necedades! Como si la bendición de la tía y la felicitación de los amigos pudieran ponerme en posesión de Cordelia en un sentido más profundo; como si el amor erótico tuviera semejante oposición entre tiempo de guerra y tiempo de paz, y no se manifestara más bien, mientras exista, en la lucha, aunque las armas sean distintas. La diferencia está realmente en si se combate *cominus* o *eminus*. Cuanto más se haya combatido *eminus* en una relación amorosa, tanto más lamentable, pues tanto más insignificante resulta el cuerpo a cuerpo. Al cuerpo a cuerpo pertenece un apretón de manos, un roce de pie, algo que Ovidio, como es sabido, tanto recomienda como combate con profundos celos, por no hablar de un beso, de un abrazo. El que combate

eminus solo puede, por lo general, confiar en el ojo; y sin embargo, si es un artista, sabrá usar esa arma con tal virtuosismo que casi consigue lo mismo. Sabrá dejar reposar su mirada sobre una muchacha con una ternura desganada, que da la impresión de que la roza por casualidad; sabrá con su mirada asirla con tanta firmeza como si la tuviera encerrada entre sus brazos. Sin embargo, siempre será un fallo, o una desgracia, tener que combatir *eminus* demasiado tiempo, pues semejante combate no es nunca más que una indicación, no el goce. Cuando se combate *cominus*, entonces todo adquiere por fin su verdadero significado. Cuando no hay lucha en el amor erótico, es que este ha cesado. Yo apenas he combatido *eminus*, y por eso no me hallo ahora al final, sino al principio; saco las armas. Estoy en posesión de ella, es cierto, a saber, en sentido jurídico y aburguesado; pero de ahí no se sigue para mí absolutamente nada, tengo representaciones mucho más puras. Está prometida conmigo, es cierto; pero si de ello quisiera yo deducir que me ama, sería una ilusión, pues no me ama en absoluto. Estoy en legítima posesión de ella, y sin embargo no estoy en posesión de ella, del mismo modo que muy bien puedo estar en posesión de una muchacha sin estar en legítima posesión de ella.

Auf heimlich erröthender Wange
Leuchtet des Herzens Glühn.

Ella está sentada en el sofá junto a la mesa del té; yo, en una silla a su lado. Esta disposición tiene algo confidencial y, sin embargo, también una distinción que aleja. La disposición siempre importa muchísimo, es decir, para quien tiene ojo para ello. El amor erótico tiene muchas posiciones; esta es la primera. Cómo ha dotado la Naturaleza a esta muchacha, con qué realeza; sus formas puras y suaves, su honda inocencia femenina, su ojo claro —todo me embriaga. —La he saludado. Ella salió a mi encuentro alegre como de costumbre, aunque algo turbada, algo insegura; el compromiso ha de hacer, sin duda, nuestra relación algo distinta, aunque de qué modo, ella no lo sabe; me tomó de la mano, pero no con una sonrisa como de costumbre. Yo respondí a ese saludo con un apretón de manos ligero, casi imperceptible; estaba tierno y afable, pero sin ser

erótico. —Ella está sentada en el sofá junto a la mesa del té, yo en una silla a su lado. Una solemnidad explicativa recorre veloz la situación, una tenue luz de mañana. Ella calla, nada interrumpe el silencio. Mi mirada se desliza suavemente sobre ella, sin codicia, pues en verdad eso habría sido una desvergüenza. Un rubor fino, fugaz, como una nube sobre el campo, se desvanece sobre ella, subiendo y bajando. ¿Qué significa ese rubor? ¿Es amor erótico, es anhelo, esperanza, temor, pues el color del corazón es el rojo? De ningún modo. Ella se maravilla, se asombra —no de mí, sería ofrecerle demasiado poco; se asombra, no de sí misma, sino en sí misma, se transforma en sí misma. Este instante exige silencio; por eso ninguna reflexión debe perturbarlo, ningún estruendo de la pasión debe interrumpirlo. Es como si yo no estuviera presente, y sin embargo mi presencia misma es precisamente la condición de este asombro contemplativo suyo. Mi ser está en armonía con el suyo. En un estado semejante se cultiva y se adora a una muchacha joven, igual que a ciertas divinidades, mediante el silencio.

Es realmente una suerte que tenga la casa de mi tío. Si quisiera inculcarle a un joven aversión por el tabaco, lo llevaría a alguna sala de fumar de la Regentsen; cuando deseo inculcarle a una muchacha joven aversión por estar prometida, me basta con presentarla aquí. Así como en el gremio de los sastres solo se encuentran sastres, aquí solo se encuentran prometidos. Es una compañía espantosa en la que verse metido, y no puedo reprocharle a Cordelia que se impaciente. Cuando estamos reunidos *en masse*, creo que formamos diez parejas, sin contar los batallones anexos que llegan a la capital para las grandes festividades. Nosotros, los prometidos, podemos entonces gozar de veras de las delicias del noviazgo. Me encuentro con Cordelia en la Allarmplads para darle aversión a esas tosquedades enamoradas, esas torpezas de artesanos enamorados. Sin cesar, durante toda la velada, se oye un sonido como si alguien anduviera con un matamoscas —son los besos de los enamorados. En esta casa se disfruta de una amable falta de recato; ni siquiera se buscan los rincones, ¡no! se sienta uno alrededor de una gran mesa redonda. Yo también finjo tratar a Cordelia del mismo modo. Para

ello he de hacerme, en gran medida, mucha violencia a mí mismo. Sería en verdad indignante que me permitiera ofender de esa manera su honda feminidad. Me haría a mí mismo reproches mayores por ello que por engañarla. En general puedo asegurarle a cualquier muchacha que quiera confiarse a mí un trato estético perfecto: solo que termina en que resulta engañada; pero eso también está previsto en mi estética, pues, o la muchacha engaña al hombre, o el hombre a la muchacha. Sería bastante interesante que algún erudito literario se pusiera a contar en cuentos, leyendas, romances populares, mitologías, si es más a menudo una muchacha la que es infiel, o un hombre.

No lamento el tiempo que Cordelia me cuesta, aunque me cuesta mucho. Cada encuentro exige a menudo largos preparativos. Vivo con ella la génesis de su amor erótico. Yo mismo estoy casi invisible, presente, cuando estoy visiblemente sentado a su lado. Como cuando un baile, que en realidad debe bailarse entre dos, lo baila solo uno, así me comporto yo con ella. Pues yo soy el otro bailarín, pero invisible. Ella se mueve como en sueños, y sin embargo baila con otro; y ese otro soy yo, que en la medida en que estoy visiblemente presente soy invisible, y en la medida en que soy invisible soy visible. Los movimientos exigen otro; ella se inclina hacia él, le tiende la mano, huye, vuelve a acercarse. Yo tomo su mano, completo su pensamiento, que sin embargo está ya completado en sí mismo. Ella se mueve según la melodía propia de su alma; yo soy tan solo la ocasión de que ella se mueva. No soy erótico, eso solo la despertaría; soy flexible, dócil, impersonal, casi como un estado de ánimo.

¿De qué hablan por lo general los prometidos? Que yo sepa, andan muy atareados en irse entretejiendo mutuamente en el aburrido entramado de sus respectivas familias. ¿Qué extraño, entonces, que lo erótico desaparezca? Si uno no sabe convertir el amor erótico en lo absoluto, en comparación con lo cual desaparece toda otra historia, jamás debería uno meterse a amar, aunque se casara diez veces. Que yo tenga una tía que se llama Mariane, un tío que se llama Christopher, un padre que es comandante, etcétera,

etcétera, todas esas cosas públicas son ajenas a los misterios del amor. Es más, hasta la propia vida pasada de uno no es nada. Una muchacha joven no suele tener, en general, gran cosa que contar a este respecto; si la tiene, quizá valga la pena escucharla; pero, por regla general, no para amarla. Yo, por mi parte, no busco historias, de esas ya tengo bastantes; busco la inmediatez. Eso es lo eterno en el amor erótico: que los individuos solo llegan a existir el uno para el otro en su instante.

Hay que despertar en ella algo de confianza, o mejor dicho, hay que disipar una duda. Yo no pertenezco precisamente al número de los amantes que se aman por estima, se desposan por estima, tienen hijos por estima; pero, con todo, sé bien que el amor erótico, sobre todo mientras la pasión no se ha puesto en movimiento, exige de aquel que es su objeto que no atente estéticamente contra lo moral. En este sentido, el amor erótico tiene su propia dialéctica. Así, mientras que mi relación con Edvard es, desde el punto de vista de la moral, mucho más censurable que mi conducta con la tía, me resultará mucho más fácil justificar aquello que esto ante Cordelia. Ella, ciertamente, no ha dicho nada, pero he considerado mejor explicarle la necesidad de que yo actuara de ese modo. La cautela que he empleado halaga su orgullo; el sigilo con que lo he tratado todo cautiva su atención. Bien podría parecer que aquí ya he revelado demasiada formación erótica, que caigo en contradicción conmigo mismo cuando más adelante me vea obligado a insinuar que nunca antes he amado; sin embargo, no importa. No temo contradecirme, con tal de que ella no lo note y consiga lo que quiero. Que los eruditos disputadores se enorgullezcan de evitar toda contradicción; la vida de una muchacha joven es demasiado rica para que no haya en ella contradicción, y por tanto para que la contradicción no sea necesaria.

Es orgullosa y, además, no tiene ninguna idea propiamente dicha de lo erótico. Aunque ahora, en lo espiritual, se inclina en cierta medida ante mí, bien podría pensarse que, cuando lo erótico empieza a hacerse valer, se le ocurriera volver su orgullo contra mí. Por todo lo que puedo observar, está perpleja acerca del verdadero

significado de la mujer. Por eso fue fácil azuzar su orgullo contra Edvard. Ese orgullo, sin embargo, era del todo excéntrico, porque ella no tenía ninguna idea del amor erótico. Si la adquiere, adquirirá su verdadero orgullo; pero un resto de aquel excéntrico bien podría quedar adherido. Era, pues, pensable que se volviera contra mí. Aunque no se arrepentirá de haber dado su consentimiento al compromiso, con todo verá fácilmente que yo lo obtuve a bastante buen precio; verá que el comienzo, por su parte, no se hizo como es debido. Si esto llega a hacérsele evidente, se atreverá a hacerme frente. Así ha de ser. Entonces me cercioraré de cuán profundamente está conmovida.

* * *

Cierto, en efecto. Ya desde lejos, calle abajo, diviso esa cabecita graciosa y rizada que se asoma cuanto puede por la ventana. Es el tercer día que lo advierto... Una muchacha joven no se planta en la ventana por nada; sin duda tiene sus buenas razones... Pero le ruego, por el cielo, que no se asome tan lejos por la ventana; apuesto a que está de pie sobre el travesaño de la silla, eso puedo deducirlo de su postura. Imagine lo terrible que sería que cayera de cabeza, no sobre mí, pues por ahora me mantengo al margen del asunto, sino sobre él, sobre él, sí, porque al fin y al cabo tiene que haber un él... No, ¿qué veo? A lo lejos viene justamente mi amigo el licenciado Hansen, calle en medio. Hay algo insólito en su porte, es un modo de andar fuera de lo común; si no me equivoco, viene en alas del anhelo. ¿Tendrá él costumbre de frecuentar esta casa? Y yo no lo sé... Mi bella señorita, ha desaparecido; imagino que ha ido a abrir la puerta para recibirlo... Vuelva, vuelva, que él no va a entrar aquí en absoluto... ¿Cómo que lo sabe usted mejor que yo? Pues se lo puedo asegurar... él mismo lo dijo. Si el carruaje que pasaba no hubiese hecho tanto ruido, usted misma lo habría oído. Le dije, así, como *en passant*, a él: ¿vas a venir por aquí? A lo que él responde con toda claridad: no... Ahora puede despedirse tranquilamente, porque el licenciado y yo vamos a salir a pasear. Está azorado, y la gente azorada suele ser habladora. Ahora voy a hablarle de la parroquia que solicita... Adiós, mi bella señorita, ahora nos vamos a

Toldboden. Cuando ya estemos allí, le diré: por cierto, maldita sea la forma en que me has desviado de mi camino, yo tenía que subir a Vestergade. — Ya estamos aquí de nuevo... Qué fidelidad, todavía sigue de pie junto a la ventana. Una muchacha así ha de hacer feliz a un hombre... ¿Y por qué hago yo todo esto, pregunta usted? ¿Porque soy un ser vil que se complace en fastidiar a los demás? En absoluto. Lo hago por cuidado de usted, mi amable señorita. En primer lugar: ha esperado usted al licenciado, ha suspirado por él, y así llega él el doble de hermoso cuando por fin llega. En segundo lugar: cuando el licenciado entre ahora por la puerta, dirá: «por poco nos descubren, ¡vaya!, ¿no estaba ese maldito hombre plantado en la puerta cuando yo iba a visitarte? Pero fui astuto, lo enredé en una larga charla sobre la parroquia que solicito, aquí y allá, y lo llevé derecho hasta Toldboden; te aseguro que no se dio cuenta de nada». ¿Y entonces qué? Entonces estimará todavía más al licenciado que antes; porque siempre había creído que tenía un modo de pensar excelente, pero que era astuto... ya lo ve usted misma ahora. Y de eso me tiene que dar las gracias a mí... Pero se me ocurre algo. Su compromiso todavía no puede haberse declarado, o si no yo lo sabría. La muchacha es deliciosa y grata de ver; pero es joven. Quizá su juicio aún no ha madurado. ¿No sería concebible que fuera a dar, a la ligera, un paso sumamente serio? Eso hay que impedirlo; tengo que hablar con ella. Se lo debo a ella, porque sin duda es una muchacha muy amable. Se lo debo al licenciado, porque es amigo mío; y en esa misma medida se lo debo también a ella, pues es la futura de mi amigo. Se lo debo a la familia, porque sin duda es una familia muy respetable. Se lo debo a todo el género humano, porque es una buena obra. ¡Todo el género humano! Gran pensamiento, empresa enaltecedora, obrar en nombre de todo el género humano, estar en posesión de un poder tan general. — Pero volvamos a Cordelia. Siempre puedo aprovechar un estado de ánimo, y el hermoso anhelo de esa muchacha me ha conmovido de verdad.

* * *

Ahora comienza, pues, la primera guerra con Cordelia, en la que yo huyo y con ello le enseño a vencer, mientras ella me persigue. Huyo continuamente hacia atrás, y en este movimiento retrógrado le enseño a conocer en mí todos los poderes del amor erótico, sus pensamientos inquietos, su pasión, lo que es el anhelo y la esperanza y la impaciente espera. Al figurar yo así ante ella, todo esto se desarrolla correspondientemente en ella. Es un cortejo triunfal el que la llevo a recorrer, y yo mismo soy tanto quien canta ditirámbicamente su victoria como quien le muestra el camino. Ella cobrará ánimo para creer en el amor erótico, para creer que es un poder eterno, cuando vea su dominio sobre mí, cuando vea mis movimientos. Ella me creerá, en parte porque confío en mi arte, en parte porque hay verdad en el fondo de lo que hago. Pues si no fuera así, no me creería. Con cada movimiento mío se hace más y más fuerte; el amor erótico despierta en su alma, ella queda instaurada en su significado de mujer. — Hasta ahora no le he pedido la mano, como se dice en sentido pequeñoburgués; eso lo hago ahora: la hago libre, solo así quiero amarla. Que me lo debe a mí, no debe sospecharlo; pues entonces perdería la confianza en sí misma. Cuando entonces se sienta libre, tan libre que casi se sienta tentada a querer romper conmigo, comenzará la segunda contienda. Ahora tiene fuerza y pasión, y la contienda cobra importancia para mí; las consecuencias inmediatas serán entonces las que sean. Pongamos que le da vértigo en su orgullo, pongamos que rompe conmigo, ipues bien! tendrá su libertad; pero a mí me pertenecerá de todos modos. Que el compromiso deba atarla es una necedad; solo a ella en su libertad quiero poseerla. Que me abandone, la segunda contienda comenzará de todos modos, y en esta segunda contienda venzo tan seguramente como habría sido una decepción que venciera en la primera. Cuanto mayor sea en ella la plenitud de fuerza, tanto más interesante me resulta. La primera guerra es la guerra de liberación, es un juego; la segunda es la guerra de conquista, es a vida o muerte.

¿Amo a Cordelia? ¡Sí! ¿Sinceramente? ¡Sí! ¿Fielmente? ¡Sí! — en sentido estético, y eso también ha de significar algo, después de

todo. ¿De qué le habría servido a esta muchacha caer en manos de un patán de marido fiel? ¿Qué habría sido de ella? Nada. Se dice que hace falta algo más que honradez para abrirse paso en el mundo; yo diría que hace falta algo más que honradez para amar a una muchacha así. Ese algo más lo tengo yo: es la firmeza. Y sin embargo la amo fielmente. Velo con severidad y templanza por mí mismo, para que todo lo que hay en ella, toda la rica naturaleza divina que hay en ella, pueda desplegarse. Yo soy uno de los pocos que pueden lograrlo; ella es una de las pocas que se prestan a ello; ¿no estamos, pues, hechos el uno para el otro?

* * *

¿Es pecado mío que, en vez de mirar al pastor, fije los ojos en el hermoso pañuelo bordado que tiene usted en la mano? ¿Es pecado suyo que lo sostenga así?... Hay un nombre bordado en la esquina... ¿Se llama usted Charlotte Hahn? Resulta tan seductor enterarse así, por puro azar, del nombre de una dama. Es como si un espíritu servicial me hubiese puesto secretamente al corriente de quién es usted... ¿O no es acaso casual que el pañuelo se pliegue justo de ese modo, de suerte que yo llegue a ver el nombre?... Está usted conmovida, se enjuga una lágrima del ojo... El pañuelo vuelve a colgar suelto de nuevo... Le llama la atención que la mire a usted y no al pastor. Mira usted el pañuelo, nota que ha delatado su nombre... Es, desde luego, un asunto de lo más inocente, fácilmente se puede llegar a saber el nombre de una muchacha... ¿Por qué ha de pagarlo ahora el pañuelo, por qué ha de arrugarse así? ¿Por qué desahogar en él la ira? ¿Por qué desahogarla en mí? Oiga lo que dice el pastor: «Que nadie induzca a un ser humano a la tentación; también quien lo hace sin saberlo tiene su responsabilidad, también él está en deuda con el otro, deuda que solo puede saldar con una benevolencia acrecentada»... Ya dijo el amén; fuera, a la puerta de la iglesia, bien podrá dejar que el pañuelo ondee suelto al viento... ¿O acaso se ha atemorizado usted de mí? ¿Qué he hecho yo, entonces?... ¿He hecho algo más de lo que pueda perdonar, más de lo que se atreve a recordar — para perdonar?

* * *

Un movimiento doble se hace necesario en relación con Cordelia. Si me limitara continuamente a huir ante su superioridad, bien podría ocurrir que lo erótico en ella se volviera demasiado disoluto y laxo para que la feminidad más profunda pudiera hipostasiarse en ella. Ella no sería entonces capaz, cuando comenzara la segunda contienda, de oponer resistencia. Bien es cierto que se duerme hacia su victoria, y eso también debe hacerlo; pero, por otra parte, hay que despertarla continuamente. Cuando entonces le parezca por un instante que su victoria vuelve a arrebatarle, ha de aprender a querer aferrarse a ella. En esta lucha madura su feminidad. Yo podría usar la conversación para inflamar y las cartas para enfriar, o hacerlo al revés. Esto último es, en todos los sentidos, preferible. Así disfruto de sus instantes más desbordados. Cuando ha recibido una epístola, cuando su dulce veneno ha pasado a la sangre, entonces basta una palabra para hacer estallar el amor erótico. Al instante siguiente, la ironía y la escarcha la vuelven dubitativa, pero no tanto como para que deje de sentir siempre su victoria, sintiéndola además acrecentada al recibir la siguiente epístola. La ironía tampoco se deja emplear tan bien en las cartas, sin correr el riesgo de que ella no la entienda. El entusiasmo exaltado solo puede emplearse fugazmente en una conversación. Mi presencia personal impediría el éxtasis. Cuando solo estoy presente en una carta, ella puede soportarme fácilmente, me confunde hasta cierto punto con un ser más universal que habita en su amor erótico. En una carta también se puede uno mover con más soltura; en una carta puedo, magníficamente, arrojarme a sus pies, etcétera, algo que fácilmente parecería un galimatías si lo hiciera en persona; y la ilusión se perdería. La contradicción de estos movimientos suscitará y desarrollará, fortalecerá y consolidará el amor erótico en ella, en una palabra, la tentará. —

Con todo, estas epístolas no deben adoptar demasiado pronto un colorido erótico fuerte. Al principio es mejor que lleven un sello más universal, que contengan una sola insinuación, que disipen una sola duda. De vez en cuando se apuntará también a la ventaja que tiene

un compromiso, en la medida en que con mistificaciones se puede mantener a la gente alejada. Las imperfecciones que este tiene, por lo demás, no le faltarán ocasiones de advertirlas. Tengo en casa de mi tío una caricatura que siempre puedo dejar pasar a su lado. Lo íntimo de lo erótico ella no puede producirlo sin mi ayuda. Cuando yo se lo niegue y deje que esta imagen grotesca la atormente, se cansará de estar comprometida, sin poder decir en realidad que soy yo quien la ha hartado de ello.

Una pequeña epístola le dará hoy un indicio sobre cómo está su interior, al describir el estado de mi alma. Es el método correcto; y método sí que tengo. Eso os lo agradezco a vosotras, queridas muchachas a quienes he amado antes. A vosotras os debo que mi alma esté templada de tal modo que pueda ser lo que deseo ser para Cordelia. Con gratitud os recuerdo, vuestro es el mérito; siempre reconoceré que una muchacha joven es una maestra nata, de quien siempre se puede aprender, aunque solo sea a engañarla — pues eso se aprende mejor de las propias muchachas; por viejo que llegue a ser, nunca olvidaré que un hombre solo ha terminado del todo cuando ha envejecido tanto que ya no puede aprender nada de una muchacha joven.

* * *

¡Mi Cordelia!

Dices que no me habías imaginado así, pero es que yo tampoco me había imaginado que pudiera llegar a ser así. ¿Está entonces el cambio en ti? Pues bien podría pensarse que en realidad yo no había cambiado, sino que el ojo con que tú me miras había cambiado; ¿o está en mí? Está en mí, porque te amo; está en ti, porque eres tú a quien amo. Con la luz fría y serena del entendimiento lo contemplaba todo, orgulloso e imperturbable, nada me espantaba, y aunque el espíritu hubiera llamado a mi puerta, yo habría cogido con calma el candelabro para abrirla. Pero mira, no eran fantasmas lo que se me abría, no figuras pálidas y sin fuerza; era para ti, mi Cordelia, era la vida y la juventud y la salud y la belleza lo que salía a mi encuentro. Me tiembla el brazo, no soy capaz de sostener la luz

con firmeza, huyo hacia atrás ante ti, y sin embargo no puedo dejar de clavar los ojos en ti, no puedo dejar de desear poder sostener la luz con firmeza. He cambiado; pero ¿hacia qué, cómo, en qué consiste este cambio? No lo sé, no sé qué determinación más precisa añadir, ningún predicado más rico que emplear que este, cuando digo de mí mismo, infinitamente enigmático: he cambiado.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

El amor erótico ama el secreto — un compromiso es una revelación; ama el silencio — un compromiso es una declaración pública; ama el susurro — un compromiso es una proclama a voz en grito; y sin embargo, gracias al arte de mi Cordelia, un compromiso será precisamente un medio excelente para engañar a los enemigos. En una noche oscura no hay nada más peligroso para los demás barcos que colgar un farol que engañe más que la propia oscuridad.

Tu Johannes.

* * *

Ella está sentada en el sofá junto a la mesa del té, yo estoy sentado a su lado; ella me tiene cogido del brazo, su cabeza descansa, agobiada de tantos pensamientos, sobre mi hombro. Está tan cerca de mí y, sin embargo, todavía lejana; se entrega, y con todo no me pertenece. Todavía se opone una resistencia; pero esta no es subjetivamente reflexionada, es la resistencia general de la feminidad; porque la esencia de la mujer es una entrega cuya forma es resistencia. — Ella está sentada en el sofá junto a la mesa del té, yo estoy sentado a su lado. Su corazón late, aunque sin pasión, el calor se agita, aunque sin inquietud, a veces cambia de color, aunque en transiciones suaves. ¿Es esto amor? En absoluto. Ella escucha, ella comprende. Escucha la palabra alada, la comprende; escucha el discurso de otro, lo comprende como propio; escucha la voz de otro, mientras esta resuena en ella, y comprende ese eco como si fuera su propia voz, que se revela para ella y para otro.

¿Qué hago yo? ¿La embeleso? En absoluto; tampoco me serviría de nada eso. ¿Le robo el corazón? En absoluto; prefiero, además, que la muchacha a quien voy a amar conserve su corazón. ¿Qué hago, entonces? Me formo un corazón semejante al suyo. Un artista pinta a su amada, ese es su goce; un escultor la esculpe. Eso mismo hago yo también, pero en sentido espiritual. Ella no sabe que yo poseo esa imagen, y en ello reside en realidad mi falsedad. Me la he procurado en secreto, y en ese sentido le he robado el corazón, tal como se dice de Rebeca que robó el corazón de Labán, cuando con astucia le sustrajo sus dioses domésticos.

El entorno y el marco tienen, sin embargo, una gran influencia sobre uno, son de lo que más firme y profundamente se imprime en la memoria, o mejor dicho en el alma entera, y por eso tampoco se olvida. Por viejo que llegue a ser, siempre me resultará imposible pensar en Cordelia en otro entorno que no sea esta pequeña habitación. Cuando voy entonces a visitarla, es por lo general la doncella quien me hace pasar por la puerta de la sala; ella misma entra desde su cuarto, y en el momento en que abro la puerta de la sala para pasar a la salita de estar, ella abre la otra puerta, de modo que nuestras miradas se encuentran de inmediato en el umbral. La salita es pequeña, acogedora, está casi en el tránsito de convertirse en un gabinete. Aunque ya la he visto desde muchos puntos de vista diferentes, siempre me resulta lo más entrañable verla desde el sofá. Ella se sienta allí a mi lado; delante hay una mesa de té redonda, sobre la cual se extiende un tapete de mesa en ricos pliegues. Sobre la mesa hay una lámpara, hecha en forma de flor que se yergue vigorosa y tupida para sostener su corola, sobre la cual cuelga a su vez un velo de papel finamente recortado, tan ligero que no puede quedarse quieto. La forma de la lámpara recuerda la naturaleza de Oriente, el movimiento del velo, las suaves brisas de aquellas tierras. El suelo está cubierto por una alfombra tejida de una especie particular de mimbre, un trabajo que delata al instante su procedencia extranjera. En ciertos instantes dejo que la lámpara sea la idea rectora de mi paisaje. Me siento entonces con ella tendida en el suelo bajo la flor de la lámpara. Otras veces dejo que la alfombra

de mimbre evoque la idea de un barco, de un camarote de oficial — navegamos entonces en medio del gran océano. Como estamos sentados lejos de la ventana, otea la vista directamente el inmenso horizonte del cielo. También esto acrecienta la ilusión. Cuando entonces estoy sentado a su lado, dejo que todo esto se muestre como una imagen que pasa tan fugazmente sobre la realidad como la muerte pasa sobre la tumba de uno. — El entorno es siempre de gran importancia, sobre todo por el bien del recuerdo. Toda relación erótica debe vivirse de tal modo que resulte fácil procurarse de ella una imagen que posea toda su belleza. Para que esto pueda lograrse, hay que prestar especial atención al entorno. Si no se lo encuentra a gusto, hay que procurárselo. Para Cordelia y su amor, el entorno le sienta a la perfección. En cambio, iqué imagen tan distinta se me presenta cuando pienso en mi pequeña *Emilie*, y sin embargo, cómo le sentaba también a ella el entorno! A ella no puedo imaginármela, o mejor dicho, solo quiero recordarla en la pequeña salita del jardín. Las puertas estaban abiertas de par en par, un pequeño jardín ante la casa limitaba la vista, obligaba al ojo a topar con él, a detenerse antes de seguir impetuosamente el camino real que se perdía a lo lejos. Emilie era encantadora, pero más insignificante que Cordelia. También en esto se distinguía el entorno. El ojo se mantenía cerca del suelo, no se lanzaba audaz e impaciente hacia adelante, descansaba en el pequeño primer plano; el camino real mismo, aunque románticamente se perdiera a lo lejos, obraba más bien de tal modo que el ojo recorría el trecho que tenía delante, y volvía a casa para recorrer de nuevo el mismo trecho. La habitación estaba a ras de suelo. El entorno en torno a Cordelia no debe tener primer plano alguno, sino la audacia infinita del horizonte. Ella no debe estar a ras de suelo, sino cernerse en el aire; no debe andar, sino volar; no ir y venir, sino avanzar eternamente hacia delante.

Cuando uno mismo está prometido, se ve del todo iniciado a fondo en las simplezas de los prometidos. Hace unos días se presenta el licenciado Hansen con la amable joven con quien se ha prometido. Me confió que era encantadora, cosa que yo ya sabía de

antemano; me confió que era muy joven, cosa que también sabía; por fin me confió que era precisamente por eso por lo que la había elegido, para formarla él mismo según el ideal que siempre había tenido ante los ojos. Dios mío, semejante pobre licenciado — y una muchacha sana, floreciente, llena de gozo de vivir. Ahora bien, yo soy ya un práctico bastante viejo en esto, y sin embargo jamás me acerco a una muchacha joven de otro modo que como al *Venerabile* de la Naturaleza, y aprendo de ella antes que nada. En la medida en que puedo ejercer alguna influencia formativa sobre ella, es enseñándole una y otra vez de nuevo lo que yo he aprendido de ella.

Su alma ha de ser conmovida, agitada en todas las direcciones posibles, no sin embargo a pedazos y por rachas de viento, sino totalmente. Ha de descubrir lo infinito, ha de experimentar que eso es lo que más de cerca le atañe al ser humano. Esto ha de descubrirlo, no por el camino del pensamiento, que para ella es un desvío, sino en la fantasía, que es el verdadero medio de comunicación entre ella y yo; porque lo que en el hombre es parte, en la mujer es el todo. No por el fatigoso camino del pensamiento ha de abrirse paso hacia lo infinito, pues la mujer no ha nacido para el trabajo; sino por el camino fácil de la fantasía y del corazón ha de aprehenderlo. Lo infinito le es a una muchacha joven tan natural como la idea de que todo amor ha de ser dichoso. Una muchacha joven tiene, adondequiera que se vuelva, lo infinito a su alrededor, y el tránsito es un salto, pero adviértase bien, un salto femenino, no un salto masculino. Qué torpes suelen ser, en general, los hombres. Cuando han de saltar, necesitan tomar carrerilla, hacer largos preparativos, medir la distancia con el ojo, correr varias veces hacia el borde, arredrarse y volver atrás de nuevo. Al fin saltan y caen dentro. Una muchacha joven salta de otra manera. En las comarcas de montaña se encuentran a menudo dos cimas rocosas que sobresalen, separadas por un abismo insondable, terrible de contemplar. Ningún hombre se atreve a dar ese salto. Una muchacha joven, en cambio, según cuentan los habitantes de la región, se ha atrevido a darlo, y lo llaman el Salto de la Doncella. Yo lo creo de buena gana, como creo todo lo excelente que se cuenta de una

muchacha joven, y es para mí una embriaguez oír hablar de ello a los sencillos habitantes. Lo creo todo, creo lo maravilloso, me asombro de ello solo por creer; pues lo único que me ha asombrado en el mundo es una muchacha joven, lo primero y lo último que será. Y sin embargo, semejante salto no es para una muchacha joven más que un brinco, mientras que el salto del hombre resulta siempre ridículo, porque, por mucho que se estire, su esfuerzo se reduce a nada de golpe en comparación con la distancia entre las cimas, y sin embargo sirve de una especie de medida. Pero ¿quién sería tan necio como para imaginarse a una muchacha joven tomando carrerilla? Bien se la puede imaginar corriendo, pero entonces esa carrera es en sí misma un juego, un goce, un desenvolvimiento de gracia, mientras que la idea de tomar carrerilla separa lo que en la mujer va unido. Pues tomar carrerilla lleva en sí lo dialéctico, que es contrario a la naturaleza de la mujer. Y en cuanto al salto mismo, ¡quién osaría de nuevo ser tan poco hermoso como para separar lo que va unido! Su salto es un cernerse en el aire. Y cuando entonces ha llegado al otro lado, se yergue allí de nuevo, no rendida por el esfuerzo, sino más hermosa que nunca, más llena de alma, y nos arroja un beso a nosotros, que estamos a este lado. Joven, recién nacida, como una flor brotada de la raíz del monte, se mece sobre el abismo, de modo que casi se nos oscurece la vista. — — — Lo que ha de aprender es a hacer todos los movimientos de lo infinito, a mecerse a sí misma, a arrullarse en estados de ánimo, a confundir poesía y realidad, verdad y ficción, a moverse a sus anchas en lo infinito. Cuando ya esté familiarizada con ese vaivén, entonces añado yo lo erótico, entonces es ella lo que yo quiero y deseo. Entonces termina mi servicio, mi trabajo; entonces recojo todas mis velas, entonces me siento a su lado, y es impulsados por sus velas como avanzamos. Y en verdad, cuando esta muchacha esté ya ebria de amor erótico, bastante tendré que hacer sentado al timón, para moderar la marcha, para que nada llegue demasiado pronto ni de manera poco hermosa. De vez en cuando se pincha un pequeño agujero en la vela, y al instante siguiente volvemos a avanzar impetuosos.

En casa de mi tío, Cordelia se va indignando cada vez más. Varias veces ha instado a que no volvamos más allí; de nada le sirve, yo siempre sé inventar alguna escapatoria. Ayer noche, cuando salíamos de allí, me apretó la mano con una pasión fuera de lo común. Sin duda se ha sentido allí verdaderamente atormentada, y no es de extrañar. Si no tuviera siempre la diversión de observar las antinaturalidades de este producto artificial, me sería imposible aguantarlo. Esta mañana recibí una carta suya, en la que, con más ingenio del que yo le suponía, se burla de los compromisos. He besado la carta; es lo más querido que he recibido de ella. ¡Así me gusta, Cordelia mía! Así lo quiero yo.

* * *

Es realmente curioso que en Østergade vivan dos reposteros justo enfrente el uno del otro. En el primer piso, a la izquierda, vive una jovencita, doncella o señorita. Por lo general se oculta tras una celosía que cubre el cristal junto al cual se sienta. La celosía es de un tejido muy fino, y quien conoce a la muchacha, o la ha visto a menudo, si tiene buena vista, será fácilmente capaz de reconocer cada uno de sus rasgos, mientras que para quien no la conoce y no tiene buena vista, ella se muestra como una figura oscura. Esto último es, en cierta medida, mi caso; lo primero, el de un joven oficial que, todos los días, a las doce en punto, se presenta en las aguas y dirige la mirada hacia esa celosía. En realidad, primero reparé en la hermosa relación telegráfica que se establecía por medio de la celosía. No hay celosía para las demás ventanas, y una celosía tan solitaria, que solo cubre un cristal, es por lo general señal de que hay una persona sentada de continuo detrás de ella. Una mañana estaba yo en la ventana del repostero de enfrente. Eran exactamente las doce. Sin prestar atención a los transeúntes, fijé la mirada en aquella celosía, cuando de pronto la oscura figura que había tras ella empieza a moverse. Una cabeza de mujer se mostró de perfil a través del cristal más próximo, de tal modo que giraba de manera peculiar en la dirección que señalaba la celosía. Después la dueña de esa cabeza saludó con la cabeza muy amablemente y volvió a ocultarse tras la celosía. Ante todo, deduje que la persona a

quien saludaba era un varón, pues su movimiento era demasiado apasionado para haber sido provocado por la vista de una amiga; en segundo lugar, deduje que aquel a quien iba dirigido el saludo solía venir del otro lado. Ella se había colocado, pues, con toda exactitud, para poder verlo desde muy lejos, e incluso saludarlo oculta por la celosía. — — — En efecto, a las doce en punto llega el héroe de esta pequeña escena amorosa, nuestro querido teniente. Yo estoy sentado en casa del repostero de la planta baja, donde la señorita vive en el primer piso. El teniente ya la ha divisado. Ándese ahora con cuidado, mi querido amigo, no es tan fácil saludar con garbo hacia un primer piso. Por lo demás, no está mal, bien formado, erguido, de figura apuesta, nariz curva, cabello negro, el sombrero de tres picos le sienta bien. Ahora aprieta el trance, las piernas empiezan poco a poco a trastabillar, a hacérsele demasiado largas. Produce en la vista una impresión comparable a la sensación que se tiene cuando, con dolor de muelas, los dientes parecen crecer demasiado en la boca. Cuando se quiere concentrar todo el poder en la mirada y dirigirla hacia el primer piso, fácilmente se le resta demasiada fuerza a las piernas. Perdóneme, señor teniente, que interrumpa esta mirada en su ascensión al cielo. Es una impertinencia, bien lo sé. No se puede decir que esa mirada sea muy elocuente, más bien inexpresiva, y sin embargo muy prometedora. Pero todas esas promesas se le suben evidentemente demasiado a la cabeza; vacila, y, por usar las palabras del poeta sobre Agnete, se tambaleó, cayó. Es duro, y si de mí dependiera, jamás debería haber ocurrido. Es demasiado bueno para eso. Es realmente fatal; porque cuando se quiere causar impresión en las damas como caballero galante, jamás hay que caer. Quien quiera ser un galán, ha de estar atento a esas cosas. En cambio, si uno se muestra tan solo como una magnitud inteligente, todo eso resulta indiferente; se hunde uno en sí mismo, se desmorona, y si llega realmente a caer, no hay en ello nada llamativo. — — — Qué impresión habrá causado este suceso en mi pequeña señorita. Es una desgracia que no pueda estar a la vez en ambos lados de este estrecho de los Dardanelos. Bien podría hacer que un conocido mío se apostara en el otro lado, pero, en parte, siempre prefiero hacer yo mismo la observación, y en

parte nunca se sabe qué puede salir para mí de esta historia, y en tal caso nunca es bueno tener un cómplice, pues entonces hay que perder buena parte del tiempo en arrancarle lo que sabe y en desconcertarlo. — — — Realmente empiezo a cansarme de mi buen teniente. Día tras día pasa de largo de uniforme completo. Es una constancia verdaderamente terrible. ¿Sienta bien eso a un soldado? Caballero, ¿no lleva usted espada al cinto? ¿No le corresponde tomar la casa por asalto y a la muchacha por la fuerza? Si fuera usted un estudiante, un licenciado, un capellán, que se mantiene vivo a fuerza de esperanza, sería otra cosa. Sin embargo, lo perdono; porque la muchacha me agrada cada vez más cuanto más la miro. Es hermosa, sus ojos castaños están llenos de picardía. Cuando espera la llegada de él, su semblante se aclara con una belleza superior que le sienta de manera indescriptible. De ahí deduzco que ha de tener mucha fantasía, y la fantasía es el afeite natural del bello sexo.

* * *

* * *

¡Mi Cordelia!

¿Qué es el anhelo? La lengua y los poetas hacen rimar con esta palabra: cárcel. ¡Qué absurdo! Como si solo pudiera anhelar quien está sentado en una cárcel. ¿Como si uno no pudiera anhelar cuando es libre? Si yo fuera libre, ¡cómo no habría de anhelar! Y, por otra parte, libre soy, en efecto, libre como el pájaro, ¡y sin embargo, cómo no anhelo! Anhelo cuando voy hacia ti, anhelo cuando te dejo, incluso cuando estoy sentado a tu lado te anhelo. ¿Puede entonces anhelarse lo que se tiene? Sí, si se piensa que en el instante próximo tal vez ya no se tenga. Mi anhelo es una eterna impaciencia. Solo si hubiera vivido todas las eternidades y me hubiera cerciorado de que en todo instante me pertenecías, solo entonces volvería de nuevo a ti, y contigo viviría todas las eternidades, y acaso no tendría paciencia bastante para estar un instante separado de ti sin anhelar, pero sí sosiego bastante para sentarme tranquilo a tu lado.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

Fuera de la puerta espera un pequeño cabriolé, para mí más grande que el mundo entero, pues es lo bastante grande para dos; uncido con un par de caballos, salvajes e indómitos como las fuerzas de la naturaleza, impacientes como mis pasiones, audaces como tus pensamientos. ¿Lo quieres? Entonces te llevo lejos de aquí — ¡mi Cordelia! ¿Lo ordenas? Tu orden es la consigna que suelta las riendas y el ansia de la fuga. Te llevo lejos, no de unos hombres a otros, sino fuera del mundo — los caballos se encabritan; el coche se alza; los caballos quedan casi verticales sobre nuestras cabezas; entramos cabalgando en el cielo a través de las nubes; el aire silba en torno a nosotros; ¿somos nosotros los que permanecemos quietos y el mundo entero el que se mueve, o es nuestra audaz huida? Si te da vértigo, mi Cordelia, entonces agárrate a mí; a mí no me da vértigo. En sentido espiritual nunca se marea uno cuando solo piensa en una única cosa, y yo solo pienso en ti — en sentido corporal nunca se marea uno cuando fija los ojos en un único objeto, yo solo miro hacia ti. Agárrate; aunque el mundo pereciera, aunque nuestro ligero coche desapareciera bajo nosotros, aun así nos tendríamos abrazados el uno al otro, flotando en armonía esférica.

Tu Johannes.

* * *

* * *

Es casi demasiado. Mi criado ha esperado seis horas, yo mismo dos, bajo la lluvia y el viento, solo por acechar a esa querida criatura, Charlotte Hahn. Ella suele, todos los miércoles, entre las dos y las cinco, visitar a una tía anciana que tiene. Justo hoy no viene, justo hoy que tanto deseaba encontrarla. ¿Y por qué? Porque ella me pone en un estado de ánimo muy determinado. La saludo, ella hace una reverencia a un tiempo indeciblemente terrena y sin embargo tan celestial; se queda casi inmóvil, como si fuera a

hundirse en la tierra, y sin embargo tiene una mirada como si fuera a elevarse hasta el cielo. Cuando la miro, mi ánimo se vuelve a un tiempo solemne y sin embargo anhelante. Por lo demás, la muchacha no me ocupa en absoluto, solo exijo ese saludo, nada más, con tal de que ella misma quisiera darlo. Su saludo me pone en estado de ánimo, y ese estado de ánimo lo derrocho luego en Cordelia. — Y sin embargo apuesto a que, de un modo u otro, se nos ha escapado. No es solo en las comedias, sino también en la realidad, difícil vigilar a una muchacha joven; hay que tener un ojo en cada dedo. Hubo una ninfa, Cardea, que se dedicaba a engañar a los hombres. Habitaba en parajes boscosos, atraía a sus amantes hacia la espesura más tupida y desaparecía. También a Jano quiso engañarlo, pero él la engañó a ella, pues tenía ojos en la nuca.

* * *

Mis cartas no yerran su propósito. La desarrollan anímicamente, aunque no eróticamente. Para eso tampoco sirven las cartas, sino los billetes. Cuanto más aflora lo erótico, tanto más cortos se vuelven, pero tanto más certeramente captan el punto erótico. Para no volverla sentimental o blanda, la ironía endurece de nuevo los sentimientos, pero al mismo tiempo la vuelve ávida del alimento que más quiere. Los billetes dejan entrever, lejana e indeterminada, lo Supremo. En el instante en que ese presentimiento empieza a alborear en su alma, se rompe la relación. Bajo mi resistencia, el presentimiento cobra forma en su alma, como si fuera pensamiento propio de ella, impulso propio de su corazón. Es justo eso lo que quiero.

* * *

¡Mi Cordelia!

En algún lugar de esta ciudad vive una pequeña familia, compuesta de una viuda y tres hijas. Dos de ellas van a la Cocina del Rey a aprender a cocinar. Era a comienzos del verano, una tarde, serían las cinco, la puerta de la sala se abre despacio, una mirada escrutadora recorre la habitación. No hay nadie; solo una muchacha

joven está sentada al piano. La puerta se deja entornada, de modo que se puede escuchar sin ser notado. No es ninguna artista la que toca, si no la puerta se habría cerrado del todo. Ella toca una melodía sueca; trata de la breve duración de la juventud y la belleza. Las palabras se burlan de la juventud y la belleza de la muchacha; la juventud y la belleza de la muchacha se burlan de las palabras. ¿Quién tiene razón: la muchacha o las palabras? Los sonidos suenan tan quedos, tan melancólicos, como si la melancolía fuera el árbitro que había de zanjar la disputa. — ¡Pero no tiene razón esta melancolía! ¡Qué comunidad hay entre la juventud y estas reflexiones! ¡Qué comunión entre la mañana y la tarde! Las teclas tiemblan y se estremecen; los espíritus de la caja de resonancia se alzan confundidos y no se entienden entre sí — mi Cordelia, ¡por qué tan vehemente! ¡a qué esta pasión!

¿A qué distancia en el tiempo debe estar de nosotros un suceso para que lo recordemos; a qué distancia para que el anhelo del recuerdo ya no pueda alcanzarlo? La mayoría de los hombres tienen a este respecto un límite; lo que les queda demasiado cerca en el tiempo no pueden recordarlo, lo que les queda demasiado lejos, tampoco. Yo no conozco límite alguno. Lo vivido ayer, lo retrotraigo mil años en el tiempo, y lo recuerdo como si hubiera sido vivido ayer.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

Tengo un secreto que confiarte, mi confidente. ¿A quién habría de confiárselo? ¿Al eco? Lo traicionaría. ¿A las estrellas? Son frías. ¿A los hombres? No lo entienden. Solo a ti me atrevo a confiarlo, pues tú sabes guardarlo. Hay una muchacha, más hermosa que el sueño de mi alma, más pura que la luz del sol, más honda que el manantial del mar, más orgullosa que el vuelo del águila — hay una muchacha — ¡oh! inclina tu cabeza hacia mi oído y hacia mi palabra, para que mi secreto pueda deslizarse dentro de ella — a esta muchacha la amo más que a mi vida, pues ella es mi vida; más que todos mis

deseos, pues ella es mi único deseo; más que todos mis pensamientos, pues ella es mi único pensamiento; más cálidamente que el sol ama a la flor; más íntimamente que la pena ama el recogimiento del ánimo apesadumbrado; más anhelante que la ardiente arena del desierto ama la lluvia — a ella me aferro más tiernamente que el ojo de la madre al hijo; con más confianza que el alma del que ora se aferra a Dios; más inseparablemente que la planta a su raíz. — Tu cabeza se vuelve pesada y pensativa, se hunde hacia el pecho, el calor sube para venir en su ayuda — ¡mi Cordelia! Me has entendido, me has entendido exactamente, al pie de la letra, ¡ni una tilde se te ha escapado! ¿He de tender las cuerdas de mi oído y dejar que tu voz me lo confirme? ¿Podría acaso dudar? ¿Quieres guardar este secreto? ¿Me atrevo a confiar en ti? Se cuenta de hombres que, mediante crímenes horrendos, se consagraban mutuamente al silencio compartido. A ti te he confiado un secreto que es mi vida y el contenido de mi vida; ¿no tienes tú nada que confiarme a mí, tan trascendental, tan hermoso, tan casto, que fuerzas sobrenaturales se conmoverían si fuera traicionado?

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

El cielo está nublado — oscuras nubes de lluvia lo fruncen como negras cejas sobre su rostro apasionado, los árboles del bosque se agitan, sacudidos por sueños inquietos. Te me has perdido en el bosque. Detrás de cada árbol veo un ser femenino que se te parece; si me acerco, se oculta tras el árbol siguiente. ¿No quieres mostrarte ante mí, no recogerte en ti misma? Todo se me confunde; las partes aisladas del bosque pierden sus contornos propios, veo todo como un mar de niebla, en el que por doquier aparecen y desaparecen seres femeninos que se te parecen. A ti no te veo, te mueves sin cesar en la ola de la contemplación, y sin embargo ya soy feliz con cada semejanza tuya en particular. ¿En qué consiste esto — es la rica unidad de tu ser, o la pobre multiplicidad del mío? — ¿No es amarte a ti amar a un mundo entero?

Tu Johannes.

* * *

Realmente me interesaría, si fuera posible reproducir con total exactitud las conversaciones que mantengo con Cordelia. Sin embargo, comprendo con suma facilidad que es un imposible; pues aunque lograra recordar cada una de las palabras que se cruzan entre nosotros, siempre se niega a dejarse reproducir lo simultáneo, que es en realidad el nervio de la conversación, lo sorprendente del arrebató, lo apasionado que es el principio vital de la conversación. Por lo general, naturalmente, no voy preparado, lo cual contraviene también la verdadera índole de la conversación, sobre todo de la conversación erótica. Solo el contenido de mis cartas lo tengo siempre *in mente*, siempre ante los ojos el estado de ánimo que acaso hayan suscitado en ella. Naturalmente, jamás se me ocurriría preguntarle si ha leído mi carta. De que la ha leído me cercioro con facilidad. Tampoco hablo nunca con ella directamente de ello, pero mantengo con ellas una comunicación secreta en mis conversaciones, en parte para fijar tal o cual impresión más hondamente en su alma, en parte para arrebatársela y dejarla perpleja. Así puede volver a leer la carta y sacar de ella una nueva impresión, y así sucesivamente.

Un cambio se ha operado y se sigue operando en ella. Si tuviera que designar el estado de su alma en este momento, diría que es una audacia panteísta. Su mirada lo delata al instante. Es audaz, casi temerariamente audaz en sus expectativas, como si a cada instante exigiera y estuviera preparada para contemplar lo extraordinario. Igual que un ojo que mira más allá de sí mismo, así esta mirada mira más allá de lo que se le presenta inmediatamente, y ve lo maravilloso. Es vehemente, casi temerariamente audaz en la expectativa, pero no en la confianza en sí misma; por eso hay en ella algo soñador y suplicante, no orgulloso e imperioso. Busca lo maravilloso fuera de sí, quiere rogar que se muestre, como si no estuviera en su propio poder hacerlo surgir. Esto hay que impedirlo, o de lo contrario obtendré demasiado pronto ascendiente sobre ella.

Ayer me dijo que había algo regio en mi ser. Quizá quiera doblarse, y eso de ningún modo puede permitirse. Sin duda, querida Cordelia, hay algo regio en mi ser, pero tú no sospechas sobre qué clase de reino reino yo. Es sobre las tormentas de los estados de ánimo. Como Eolo, los mantengo encerrados en la montaña de mi personalidad, y dejo salir ora a uno, ora a otro. La lisonja le dará conciencia de sí misma, se hace valer la diferencia entre lo mío y lo tuyo, todo se traslada a su lado. Para lisonjear se requiere una gran cautela. A veces hay que colocarse a sí mismo muy alto, aunque de modo que quede todavía un lugar más alto; a veces hay que colocarse muy bajo. Lo primero es lo más acertado cuando uno se mueve hacia lo espiritual, lo segundo es lo más acertado cuando uno se mueve hacia lo erótico. — ¿Me debe ella algo? De ningún modo. ¿Podría yo desearlo? De ningún modo. Soy demasiado conocedor, tengo demasiado entendimiento de lo erótico para semejante necedad. Si en verdad fuera el caso, me esforzaría con todas mis fuerzas por hacer que lo olvidara, y adormecería mi propio pensamiento al respecto. Toda muchacha joven es, respecto al laberinto de su corazón, una Ariadna; posee el hilo con el que se puede encontrar el camino a través de él, pero lo posee de tal modo que ella misma no sabe usarlo.

* * *

¡Mi Cordelia!

Habla — yo obedezco, tu deseo es una orden, tu ruego es un conjuro omnipotente, cada uno de tus deseos más fugaces es un favor para conmigo; pues no te obedezco como un espíritu servicial, como si estuviera fuera de ti. En cuanto tú mandas, se hace tu voluntad, y con ella yo; pues soy una confusión del alma que solo espera una palabra tuya.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

Sabes que me gusta mucho hablar conmigo mismo. He encontrado en mí mismo a la persona más interesante de mi trato. A veces he temido llegar a faltarme de tema para estas conversaciones; ahora estoy sin temor, ahora te tengo a ti. Hablo, pues, ahora y por toda la eternidad, de ti conmigo, del objeto más interesante con el hombre más interesante — ay, pues yo no soy más que un hombre interesante, tú eres el objeto más interesante.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

Te parece que hace tan poco tiempo que te amo, casi pareces temer que yo hubiera podido amar antes. Hay manuscritos en los que el ojo afortunado adivina al instante una escritura más antigua, que con el paso del tiempo ha sido desplazada por insignificantes necedades. Mediante sustancias corrosivas se borra la escritura posterior, y entonces la más antigua aparece nítida y clara. Así me ha enseñado tu ojo a encontrarme a mí mismo en mí mismo; dejo que el olvido devore todo lo que no trata de ti, y entonces descubro una escritura primigenia, antiquísima, divinamente joven, entonces descubro que mi amor por ti es tan antiguo como yo mismo.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

¿Cómo puede subsistir un reino que está en guerra consigo mismo? ¿Cómo podré subsistir yo, si estoy en guerra conmigo mismo? ¿Sobre qué? Sobre ti, para hallar, si es posible, sosiego en el pensamiento de que estoy enamorado de ti. Pero ¿cómo he de hallar ese sosiego? Uno de los poderes en pugna quiere convencer sin cesar al otro de que es él quien está más honda e íntimamente enamorado; al instante siguiente lo quiere el otro. No me inquietaría mucho si tuviera la disputa fuera de mí, si hubiera alguien que osara estar enamorado de ti, o que osara no estarlo, el crimen sería igual

de grande; pero esta disputa en mi propio interior me devora, esta única pasión en su duplicidad.

Tu Johannes.

* * *

* * *

Anda, desaparece, mi pequeña pescadora; escóndete, sí, entre los árboles; carga, carga con tu fardo, te sienta bien inclinarte, sí, incluso en este mismo instante es con una gracia natural como te inclinas bajo la leña menuda que has recogido — ¡que una criatura así tenga que llevar semejantes cargas! Como una bailarina delatas la belleza de las formas — estrecha de cintura, ancha de pecho, el cuerpo pletórico, cualquier jefe de reclutamiento tendría que admitirlo. Tú crees quizá que son insignificancias, te parece que las damas distinguidas son mucho más hermosas, ¡ay, hija mía! No sabes cuánta falsedad hay en el mundo. Vamos, emprende tu caminata con tu carga hacia el bosque inmenso, que probablemente se extiende muchas, muchas leguas tierra adentro, hasta el confín de las montañas azules. Quizá no seas una verdadera pescadora, sino una princesa encantada; sirves a un trol; él es lo bastante cruel para hacerte ir a buscar leña al bosque. Así es siempre en los cuentos. ¿Por qué si no vas cada vez más adentro en el bosque? Si eres una verdadera pescadora, deberías bajar al embarcadero con tu leña, pasando junto a mí, que estoy al otro lado del camino. — Tú sigue el sendero, que serpentea juguetón entre los árboles, mi ojo te encuentra; mira hacia atrás, si quieres, buscándome, mi ojo te sigue; moverme, eso no puedes hacerlo, el anhelo no me arrastra, permanezco tranquilo sentado en la baranda fumando mi cigarro. — En otra ocasión — quizá. — Sí, tu mirada es pícara cuando así vuelves la cabeza a medias; tu paso ligero es un guiño — sí, ya lo sé, comprendo adónde lleva este camino — a la soledad del bosque, al susurro de los árboles, al múltiple silencio. Mira, el cielo mismo te favorece, se oculta entre nubes, oscurece el fondo del bosque, es como si corriera las cortinas para nosotros. — Adiós, mi hermosa pescadora, que te vaya bien, gracias por tu favor, fue un instante

hermoso, un estado de ánimo, no lo bastante fuerte para moverme de mi puesto fijo en la baranda, pero sí rico en movimiento interior.

* * *

Cuando Jacob hubo pactado con Labán el salario de su servicio, cuando se hubieron puesto de acuerdo en que Jacob guardaría las ovejas blancas y tendría como paga de su trabajo todas las manchadas que nacieran en su rebaño, entonces puso varas en los abrevaderos e hizo que las ovejas las vieran — así me coloco yo por doquier ante Cordelia, su ojo me ve constantemente. A ella le parece pura atención por mi parte; por mi parte, en cambio, sé que con ello su alma pierde interés por todo lo demás, que en ella se desarrolla una concupiscencia espiritual que me ve por todas partes.

* * *

¡Mi Cordelia!

¡Si pudiera olvidarte! ¿Es acaso mi amor una obra de la memoria? Aunque el tiempo borrara todo de sus tablillas, aunque borrara la memoria misma, mi relación contigo seguiría igual de viva, tú no quedarías olvidada. ¡Si pudiera olvidarte! ¿Qué habría entonces de recordar? A mí mismo me he olvidado para recordarte a ti; si te olvidara a ti, entonces llegaría a recordarme a mí mismo; pero en el instante en que me recordara a mí mismo, tendría que volver a recordarte a ti. ¡Si pudiera olvidarte! ¿Qué sucedería entonces? Hay un cuadro de la Antigüedad. Representa a Ariadna. Ella se incorpora de un salto desde el lecho y mira angustiada tras una nave que se aleja a toda vela. A su lado hay un Amor con un arco sin cuerda, secándose los ojos. Detrás de ella hay una figura femenina alada con un yelmo en la cabeza. Se supone generalmente que esa figura es Némesis. Imagínate ese cuadro, imagínatelo un poco cambiado. Amor no llora y su arco no está sin cuerda; ¿o acaso te habrías vuelto tú menos hermosa, menos triunfante, porque yo me hubiera vuelto loco? Amor sonríe y tensa el arco. Némesis no permanece inactiva a tu lado, también ella tensa el arco. En aquel cuadro se ve en la nave una figura masculina ocupada en su trabajo. Se supone

que es Teseo. No así en mi cuadro. Él está de pie en la popa, mira hacia atrás lleno de anhelo, extiende los brazos, se ha arrepentido, o mejor dicho, su locura lo ha abandonado, pero la nave se lo lleva. Amor y Némesis apuntan ambos, una flecha vuela desde cada arco, aciertan con certeza, eso se ve, se comprende, ambas dan en un mismo punto de su corazón, como señal de que su amor era la Némesis que se vengaba.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

Enamorado estoy de mí mismo, dicen de mí. No me sorprende; pues ¿cómo podría notarse que sé amar, si solo te amo a ti; cómo podría ningún otro sospecharlo, si solo te amo a ti? Enamorado estoy de mí mismo, ¿por qué? Porque estoy enamorado de ti; pues a ti te amo, a ti sola y a todo lo que en verdad te pertenece, y así me amo a mí mismo, porque este mi yo te pertenece, de modo que si dejara de amarte a ti, dejaría de amarme a mí mismo. Lo que a los ojos profanos del mundo es expresión del mayor egoísmo, eso es para tu mirada iniciada expresión de la más pura simpatía; lo que a los ojos profanos del mundo es expresión de la más prosaica conservación de sí mismo, eso es para tu vista consagrada expresión de la más entusiasta aniquilación de sí mismo.

Tu Johannes.

* * *

Lo que más temía era que todo el proceso me tomara demasiado tiempo. Veo, sin embargo, que Cordelia hace grandes progresos, de modo que se vuelve necesario, para tenerla bien en vilo, poner todo en movimiento. Por nada del mundo debe ella languidecer antes de tiempo, es decir, antes del momento en que el tiempo se haya acabado para ella.

* * *

Cuando se ama, no se sigue la carretera. Solo el matrimonio discurre justo por en medio del camino real. Cuando se ama y se pasea desde Nøddebo, no se va a lo largo del lago Esrom, aunque en realidad no sea más que un camino de caza; pero está trillado, y el amor prefiere abrirse sus propios caminos. Se busca más adentro, en el bosque de Gribskov. Y cuando así se camina del brazo, entonces se entienden el uno al otro, entonces se aclara lo que antes deleitaba y dolía oscuramente. No se sospecha que haya nadie presente. — Así pues, esta hermosa haya fue testigo de vuestro amor; bajo su copa os confesasteis por primera vez. Todo lo recordabais tan claramente: la primera vez que os visteis, la primera vez que en el baile os disteis la mano, cuando hacia la madrugada os separasteis, cuando nada queríais confesaros a vosotros mismos, y mucho menos el uno al otro. — Es realmente hermoso escuchar estos repasos del amor. — Caísteis de rodillas bajo el árbol, os jurasteis amor inquebrantable, sellasteis el pacto con el primer beso. — Son estados de ánimo fecundos, que hay que derrochar en Cordelia. — Esta haya fue, pues, testigo. Oh sí, un árbol es un testigo bastante apropiado; pero es, sin embargo, demasiado poco. Bien pensáis vosotros que también el cielo fue testigo, pero el cielo así, sin más, es una idea demasiado abstracta. Mirad, por eso hubo todavía otro testigo. — ¿Debería levantarme, hacerles notar que estoy aquí? No, quizá me reconocieran, y entonces la partida está perdida. ¿Debería, mientras se alejan, levantarme, hacerles comprender que había alguien presente? No, sería inoportuno. Debe reposar el silencio sobre su secreto — mientras yo quiera. Están en mi poder, puedo separarlos cuando quiera. Estoy al tanto de su secreto; solo por él o por ella puedo haberlo sabido — por ella misma, es imposible — luego por él — es abominable — ¡bravo! Y sin embargo, esto es casi maldad. Ahora bien, ya veré. Si logro sacar de ella una impresión determinada, que de otro modo no podría obtener, normalmente, como lo deseo, entonces no hay otra alternativa.

* * *

* * *

¡Mi Cordelia!

Pobre soy — tú eres mi riqueza; oscuro — tú eres mi luz; no poseo nada, no necesito nada. ¿Y cómo podría yo poseer algo? Es, en efecto, una contradicción que pueda poseer algo quien no se posee a sí mismo. Feliz soy como un niño, que nada puede ni debe poseer. No poseo nada; pues solo te pertenezco a ti; no soy, he dejado de ser, para ser tuyo.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

Mío, ¿qué quiere decir esta palabra? No lo que me pertenece a mí, sino aquello a lo que yo pertenezco, lo que contiene todo mi ser, que en esa medida es mío, en esa medida en que yo le pertenezco a ello. Mi Dios no es, en efecto, el Dios que me pertenece a mí, sino el Dios a quien yo pertenezco, y así también cuando digo mi patria, mi hogar, mi vocación, mi anhelo, mi esperanza. Si antes no hubiera habido inmortalidad, este pensamiento, que soy tuyo, irrumpiría a través del curso habitual de la naturaleza.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

¿Qué soy yo? El modesto narrador que sigue tus triunfos; el bailarín que se inclina bajo ti, mientras tú te elevas con grácil ligereza; la rama en la que un instante te posas, cuando estás cansada de volar; la voz de bajo que se desliza bajo el entusiasmo de la soprano para dejarla subir todavía más alto — ¿qué soy yo? Soy el peso terrenal que te encadena a la tierra. ¿Qué soy, entonces? Cuerpo, masa, tierra, polvo y ceniza — tú, mi Cordelia, tú eres alma y espíritu.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

El amor lo es todo; por esa razón, para quien ama, todo ha dejado de tener significado en y por sí mismo, y solo tiene significado por la interpretación que el amor le da. Así, si otro prometido se convenciera de que había otra muchacha por la que él se preocupaba, probablemente quedaría en pie como un criminal y ella se indignaría. Tú, en cambio, lo sé bien, verías un homenaje en semejante confesión; pues que yo pudiera amar a otra, tú sabes que es una imposibilidad; es mi amor por ti lo que arroja un reflejo sobre toda la vida. Cuando entonces me preocupo por otra, no es para convencerme de que no la amo a ella, sino solo a ti — eso sería presuntuoso; — sino que, como toda mi alma está llena de ti, la vida adquiere para mí otro significado, se convierte en un mito sobre ti.

Tu Johannes.

* * *

Mi Cordelia.

Mi amor me consume, solo mi voz queda, una voz que se ha enamorado de ti, que en todas partes te susurra que te amo. ¡Oh! ¿Te cansa oír esta voz? En todas partes te rodea; como un abrazo múltiple e inestable, envuelvo mi alma reflexionada hasta el fondo en torno a tu ser puro y profundo.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

Se lee en viejos relatos que un río se enamoró de una muchacha. Así es mi alma como un río que te ama. Unas veces está quieto y deja que tu imagen se refleje honda e inmóvil en él, otras veces se figura haber apresado tu imagen, y entonces su ola se agita para impedir que vuelvas a escapársele; otras veces riza suavemente su superficie y juega con tu imagen; a veces la ha perdido, y entonces su ola se vuelve negra y desesperada. — Así es mi alma: como un río que se ha enamorado de ti.

Tu Johannes.

* * *

* * *

Hablando con franqueza: sin tener una imaginación mínimamente viva, bien podría uno imaginarse en un transporte más cómodo, más holgado y, sobre todo, más acorde con su condición; ir en el carro de un campesino turbero solo llama la atención en un sentido impropio. —En un aprieto, sin embargo, uno se conforma con lo que hay. Se recorre un trecho por el camino real; uno se sube, se hace una legua sin encontrar a nadie; dos leguas, todo va bien; uno se serena y se siente seguro; el paisaje se ve, la verdad, mejor desde este punto de vista que de costumbre; se está a punto de llegar a las tres leguas —¿quién iba a esperar, aquí tan lejos por el camino real, encontrarse con un habitante de Copenhague? Y es un habitante de Copenhague, ya lo nota usted, no es ningún hombre del campo; tenía una manera de mirar del todo peculiar, tan resuelta, tan observadora, tan tasadora, y con un punto de mofa. Sí, mi querida muchacha, tu postura no es en absoluto cómoda, estás sentada como si estuvieras sobre una bandeja de servir, el carro es tan plano que no tiene ningún hueco para los pies. —Pero es culpa suya; mi carruaje está enteramente a su servicio, me atrevo a ofrecerle un asiento mucho menos incómodo, siempre que no le incomode a usted sentarse a mi lado. En tal caso, le cedo el carruaje entero, y yo mismo me siento en el pescante, contento de poder llevarla a su destino. —El sombrero de paja ni siquiera protege lo bastante de una mirada de soslayo; es inútil que baje usted la cabeza, admiro igualmente su hermoso perfil. ¿No es fastidioso que el campesino me salude? Pero está en el orden de las cosas que el campesino salude a un señor distinguido. —Con eso no se libra usted, aquí hay una posada, sí, una parada de postas, y un campesino turbero es, a su manera, demasiado temeroso de Dios para no rezar. Ahora me voy a ocupar de él. Tengo un don nada común para congraciarme con los campesinos turberos. ¡Ojalá logre también agradarle a usted! No puede resistirse a mi ofrecimiento, y

una vez que lo ha aceptado, no puede resistirse a sus efectos. Si yo no puedo, ya podrá mi criado. —Ahora entra en la sala de la posada, y usted se queda sola en el carro, bajo el cobertizo. —¡Dios sabe qué clase de muchacha será! ¿Será acaso una modesta muchacha burguesa, quizá hija de un sacristán? Si lo es, resulta, para ser hija de un sacristán, singularmente hermosa y vestida con un gusto singular. Ese sacristán debe de tener un buen sustento. Se me ocurre algo: ¿será acaso una señorita de pura sangre, cansada de ir en carruaje, que tal vez hace una excursión a pie hasta la casa de campo y ahora, de paso, quiere probar suerte en una pequeña aventura? Bien podría ser; cosas así no son inauditas. —El campesino no sabe nada, es un animal que solo sabe beber. Sí, sí, que beba, mi buen hombre, bien merecido lo tiene. —Pero ¿qué veo? No es ni más ni menos que la señorita Jespersen, Hansine Jespersen, hija del mayorista de allá dentro. ¡Vaya, Dios nos guarde, si nos conocemos los dos! Fue a ella a quien encontré una vez en la calle Bredgade; iba sentada de espaldas al sentido de la marcha, no lograba abrir la ventanilla; yo saqué mis anteojos y tuve entonces el placer de seguirla con la mirada. Era una situación muy incómoda; había tanta gente en el coche que ella no podía moverse, y presumiblemente no se atrevía a dar voces. La situación actual es igual de incómoda, o más. Los dos estamos destinados el uno al otro, está claro. Dicen que es una muchacha romántica; sin duda anda por su cuenta. —Ahí viene mi criado con el campesino turbero. Está completamente borracho. Es abominable, son gente corrompida estos campesinos turberos. ¡Ay, sí! Y sin embargo hay personas aún peores que los campesinos turberos. —Vaya, ahora sí que está usted bien servida para el viaje. Ahora tendrá usted misma que conducir los caballos, que resulta de lo más romántico. —Rechaza usted mi ofrecimiento, sostiene usted que conduce muy bien. No me engaña usted; noto bien lo taimada que es. En cuanto haya avanzado usted un poco por el camino, saltará del carro; en el bosque es fácil encontrar dónde esconderse. —Que ensillen mi caballo; la seguiré a caballo. —¡Ya está! Ahora estoy listo, ahora puede usted estar segura contra cualquier ataque. —Pero no se asuste usted tan terriblemente, que enseguida doy media vuelta. Solo quería

inquietarla un poco y darle ocasión de que su belleza natural se realzara. Usted no sabe que he sido yo quien ha emborrachado al campesino, y no me he permitido ninguna palabra ofensiva contra usted. Todavía puede salir todo bien; ya sabré darle al asunto un giro tal que pueda usted reírse de toda la historia. Solo deseo tener con usted un pequeño trato; no crea nunca que sorprendo a ninguna muchacha por asalto. Soy amigo de la libertad, y lo que no consigo libremente no me importa en absoluto. —«Usted misma comprenderá sin duda que no es posible continuar el viaje de esa manera. Yo mismo voy de caza, por eso voy a caballo. Mi carruaje, en cambio, está enganchado y esperando en la posada. Si usted lo ordena, la alcanzará en un instante y la llevará a donde desee. Yo mismo, por desgracia, no puedo tener el placer de acompañarla, estoy comprometido por una promesa de caza, y esas son sagradas.» —Usted, en cambio, acepta —al instante todo estará dispuesto. —Vea, ahora no tiene usted en absoluto por qué sentirse turbada al volver a verme, o en todo caso no más turbada de lo que le sienta bien. Puede usted divertirse con toda la historia, reírse un poco y pensar un poco en mí. No pido más. Podría parecer poco; a mí me basta. Es el principio, y yo soy especialmente fuerte en los rudimentos.

* * *

Ayer por la tarde hubo una pequeña reunión en casa de la tía. Yo sabía que Cordelia sacaría su labor de punto. En ella había escondido yo una notita. Se le cayó, la recogió, se conmovió, quedó anhelante. Así es como hay que servirse siempre de la situación como ayuda. Es increíble las ventajas que se pueden sacar de ello. Una nota en sí misma insignificante, leída en tales circunstancias, se vuelve para ella infinitamente significativa. A mí no logró hablarme; yo lo había dispuesto de modo que tuviera que acompañar a una dama a su casa. Ella tuvo, pues, que esperar hasta hoy. Eso siempre es bueno, para hincar la impresión tanto más hondo en su alma. Siempre parece que soy yo quien le muestra una atención; la ventaja que tengo es que me instalo por todas partes en sus pensamientos, la sorprendo por todas partes.

El amor erótico tiene, sin embargo, una dialéctica propia. Hubo una vez una muchacha joven de la que estuve enamorado. En el teatro de Dresde vi el verano pasado a una actriz que se le parecía de un modo asombroso. Por esa razón deseé, y también lo logré, trabar conocimiento con ella, y me convencí entonces de que la semejanza era, después de todo, bastante grande. Hoy me encuentro por la calle con una dama que me recuerda a aquella actriz. Esta historia puede continuar así todo el tiempo que haga falta.

Por todas partes rodean mis pensamientos a Cordelia, se los envío como ángeles a su alrededor. Igual que Venus va en su carro tirada por palomas, así va ella sentada en su carro triunfal, y yo unzo mis pensamientos como seres alados. Ella misma va sentada, alegre, rica como una niña, todopoderosa como una diosa; yo voy a su lado. En verdad, una muchacha joven es y sigue siendo el *Venerabile* de la naturaleza y de toda la existencia. Nadie lo sabe mejor que yo. Solo es una lástima que este esplendor dure tan poco. Ella me sonríe, me saluda, me hace señas con la mano, como si fuera mi hermana. Una mirada le recuerda que es mi amada.

El amor erótico tiene muchas posiciones. Cordelia hace buenos progresos. Se sienta en mi regazo, su brazo se enrosca sanguíneo y cálido en torno a mi cuello; ella misma reposa contra mi pecho, ligera, sin peso corporal; las formas blandas apenas me rozan; como una flor, su figura graciosa se enrosca en torno a mí, suelta como un lazo. Su ojo se oculta tras el párpado, su seno es deslumbrantemente blanco como la nieve, tan terso que mi ojo no puede reposar, resbalaría si el seno no se moviera. ¿Qué significa este movimiento? ¿Es amor? Quizá. Es su presentimiento, su sueño. Todavía le falta energía. Ella me abraza con vaguedad, como la nube abraza al Transfigurado, suelta como una brisa, blanda como se abraza una flor; me besa con indeterminación, como el cielo besa al mar, con dulzura y quietud como el rocío besa a la flor, con solemnidad como el mar besa la imagen de la luna.

Su pasión la llamaría yo, en este momento, pasión ingenua. Cuando se haya dado el giro, y comience yo en serio a retirarme, ella recurrirá a todo para retenerme de verdad. No tiene otros medios para ello que lo erótico mismo, solo que este se manifestará ahora con una medida del todo distinta. Es entonces un arma en su mano, que ella blande contra mí. Yo tengo entonces la pasión reflejada. Ella lucha por su propia causa, porque sabe que yo poseo lo erótico; lucha por su propia causa, para vencerme. Ella misma necesita una forma más elevada de lo erótico. Lo que yo, al inflamarla, le enseñé a presentir, se lo enseña ahora a comprender mi frialdad, pero de tal modo que ella cree descubrirlo por sí misma. Con eso querrá sorprenderme, creará haberme superado en audacia y con ello haberme atrapado. Su pasión se vuelve entonces resuelta, enérgica, concluyente, dialéctica; sus besos totales, sus abrazos ya no entrecortados. —En mí busca su libertad, y la encuentra tanto mejor cuanto más firmemente la estrecho. El compromiso se rompe. Cuando esto ha sucedido, necesita un poco de reposo, para que en este tumulto salvaje no surja nada carente de belleza. Su pasión se recoge una vez más, y ella es mía.

Del mismo modo que ya en tiempos del bienaventurado Edvard me ocupaba indirectamente de sus lecturas, ahora me ocupo de ellas directamente. Lo que le ofrezco es lo que considero el mejor alimento: mitología y cuentos de hadas. Aun así, ella conserva aquí, como en todo, su libertad; yo saco todo de ella misma escuchándola. Si algo no está ya ahí de antemano, lo pongo yo primero.

* * *

Cuando las criadas van en verano al Dyrehaven, suele ser un placer de mala calidad. Solo van allí una vez al año, y por eso quieren sacarle todo el partido posible. Entonces se ponen sombrero y chal, y se afean de todas las maneras posibles. La alegría es salvaje, fea, lasciva. No, yo prefiero el Frederiksberg-Have. Los domingos por la tarde acuden allí, y yo también. Aquí todo es decoroso y decente, la alegría misma más apacible y más noble. En general, el hombre que no tiene ojo para las criadas pierde con ello

más de lo que pierden ellas. La numerosa hueste de las criadas es realmente la más hermosa milicia que tenemos en Dinamarca. Si yo fuera rey —bien sé lo que haría— no pasaría revista a las tropas de línea. Si yo fuera uno de los Treinta y Dos hombres de la ciudad, propondría de inmediato que se instituyera un Comité de Bienestar que, mediante criterio, consejo, exhortación y recompensas adecuadas, se esforzara de todas las maneras posibles por animar a las criadas a un aseo elegante y esmerado. ¿Por qué se ha de derrochar la belleza, por qué ha de pasar inadvertida por la vida? ¡Que se muestre al menos una vez por semana bajo la luz en que mejor luce! Pero ante todo, gusto, contención. Una criada no debe parecer una señora, en eso tiene razón el Politivennen; pero las razones que da ese respetable periódico son del todo erróneas. Si así pudiera uno esperar un deseable florecimiento de la clase de las criadas, ¿no repercutiría esto a su vez beneficiosamente en las hijas de nuestras casas? ¿O es demasiado atrevido que yo, por este camino, vislumbre para Dinamarca un futuro que en verdad pueda llamarse sin igual? Si tan solo me fuera concedido a mí mismo ser contemporáneo de ese año dorado, entonces podría uno, con la conciencia tranquila, emplear el día entero en pasear por calles y callejas y deleitarse en el placer de los ojos. ¡Cómo se remonta mi pensamiento, tan lejos y tan osado, tan patriótico! pero si yo también estoy aquí, en Frederiksberg, donde las criadas vienen los domingos por la tarde, y yo con ellas. — — — Primero vienen las muchachas campesinas, de la mano de sus novios, o según otro esquema, todas las muchachas de la mano delante y todos los mozos detrás, o según otro esquema aún, dos muchachas y un mozo. Esta multitud forma el marco; suelen quedarse de pie o sentarse junto a los árboles, en la gran explanada cuadrada frente al pabellón. Son sanas, frescas, los contrastes de color solo un poco demasiado fuertes, tanto en la piel como en el vestido. Luego siguen, un poco más adentro, las muchachas de Jutlandia y de Fionia. Altas, erguidas, de complexión un poco demasiado robusta, su atuendo algo desordenado. Aquí habría mucho que hacer para el Comité. Tampoco falta un representante suelto de la división de Bornholm: cocineras hábiles, pero no fáciles de tratar de cerca, ni en

la cocina ni en Frederiksberg; su índole tiene algo de altivo y repelente. Su presencia no deja, por tanto, de surtir efecto por contraste; no me gustaría que faltasen aquí fuera, pero rara vez me trato con ellas. —Ahora vienen las tropas del corazón: las muchachas de Nyboder. Más pequeñas de estatura, rellenitas, exuberantes, finas de piel, alegres, contentas, vivarachas, habladoras, un poco coquetas y, ante todo, sin sombrero. Su atuendo puede muy bien acercarse al de una señora; solo hay que observar dos cosas: que no lleven chal sino pañuelo, que no lleven sombrero sino, a lo sumo, una cofia pequeña y airosa, y que, mejor aún, vayan sin nada en la cabeza. — — — — — Vaya, buenos días, Marie; ¿así que la encuentro por aquí? Hace tiempo que no la veía. ¿Sigue usted todavía en casa del consejero de Estado? —«Sí» —será sin duda una muy buena colocación, ¿no? —«Sí» —Pero está usted tan sola aquí, no tiene a nadie que la acompañe... ningún novio, ¿tal vez no ha tenido tiempo hoy, o lo está usted esperando? Cómo, ¿no está usted prometida? Eso es imposible. La muchacha más hermosa de Copenhague, una muchacha que sirve en casa del consejero de Estado, una muchacha que es un adorno y un modelo para todas las criadas, una muchacha que sabe arreglarse con tanta gracia y... con tanta riqueza. Ese pañuelo tan bonito que lleva usted en la mano, de la más fina batista... ¿qué veo?, con bordado en los bordes, apuesto a que ha costado diez marcos... a fe mía que hay más de una dama distinguida que no posee su igual... guantes franceses... una sombrilla de seda... ¿Y una muchacha así no había de estar prometida...? Eso sí que es un despropósito. Si no recuerdo mal, Jens también la apreciaba a usted no poco; ya sabe, Jens, el Jens del mayorista, el del segundo piso... Ya ve que acerté... ¿por qué no llegaron entonces a prometerse? Jens era un mozo apuesto, tenía una buena colocación, quizá, con la influencia del mayorista, hubiera llegado con el tiempo a agente de policía o a fogonero, no era tan mal partido... Seguro que la culpa es suya, ha sido usted demasiado dura con él... «¡No! Pero me enteré de que Jens había estado prometido antes una vez con una muchacha a la que, según dicen, no trató nada bien.» —... Qué he de oír, quién iba a creer que Jens era un tunante semejante... ah, esos guardias... esos guardias, no

hay que fiarse de ellos... Hizo usted perfectamente bien; una muchacha como usted es realmente demasiado buena para que la arrojen a los brazos de cualquiera... A fe que hará usted un partido mejor, se lo garantizo. — — — — ¿Cómo le va a la señorita Juliane? Hace tanto que no la veo. Mi hermosa Marie seguramente podría hacerme el favor de darme algún que otro dato... porque uno mismo haya sido desdichado en amores, no por eso ha de ser indiferente a los demás... Hay tanta gente aquí... no me atrevo a hablarle de eso, temo que alguien me esté espiando... Escuche solo un momento, mi hermosa Marie... — — Mire, aquí está el sitio, en el paseo umbrío donde los árboles se entrelazan para ocultarnos de los demás, aquí, donde no vemos a ningún ser humano, no oímos ninguna voz humana, sino solo un suave eco de los sonos de la música... aquí me atrevo a hablar de mi secreto... ¿No es verdad que, si Jens no hubiera sido un mal hombre, tú habrías paseado aquí con él, del brazo, escuchando el gozo de la música, disfrutando tú misma de un goce aún más alto...? ¿Por qué tan conmovida? Olvídate de Jens... ¿Vas a ser injusta conmigo...? Para encontrarte he venido aquí... para verte he venido a casa del consejero de Estado... Tú lo has notado... cada vez que se podía, yo siempre iba a la puerta de la cocina... Tú serás mía... se leerán las amonestaciones desde el púlpito... mañana por la noche te lo explicaré todo... por la escalera de la cocina, la puerta de la izquierda, justo enfrente de la puerta de la cocina... Adiós, mi hermosa Marie... que nadie note que me has visto aquí fuera o has hablado conmigo, tú ya conoces mi secreto. — — — Es verdaderamente encantadora, se podría sacar algo de ella. —En cuanto ponga pie en su cuarto, ya me encargaré yo mismo de leer las amonestaciones desde el púlpito. Siempre he procurado desarrollar la hermosa *αυταρχεία* griega, y sobre todo hacer superfluo al cura.

* * *

Si se pudiera estar de pie detrás de Cordelia en el momento en que recibe una carta mía, eso me interesaría mucho. Podría entonces convencerme fácilmente de si ella se las apropia, en el sentido más propio, eróticamente. En general, las cartas son y

seguirán siendo siempre un medio inapreciable para causar impresión en una muchacha joven; la letra muerta tiene a menudo una influencia mucho mayor que la palabra viva. Una carta es una comunicación misteriosa; uno es dueño de la situación, no siente la presión de nadie presente, y con su ideal, creo yo, una muchacha joven prefiere estar del todo a solas, es decir, en determinados instantes, y precisamente en los instantes en que este actúa con más fuerza sobre su ánimo. Por muy cumplida que sea la expresión que su ideal haya hallado en un objeto amado y determinado, hay sin embargo momentos en que ella siente que hay en el ideal un exceso que la realidad no posee. Estas grandes fiestas de reconciliación hay que concedérselas; solo hay que cuidar de aprovecharlas debidamente, de modo que de ellas no vuelva a la realidad exhausta, sino fortalecida. Para eso ayudan las cartas, que hacen que uno esté invisiblemente presente en espíritu en esos sagrados instantes de consagración, mientras que la idea de que la persona real es el autor de la carta forma un tránsito natural y fácil hacia la realidad.

¿Podría yo tener celos de Cordelia? ¡Por la muerte y el infierno, sí! ¡Y sin embargo, en otro sentido, no! Pues si viera que, aunque venciera yo en mi pugna contra el otro, su ser quedaría de todos modos perturbado, y no sería lo que yo deseaba —entonces renunciaría a ella.

Un viejo filósofo dijo que, cuando uno anota con exactitud todo lo que ha vivido, se convierte, antes de darse cuenta, en filósofo. Hace ya bastante tiempo que vivo en relación con la congregación de los prometidos. Alguna fruta ha de dar, al fin y al cabo, una relación así. He pensado, pues, en reunir materiales para un escrito titulado: Contribución a la teoría del beso, dedicado a todos los amantes tiernos. Por lo demás, es curioso que no exista ningún escrito sobre este asunto. Si logro terminarlo, remediaré al mismo tiempo una carencia sentida desde hace tiempo. ¿Tendrá esta laguna de la literatura su causa en que los filósofos no reflexionan sobre estas cosas, o en que no entienden de ellas? —Ya puedo comunicar, desde ahora, algunas indicaciones sueltas. Para un beso completo se

requiere que sean una muchacha y un hombre los que actúan. Un beso entre hombres carece de gusto, o tiene, lo que es peor, mal gusto. —Además, creo que un beso se acerca más a la Idea cuando un hombre besa a una muchacha que cuando una muchacha besa a un hombre. Allí donde, con el paso de los años, se ha instaurado la indiferencia en esta relación, el beso ha perdido su significado. Esto vale para el beso doméstico conyugal, con el que los cónyuges, a falta de servilleta, se secan mutuamente la boca, mientras se dice: que aproveche. —Si la diferencia de edad es muy grande, el beso queda fuera de la Idea. Recuerdo que en un colegio de niñas de una de las provincias, la clase de mayores tenía un término propio: besar al consejero de justicia, expresión a la que asociaban una idea nada agradable. El origen de este término era el siguiente. La maestra tenía un cuñado que vivía en su casa; había sido consejero de justicia, era un hombre mayor, y se tomaba ahora, en virtud de ello, la libertad de querer besar a las jóvenes. —El beso ha de ser expresión de una pasión determinada. Cuando un hermano y una hermana que son mellizos se besan, ese beso no es un beso propiamente dicho. Lo mismo vale para un beso que cae en un juego de Navidad, *item* para un beso robado. Un beso es un acto simbólico que no tiene nada que significar cuando el sentimiento que ha de designar no está presente, y este sentimiento solo puede estar presente bajo condiciones determinadas. —Si se quiere intentar clasificar el beso, cabe pensar en varios principios de clasificación. Se puede clasificar con respecto al sonido. Por desgracia, el lenguaje no alcanza aquí en proporción a mis observaciones. No creo que todas las lenguas del mundo tuvieran un acopio suficiente de onomatopeyas para designar las diferencias que yo, tan solo en casa de mi tío, he llegado a conocer. Unas veces es chasqueante, otras siseante, otras restallante, otras estallante, otras retumbante, unas veces pleno, otras hueco, otras como el crujido del percal, etcétera, etcétera. —Se puede clasificar el beso con respecto al contacto, en el beso tangente, o el beso *en passant*, y el cohesivo. —Se puede clasificar con respecto al tiempo en el corto y en el largo. Con respecto al tiempo hay también otra clasificación, y esta es en realidad la única que me ha complacido. Se hace entonces una

distinción entre el primer beso y todos los demás. Aquello sobre lo que aquí se reflexiona es inconmensurable con lo que aparece en las demás clasificaciones; es indiferente al sonido, al contacto, al tiempo en general. El primer beso, sin embargo, es cualitativamente distinto de todos los demás. Son pocas las personas que piensan en ello; sería en verdad una lástima que no hubiera al menos una que reflexionara sobre esto.

* * *

¡Mi Cordelia!

Una buena respuesta es como un beso dulce, dice Salomón. Tú sabes que soy dado a preguntar demasiado; casi tengo que oír reproches por ello. Viene de que no se entiende sobre qué pregunto; pues tú, y solo tú, entiendes sobre qué pregunto, y tú, y solo tú, sabes responder, y tú, y solo tú, sabes dar una buena respuesta; pues una buena respuesta es como un beso dulce, dice Salomón.

Tu Johannes.

* * *

Hay una diferencia entre una erótica espiritual y una erótica terrenal. Hasta ahora he procurado sobre todo desarrollar en Cordelia la espiritual. Mi presencia personal debe ser ahora otra, no ya el mero estado de ánimo que acompaña, debe ser tentadora. En estos días me he preparado constantemente leyendo el conocido pasaje del Fedro sobre el amor erótico. Electriza todo mi ser, y es un preludio excelente. Platón sí que de verdad entendía de erótica.

* * *

¡Mi Cordelia!

El latino dice de un discípulo atento que cuelga de la boca del maestro. Para el amor todo es imagen, y a cambio la imagen es a su vez realidad. ¿No soy acaso un discípulo aplicado, un discípulo atento? Pero tú no dices ni una palabra.

Tu Johannes.

* * *

Si otro que no fuese yo dirigiera este desarrollo, sería sin duda demasiado sagaz para dejarse dirigir. Si yo quisiera consultar a un iniciado entre los prometidos, él respondería sin duda, con un elevado ímpetu de audacia erótica: busco en vano, en estas posiciones del amor, la figura sonora en que los amantes conversan sobre su amor. Yo respondería: Me alegro de que la busques en vano; pues esa figura no tiene cabida alguna en el ámbito de la erótica propiamente dicha, ni siquiera cuando se hace entrar en juego lo interesante. El amor erótico es demasiado sustancial para contentarse con la charla; las situaciones eróticas, demasiado trascendentales para llenarse de charla. Son mudas, silenciosas, de contornos definidos, y sin embargo elocuentes como la música de la estatua de Memnón. Eros gesticula, no habla; o, en la medida en que lo hace, es una insinuación enigmática, una música figurada. Las situaciones eróticas son siempre plásticas o pictóricas; pero que dos hablen juntos de su amor no es ni plástico ni pictórico. Los prometidos formales, sin embargo, empiezan siempre con semejante palique, que luego se convierte también en el hilo conductor de su locuaz estado matrimonial. Ese palique es además el principio de la promesa de que su matrimonio no carecerá de la dote que menciona Ovidio: *dos est uxoriam lites*. —Cuando hay que hablar, basta además con que hable uno solo. El hombre debe hablar, y por tanto poseer alguna de las fuerzas que había en el cinto con que Venus embelesaba: la conversación y el dulce halago, es decir, lo insinuante. —De ahí no se sigue en modo alguno que Eros sea mudo, ni que sea eróticamente incorrecto conversar, sino tan solo que la conversación misma debe ser erótica, no perdida en edificantes consideraciones sobre las perspectivas de la vida, etc., y que la conversación, en realidad, se considera un descanso de la obra erótica, un pasatiempo, no lo Supremo. Una conversación tal, una *confabulatio* tal, es en su esencia enteramente divina, y yo nunca puedo cansarme de conversar con una muchacha joven. Es decir, puedo cansarme de tal o cual muchacha joven en particular, pero nunca de conversar con una muchacha joven. Para mí es tan

imposible como cansarme de respirar. Lo verdaderamente característico de tal conversación es el florecimiento vegetativo de la charla. La conversación se mantiene pegada a la tierra, no tiene un objeto propiamente dicho, el azar es la ley de sus movimientos — pero la margarita es el nombre de ella misma y de sus frutos.

* * *

¡Mi Cordelia!

«Mía — tuyo»: estas palabras encierran, como un paréntesis, el pobre contenido de mis cartas. ¿Has notado que la distancia entre sus brazos se hace cada vez más corta? ¡Oh, Cordelia mía! Qué hermoso es, sin embargo, que cuanto más vacío de contenido se vuelve el paréntesis, tanto más significativo se hace.

Tu Johannes.

* * *

¡Mi Cordelia!

¿Es un abrazo una lucha?

Tu Johannes.

* * *

Por lo común, Cordelia se muestra callada. Eso siempre me ha sido grato. Es una naturaleza femenina demasiado profunda para importunar a uno con el hiato, esa figura del habla tan propia de la mujer, e inevitable cuando el hombre, que ha de formar la consonante limitante precedente o siguiente, es igualmente femenino. Sin embargo, de cuando en cuando una breve expresión suelta delata cuánto habita en ella. Entonces yo la ayudo. Es como si, detrás de una persona que con mano insegura fuera trazando algunos rasgos sueltos de un dibujo, hubiera otra que sacara de continuo de ellos algo audaz y acabado. Ella misma se sorprende, y sin embargo es como si le perteneciera. Por eso velo sobre ella, sobre cualquier expresión casual, cualquier palabra suelta y arrojada

al azar, y al devolvérsela, se ha convertido siempre en algo más significativo, que ella a la vez conoce y no conoce.

Hoy estuvimos en una reunión. No habíamos cruzado una sola palabra. Se levantaron de la mesa; entonces entró el criado y anunció a Cordelia que había un mensajero que deseaba hablar con ella. Ese mensajero venía de mi parte, traía una carta que contenía alusiones a una observación que yo había hecho durante la comida. Yo había sabido mezclarla en la conversación general de la mesa de tal manera que Cordelia, aunque estaba sentada lejos de mí, tuviera necesariamente que oírla y malentenderla. Para eso estaba calculada la carta. Si no hubiera logrado darle esa dirección a la conversación de mesa, yo mismo habría estado presente a la hora convenida para confiscar la carta. Ella volvió a entrar; tuvo que mentir un poco. Cosas así consolidan el sigilo erótico, sin el cual ella no puede recorrer el camino que le está señalado.

* * *

¡Mi Cordelia!

¿Crees que aquel que reclina su cabeza en la colina de los elfos ve en sueños la imagen de la doncella élfica? No lo sé; pero esto sí lo sé: cuando reposo mi cabeza sobre tu pecho, y entonces no cierro los ojos, sino que miro más allá de ellos, veo el rostro de un ángel. ¿Crees que aquel que inclina su cabeza en la colina de los elfos no puede yacer tranquilo? No lo creo; pero sé que cuando mi cabeza se inclina hacia tu seno, se agita con tal fuerza que el sueño no puede posarse sobre mis ojos.

Tu Johannes.

* * *

Jacta est alea. Ahora hay que dar el giro. Hoy estuve con ella, completamente absorto en el pensamiento de una idea que me ocupaba por entero. No tenía ni ojos ni oídos para ella. La idea misma era interesante y la cautivó. También habría sido incorrecto iniciar la nueva operación mostrándome frío en su presencia. Ahora que me he ido, y el pensamiento ya no la ocupa, descubre

fácilmente que yo estaba distinto de lo habitual. El que ella, en su soledad, descubra el cambio, hace que ese descubrimiento le resulte mucho más doloroso; actúa más lentamente, pero tanto más penetrante. No puede estallar en el acto, y cuando se le ofrece la ocasión, ya ha pensado tanto que no logra decirlo todo de una vez, sino que conserva siempre un resto de duda. La inquietud crece, las cartas cesan, el alimento erótico se raciona, el amor se escarnece como cosa ridícula. Quizá lo tolere por un instante, pero a la larga no podrá soportarlo. Ahora querrá cautivarme por los mismos medios que yo he empleado contra ella: por lo erótico.

En el punto de romper un compromiso, cualquier muchachita es una gran casuista; y aunque en las escuelas no se imparte curso alguno sobre ello, todas las niñas saben a la perfección, cuando se plantea la cuestión, en qué casos conviene romper un compromiso. Esto debería ser propiamente el tema fijo de los exámenes escolares del último año; y aunque por lo demás sé que las redacciones que se dan en las escuelas de niñas son muy monótonas, estoy seguro de que aquí no faltaría variedad, pues el problema mismo abre un vasto campo a la sagacidad de una muchacha. ¿Y por qué no dar a una muchacha joven la ocasión de mostrar su sagacidad de la manera más brillante? ¿O acaso no obtendrá aquí precisamente la ocasión de demostrar que está madura... para prometerse? En cierta ocasión viví una situación que me interesó mucho. En una familia que yo frecuentaba de cuando en cuando, un día estaban fuera los mayores; en cambio, las dos hijas jóvenes de la casa habían reunido a un círculo de amigas para un café de media mañana. Eran ocho en total, todas de edades comprendidas entre los dieciséis y los veinte años. Probablemente no esperaban visita alguna; es posible incluso que la criada tuviera orden de decir que no estaban en casa. Yo entré, sin embargo, y noté claramente que se quedaron un poco sorprendidas. Dios sabe qué tratan en realidad ocho muchachas jóvenes así en una reunión sinodal tan solemne. Las mujeres casadas también se reúnen a veces en encuentros parecidos. Disertan entonces sobre teología pastoral; se debaten sobre todo las importantes cuestiones: en qué casos es más acertado dejar que

una criada vaya sola al mercado; si es más acertado llevar libreta de cuentas con los carniceros, o pagar al contado; si es probable que la cocinera tenga novio; cómo librarse de esos escarceos de noviazgo que retrasan la preparación de la comida. — — — Ocupé mi puesto en aquel hermoso corro. Era muy a comienzos de la primavera. El sol enviaba algunos rayos sueltos como heraldos apresurados de su llegada. En la propia habitación todo era invernal, y precisamente por eso aquellos rayos sueltos resultaban tan anunciadores. El café despedía su aroma sobre la mesa —y luego las muchachas mismas, alegres, sanas, lozanas, desenvueltas; pues el temor pronto se había disipado, y además ¿qué había que temer, si en cierto modo formaban una tropa? —Logré dirigir la atención y la conversación hacia la cuestión de en qué casos conviene romper un compromiso. Mientras mis ojos se solazaban revoloteando de una flor a otra en aquella guirnalda de muchachas, se solazaban reposando ora en una, ora en otra belleza, mi oído externo gozaba embriagándose en el goce de la música de las voces, y mi oído interno, escuchando con atención lo que se decía. Una sola palabra me bastaba a menudo para lograr una honda mirada al corazón de una de esas muchachas y a su historia. ¡Cuán seductores son, sin embargo, los caminos del amor, y qué interesante es comprender hasta dónde ha llegado cada una! Yo avivaba continuamente el fuego; el ingenio, la agudeza, la objetividad estética contribuían a hacer más libre el trato, y sin embargo todo permanecía dentro de los límites del más estricto decoro. Mientras así bromeábamos en las regiones ligeras de la conversación, dormitaba una posibilidad de poner, con una sola palabra, a aquellas buenas muchachas en un aprieto fatal. Esa posibilidad estaba en mi poder. Las muchachas no la percibían, apenas la presentían. Con el ligero juego de la conversación, yo la mantenía a raya en todo momento, tal como Sherezade aleja la sentencia de muerte contando historias. —Unas veces llevaba la conversación hasta el límite de lo melancólico; otras dejaba que la travesura se desatara; otras las tentaba a un juego dialéctico. ¿Y qué materia contiene en sí mayor variedad, según cómo se la mire? Yo iba introduciendo continuamente nuevos temas. —Conté la historia de una muchacha a quien la crueldad de sus padres había

obligado a romper un compromiso. Aquel desdichado conflicto casi les trajo lágrimas a los ojos. —Conté la historia de un hombre que había roto un compromiso y había alegado dos razones: que la muchacha era demasiado alta, y que él no se había arrodillado ante ella al declararle su amor. Cuando le objeté que aquellas, sin embargo, difícilmente podían considerarse razones suficientes, me respondió: sí, son precisamente suficientes para lograr lo que quiero, pues nadie puede responder a eso una sola palabra sensata. — Sometí a la consideración de la asamblea un caso muy difícil. Una muchacha joven rompió porque se sentía convencida de que ella y su novio no hacían buena pareja. El enamorado quiso hacerla entrar en razón asegurándole cuánto la amaba, y ella respondió: o bien encajamos el uno con el otro y hay verdadera simpatía, y entonces comprenderás que no encajamos; o bien no encajamos, y entonces comprenderás que no encajamos. Daba gusto ver cómo las muchachas jóvenes se devanaban los sesos para comprender aquel discurso enigmático, y sin embargo noté claramente que un par de ellas lo entendían a la perfección; pues en el punto de romper un compromiso, toda muchacha joven es una casuista nata. —Sí, en verdad creo que me sería más fácil discutir con el mismísimo diablo que con una muchacha joven, cuando se trata de en qué casos conviene romper un compromiso. —

Hoy estuve con ella. Con premura, con la rapidez del pensamiento, encaminé de inmediato la conversación hacia el mismo objeto con que la había ocupado ayer, tratando una vez más de llevarla al éxtasis. «Había una observación que ya ayer quise hacer; se me ocurrió cuando ya me había ido.» Funcionó. Mientras estoy con ella, encuentra gozo en escucharme; cuando me he ido, advierte bien que ha sido engañada, que yo he cambiado. Así es como uno va retirando sus acciones. Este modo es astuto, pero sumamente eficaz, como todos los métodos indirectos. Ella bien puede explicarse que algo así, como aquello de lo que hablo, pueda ocuparme; es más, a ella misma le interesa en el momento, y sin embargo yo la privo de lo verdaderamente erótico.

Oderint, dum metuant, como si solo el miedo y el odio fueran de la mano, mientras que el miedo y el amor no tuvieran nada en absoluto que ver entre sí, ¿como si no fuera precisamente el miedo lo que hace interesante al amor? ¿Qué clase de amor es aquel con que abrazamos la Naturaleza? ¿No hay en él una angustia y un horror misteriosos, porque su bella armonía se abre paso desde la anarquía y la confusión salvaje, y su seguridad desde la deslealtad? Pero precisamente esa angustia es lo que más cautiva. Así ocurre también con el amor, cuando ha de ser interesante. Detrás de él debe incubarse la noche honda y angustiosa de la que brota la flor del amor. Así reposa la *nymphæa alba* con su cáliz sobre la superficie del agua, mientras el pensamiento se angustia al precipitarse hacia la oscuridad profunda donde tiene su raíz. —He notado que ella siempre me llama «mío» cuando me escribe; pero no tiene valor para decírmelo a mí. Hoy se lo pedí yo mismo, tan insinuante y eróticamente cálido como me fue posible. Ella comenzó a hacerlo; una mirada irónica, más breve y rápida de lo que se puede decir, bastó para hacérselo imposible, a pesar de que mi labio la incitaba con todas sus fuerzas. Ese estado de ánimo es normal.

Ella es mía. Eso no se lo confío a las estrellas, como es costumbre; en realidad no veo en qué puede interesar esta noticia a esos astros lejanos. Tampoco se lo confío a ningún ser humano, ni siquiera a Cordelia. Este secreto lo guardo yo solo para mí, lo susurro, por así decirlo, dentro de mí mismo, incluso en las conversaciones más secretas conmigo mismo. La resistencia intentada por su parte no fue muy grande; en cambio, el poder erótico que despliega es admirable. ¡Qué interesante es en esta honda pasionalidad, qué grande es, casi sobrenatural! ¡Qué flexible es para escabullirse, qué ágil para deslizarse por todas partes en cuanto descubre un punto sin defender! Todo está puesto en movimiento; pero en este bramido de los elementos me encuentro precisamente en mi elemento. Y sin embargo, ni siquiera en esa agitación deja ella de ser hermosa, ni está desgarrada en estados de ánimo, ni dispersa en momentos. Es constantemente una Anadiómena, solo que no emerge con gracia ingenua ni con desenvuelta calma, sino agitada

por el fuerte pulso del amor erótico, siendo a la vez unidad y equilibrio. Está por completo armada eróticamente para el combate; lucha con la flecha de los ojos, con el mandato de las cejas, con el misterio de la frente, con la elocuencia del calor, con las peligrosas seducciones del regazo, con el ruego de los labios, con la sonrisa de las mejillas, con el dulce anhelo de toda su figura. Hay en ella una fuerza, una energía, como si fuera una valquiria, pero esta pujanza erótica se atempera a su vez mediante cierto lánguido desmayo que se exhala sobre ella. —No hay que mantenerla demasiado tiempo en este filo, donde solo la angustia y la inquietud pueden sostenerla en pie e impedir que se derrumbe. Ante tales movimientos, pronto sentirá que el compromiso le resulta demasiado estrecho, demasiado incómodo. Ella misma se convertirá en la Tentadora que me seduce a ir más allá del límite de lo Común; así se hará consciente de ello, y eso es para mí lo esencial.

Ahora caen no pocas expresiones de su parte que sugieren que está cansada del compromiso. No pasan por mi oído sin ser advertidas; son los exploradores de mi operación en su alma, que me dan indicios reveladores; son los cabos de hilo con que la voy devanando hacia mi plan.

* * *

¡Mi Cordelia!

Te quejas del compromiso, opinas que nuestro amor no necesita un vínculo externo que solo estorba. ¡En eso reconozco enseguida a mi excelente Cordelia! En verdad, te admiro. Nuestra unión externa no es, sin embargo, más que una separación. Todavía hay un muro intermedio que nos aparta, como a Píramo y Tisbe. Todavía nos perturba el conocimiento de los demás. Solo en la contraposición hay libertad. Cuando ningún extraño presiente el amor, solo entonces cobra este significado; cuando cualquier ajeno cree que los amantes se odian, solo entonces el amor es feliz.

Tu Johannes.

* * *

Pronto se romperá el vínculo del compromiso. Es ella misma quien lo desata, para, si es posible, cautivarme aún con más fuerza mediante esa soltura, tal como los rizos sueltos al viento cautivan más que los recogidos. Si yo rompiera el compromiso, me perdería ese salto mortal erótico, tan seductor de contemplar y tan seguro indicio de la audacia de su alma. Esto es para mí lo esencial. A ello se añade que todo el suceso me acarrearía no pocas consecuencias desagradables respecto a los demás. Caería mal, sería odiado, aborrecido, aunque sin razón; pues ¿acaso no sería ventajoso para muchas? Hay más de una pequeña doncella que, a falta de estar prometida, se contentaría de buen grado con haber estado bastante cerca de estarlo. Eso es siempre algo, aunque, si he de ser sincero, muy poco, pues cuando así se ha empujado uno hacia delante para conseguir plaza en la lista de expectativas, precisamente entonces se queda sin expectativa alguna; cuanto más se asciende, cuanto más se avanza, tanto menor es la expectativa. En el mundo del amor no rige el principio de antigüedad en materia de ascenso y promoción. A ello se añade que una pequeña doncella así está harta de quedarse sentada en herencia indivisa, y necesita que un suceso agite su vida. Pero ¿qué hay comparable a una desdichada historia de amor, sobre todo cuando además una puede tomarse todo el asunto tan a la ligera? Se hace creer entonces a sí misma y a su prójimo que está entre las engañadas, y como no está calificada para ser admitida en un asilo de la Magdalena, se aloja en cambio en la prensa de lágrimas. Me odia, pues, con toda conciencia del deber. A esto se añade además una división de aquellas a quienes otro ha engañado del todo, o a medias, o en sus tres cuartas partes. Hay a este respecto muchos grados, desde las que pueden alegar un anillo, hasta las que cuelgan su sombrero de un apretón de manos en una contradanza. Sus heridas se reabren de nuevo con el nuevo dolor. Su odio me lo llevo yo como propina. Pero todas esas odiadoras son, naturalmente, otras tantas enamoradas encubiertas de mi pobre corazón. Un rey sin tierras es una figura ridícula; pero una guerra de sucesión entre una multitud de pretendientes a un reino sin tierras, eso supera lo más ridículo. Así debería en realidad ser amado y atendido por el bello sexo como un monte de piedad.

Un verdadero prometido solo puede sostener a una, pero una posibilidad tan vasta como esta puede sustentar, es decir, sustentar más o menos, a cuantas haga falta. De toda esta cháchara finita quedo libre, y tengo además la ventaja de poder presentarme, de cara afuera, en un papel enteramente nuevo. Las muchachas jóvenes se compadecerán de mí, tendrán lástima de mí, suspirarán por mí; yo me sumaré por completo a ese mismo tono, pues también así se puede cazar.

Es bastante curioso: noto en este tiempo, con dolor, que se me presenta la señal delatora que *Horacio* desea a toda muchacha desleal: un diente negro, y encima un incisivo. ¡Qué supersticioso puede uno llegar a ser! Ese diente me perturba de veras; no me gusta nada ninguna alusión a él, es un punto flaco que tengo. Mientras que por lo demás estoy en todas partes plenamente armado, aquí hasta el más torpe zoquete puede asestarme un golpe que llega mucho más hondo de lo que él cree, con solo tocar ese diente. Hago todo lo posible por blanquearlo, pero en vano; digo con Palnatoke:

lo froto de día, lo froto de noche,
mas no logro borrar la sombra negra.

La vida contiene, sin embargo, una cantidad extraordinaria de lo enigmático. Una circunstancia tan pequeña puede perturbarme más que el ataque más peligroso, la situación más penosa. Quiero hacérmelo extraer, pero eso perjudica mi órgano y el poder de mi voz. Con todo, me lo haré extraer; haré que me pongan uno falso, pues este será falso para con el mundo, mientras que el negro era falso para conmigo.

Es cosa por completo excelente que Cordelia se rebele contra un compromiso. El matrimonio es y sigue siendo una institución venerable, aunque tenga de tedioso el que, ya desde su juventud, disfrute de una parte de la venerabilidad que solo la edad procura. Un compromiso, en cambio, es una auténtica invención humana, y como tal, tan significativo y tan ridículo a la vez, que por un lado es de lo más natural que una muchacha joven, en el torbellino de la

pasión, se salte por encima de él, y sin embargo, por otro lado, sienta su importancia, sienta la energía de su alma como un sistema sanguíneo superior presente en todas partes en su interior. De lo que ahora se trata es de guiarla de tal manera que, en su audaz vuelo, pierda de vista el matrimonio y, en general, el terreno firme de la realidad, de modo que su alma, tanto por su orgullo como por su angustia de perderme, aniquile una forma humana imperfecta, para precipitarse hacia algo que esté por encima de lo humano corriente. En este sentido, sin embargo, no tengo por qué temer, pues su paso por la vida es ya ahora tan flotante y ligero que la realidad ha quedado ya, en gran parte, fuera de su vista. Además, yo estoy siempre a bordo con ella, y siempre puedo desplegar las velas.

La mujer es y sigue siendo para mí una materia inagotable para la reflexión, una eterna superabundancia para la observación. El hombre que no sienta necesidad de este estudio, por mí puede ser lo que quiera en este mundo; una cosa no es: no es esteta. Precisamente eso es lo espléndido, lo divino de la estética: que solo se relaciona con lo bello; esencialmente solo tiene que ver con la bella literatura y el bello sexo. Puede regocijarme, puede regocijar mi corazón imaginar el sol de la feminidad irradiando en una multiplicidad infinita, dispersándose en una confusión de lenguas, donde cada una posee una pequeña parte de toda la riqueza de la feminidad, aunque de tal modo que lo demás que se halla en ella se organiza armónicamente en torno a ese punto. En este sentido, la belleza femenina es infinitamente divisible. Solo que cada parte particular de la belleza debe estar dominada con armonía, pues de lo contrario resulta perturbador, y uno acaba pensando que la Naturaleza, al hacer a esta muchacha, tuvo en mente algo, pero se quedó ahí. Mis ojos nunca pueden cansarse de recorrer apresuradamente esta multiplicidad periférica, estas emanaciones dispersas de la belleza femenina. Cada punto particular tiene su pequeña parte y sin embargo es perfecto en sí, feliz, alegre, hermoso. Cada una tiene lo suyo: la sonrisa alegre; la mirada pícaro; el ojo anhelante; la cabeza inclinada; el ánimo desenfadado; la

callada melancolía; el hondo presentimiento; la tristeza premonitoria; la nostalgia terrena; las emociones no confesadas; las cejas que hacen señas; los labios interrogantes; la frente misteriosa; los rizos cautivadores; las pestañas que ocultan; el orgullo celestial; el pudor terreno; la pureza angelical; el rubor secreto; el andar ligero; el grácil flotar; la postura lánguida; el ensueño anhelante; los suspiros inexplicados; el talle esbelto; las formas suaves; el seno exuberante; las caderas turgentes; el pie pequeño; la mano graciosa. —Cada una tiene lo suyo, y la una no tiene lo que tiene la otra. Cuando entonces he visto y vuelto a ver, contemplado y vuelto a contemplar esta multiplicidad del mundo, cuando he sonreído, suspirado, halagado, amenazado, deseado, tentado, reído, llorado, esperado, temido, ganado, perdido —entonces cierro el abanico, entonces lo disperso se reúne en lo Uno, las partes en el Todo. Entonces mi alma se regocija, entonces late mi corazón, entonces se enciende la pasión. Esta única muchacha, la única en el mundo entero, ha de pertenecerme, ha de ser mía. Que Dios se quede entonces con el cielo, con tal de que yo pueda quedarme con ella. Bien sé lo que elijo; es tan grande que ni el cielo mismo podría salir beneficiado de tal reparto, pues ¿qué quedaría en el cielo si yo me quedara con ella? Los creyentes mahometanos se verían defraudados en su esperanza si, en su paraíso, abrazaran sombras pálidas y sin fuerza; pues corazones cálidos no podrían hallar, ya que todo el calor del corazón estaba reunido en su pecho; desconsolados se desesperarían al encontrar labios pálidos, ojos apagados, un seno inmóvil, un apretón de manos pobre; pues todo el rubor de los labios, y el fuego de los ojos, y la inquietud del calor, y la promesa del apretón de manos, y el presentimiento del suspiro, y el sello del beso, y el estremecimiento del roce, y la pasión del abrazo —todo, todo estaba reunido en ella, que derrochaba conmigo lo que habría bastado para un mundo, tanto en este como en el otro. Así he reflexionado a menudo sobre este asunto; pero cada vez que pienso así, me caldeo siempre, porque me la imagino cálida a ella. Aunque por lo general se considera el calor una buena señal, de ahí no se sigue, sin embargo, que se vaya a conceder a mi modo de pensar el honroso predicado de ser sólido. Por eso, para variar, quiero ahora

pensarla fría, yo mismo con frialdad. Intentaré pensar a la mujer categorialmente. ¿Bajo qué categoría ha de concebírsela? Bajo el Ser-para-Otro. Esto no debe tomarse, sin embargo, en mal sentido, como si aquella que fuese para mí lo fuese también para otro. Aquí, como siempre en el pensar abstracto, hay que abstenerse de toda consideración a la experiencia; pues de lo contrario, en el caso presente, tendría yo, de un modo curioso, la experiencia tanto a mi favor como en mi contra. La experiencia es aquí, como en todas partes, un personaje singular, pues su ser consiste siempre en estar tanto a favor como en contra. Ella es, pues, Ser-para-Otro. Tampoco aquí, desde otro punto de vista, hay que dejarse perturbar por la experiencia, que enseña que rara vez se encuentra una mujer que sea en verdad Ser-para-Otro, ya que una gran mayoría, por lo general, no es absolutamente nada, ni para sí misma ni para los demás. Esta determinación la tiene ella en común con toda la Naturaleza, con todo lo Femenino en general. Toda la Naturaleza es así meramente para-otro, no en sentido teleológico, como si un eslabón particular de la Naturaleza fuera para otro eslabón particular, sino que la Naturaleza entera es para-otro, es para el Espíritu. Así ocurre a su vez con lo particular. La vida vegetal, por ejemplo, despliega con toda ingenuidad sus gracias ocultas y es meramente para-otro. Del mismo modo, un enigma, una charada, un secreto, una vocal, etc., son meramente un Ser-para-Otro. De ahí puede explicarse también por qué Dios, al crear a *Eva*, hizo caer un sueño profundo sobre Adán; pues la mujer es el sueño del hombre. También de otro modo enseña aquel relato que la mujer es Ser-para-Otro. Se dice, en efecto, que Jehová tomó una de las costillas del hombre. Si, por ejemplo, la hubiera tomado del cerebro del hombre, la mujer habría seguido siendo Ser-para-Otro, pero su destino no era ser un producto cerebral, sino algo por completo distinto. Ella se hizo carne y sangre, y con ello cae precisamente bajo la determinación de la Naturaleza, que es esencialmente Ser-para-Otro. Solo con el contacto del amor erótico despierta ella; antes de eso, es sueño. Sin embargo, en esta existencia onírica pueden distinguirse dos estadios: el primero es aquel en que el amor erótico

sueña con ella; el segundo, aquel en que ella sueña con el amor erótico.

Como Ser-para-Otro, la mujer está caracterizada por la pura virginidad. La virginidad es, en efecto, un ser que, en la medida en que es ser-para-sí, es propiamente una abstracción, y solo se manifiesta para-otro. Lo mismo está implícito en la inocencia femenina. Puede decirse, por tanto, que la mujer en este estado es invisible. Tampoco existía, como es sabido, imagen alguna de *Vesta*, la diosa que más propiamente representaba la virginidad genuina. Esta existencia es, en efecto, estéticamente celosa de sí misma, como Jehová lo es éticamente, y no quiere que exista imagen alguna, ni siquiera representación alguna de ella. Es esta la contradicción: que aquello que es para-otro, no es, y solo se hace visible, por así decirlo, mediante lo otro. Desde el punto de vista lógico, esta contradicción está por completo en orden, y quien sepa pensar lógicamente no se dejará perturbar por ella, sino que se regocijará con ella. Quien, en cambio, piense de manera ilógica, se figurará que aquello que es Ser-para-Otro es en el sentido finito, tal como puede decirse de una cosa particular que es algo para mí.

Este ser de la mujer (la palabra existencia ya dice demasiado, pues ella no subsiste por sí misma) se designa con propiedad como gracia, expresión que recuerda la vida vegetativa; ella es como una flor, según gustan de decir los poetas, y hasta lo espiritual en ella está presente de un modo vegetativo. Yace enteramente en la determinación natural y por eso solo es libre estéticamente. En un sentido más profundo, no se hace libre sino por el hombre, y por eso se dice: pedir la mano, y por eso es el hombre quien la pide. Cuando él la pide como es debido, no puede haber ya cuestión de elección alguna. La mujer elige, ciertamente, pero si ese elegir se concibe como el resultado de una larga deliberación, tal elegir es poco femenino. Por eso es deshonroso llevarse calabazas, porque el individuo en cuestión se ha puesto demasiado alto, ha querido hacer libre a otro sin lograrlo. —En esta relación hay una honda ironía. Lo que es para-otro cobra apariencia de ser lo predominante: el hombre pide, la mujer elige. La mujer es, según su concepto, la vencida; el

hombre, según su concepto, el vencedor, y sin embargo el vencedor se inclina ante la vencida, y sin embargo esto es enteramente natural, y no es sino tosquedad, necedad y falta de sentido erótico ponerse por encima de lo que así se da inmediatamente. Tiene también una razón más honda. La mujer es, en efecto, sustancia; el hombre, reflexión. Ella, por tanto, tampoco elige sin más, sino que el hombre pide y ella elige. Pero el pedir del hombre es una pregunta; el elegir de ella, en realidad, no es sino respuesta a una pregunta. En cierto sentido el hombre es más que la mujer; en otro sentido, infinitamente menos.

Este Ser-para-Otro es la virginidad pura. Si ella intenta estar, ella misma, en relación con otro ser que sea ser para ella, la contraposición se manifiesta como la absoluta esquivez; pero esta contraposición muestra a la vez que el verdadero ser de la mujer es Ser-para-Otro. La contraposición diametral a la entrega absoluta es la esquivez absoluta, que en sentido inverso es tan invisible como la abstracción contra la cual todo se estrella, sin que por ello la abstracción cobre vida. La feminidad adopta entonces el carácter de la crueldad abstracta, que es la punta caricaturizada de la propia fragilidad virginal. Un hombre jamás puede ser tan cruel como una mujer. Si se consulta a las mitologías, los cuentos, las leyendas populares, se hallará esto corroborado. Si hay que describir un principio de la naturaleza que en su implacabilidad no conoce límite alguno, es un ser virginal. O bien uno se horroriza al leer de una doncella que, impasible, deja que sus pretendientes se jueguen la vida, como se lee tan a menudo en los cuentos de todos los pueblos. Un *Barbazul* mata a todas las muchachas que ha amado en la noche de bodas, pero no encuentra su gozo en matarlas; al contrario, el gozo ha ido por delante, ahí reside la concreción; no es una crueldad por la crueldad misma. Un *Don Juan* las seduce y huye de ellas, pero no siente ningún gozo en huir de ellas, sino en seducirlas; no se trata en absoluto, pues, de esa crueldad abstracta.

Así veo, cuanto más pienso en el asunto, que mi práctica está en perfecta armonía con mi teoría. Pues mi práctica ha estado siempre impregnada de la convicción de que la mujer es esencialmente Ser-

para-Otro. Por eso el instante tiene aquí una importancia tan infinita; porque Ser-para-Otro es siempre asunto del instante. Puede pasar más o menos tiempo antes de que llegue el instante, pero en cuanto ha llegado, aquello que originariamente era Ser-para-Otro adopta un ser relativo, y con eso se acabó. Bien sé que los maridos hablan de que la mujer, también en otro sentido, es Ser-para-Otro, que es todo para ellos durante toda la vida. Eso hay que concedérselo a los maridos, desde luego. En realidad, creo que es algo que se hacen creer mutuamente. Todo estado tiene en general, en esta vida, ciertas costumbres convencionales, y sobre todo ciertas mentiras convencionales. Entre ellas hay que contar este cuento de marineros. Entender el instante no es asunto tan fácil, y quien lo malentiende cae naturalmente en un tedio semejante para toda la vida. El instante es todo, y en el instante la mujer es todo; las consecuencias no las entiendo. Entre ellas está también la consecuencia de tener hijos. Ahora bien, me figuro que soy un pensador bastante consecuente, pero aunque me volviera loco, no soy hombre capaz de pensar esa consecuencia; no la entiendo en absoluto, pues para eso hace falta un marido.

Ayer visitamos Cordelia y yo una familia en su residencia de verano. La compañía se quedaba la mayor parte del tiempo en el jardín, donde se mataba el tiempo con toda suerte de ejercicios corporales. Entre otras cosas, se jugó también a la sortija. Aproveché la ocasión, cuando otro caballero que había jugado con Cordelia se hubo retirado, para reemplazarlo. ¡Qué riqueza de gracia desplegaba ella, aún más seductora por el esfuerzo embellecedor del juego! ¡Qué armonía tan encantadora en la contradicción de sus movimientos! ¡Qué ligera era —como una danza sobre praderas! Qué vigorosa, sin necesitar sin embargo resistencia alguna, engañosa hasta que el equilibrio lo explicaba todo; qué ditirámica su actitud, qué provocadora su mirada. El juego mismo tenía, como es natural, un interés particular para mí. Cordelia no parecía advertirlo. Una alusión mía a uno de los presentes sobre la hermosa costumbre de intercambiar anillos cayó como un rayo en su alma. Desde ese instante reposaba sobre toda la situación una luz más

alta, una significación más honda la impregnaba, una energía más elevada la abrasaba a ella por dentro. Sostuve ambas sortijas en mi bastón, me detuve un instante, cambié algunas palabras con los que nos rodeaban. Ella comprendió esta pausa. Volví a lanzarle las sortijas. Poco después las cogió ambas con su bastón. Las lanzó, como sin darse cuenta, las dos a la vez verticalmente hacia arriba, de modo que me fue imposible atraparlos. Este lanzamiento iba acompañado de una mirada llena de ilimitado atrevimiento. Se cuenta de un soldado francés que había hecho la campaña de Rusia que le amputaron una pierna a causa de la gangrena. En el mismo instante en que terminó la dolorosa operación, agarró la pierna por el pie, la lanzó al aire y gritó: *vive l'empereur*. Con una mirada semejante lanzó ella, más hermosa que nunca, ambas sortijas al aire y se dijo a sí misma: viva el amor. Sin embargo, no me pareció prudente dejarla desbocarse en aquel estado de ánimo, ni dejarla sola con él, por temor al abatimiento que tan a menudo le sigue. Me mantuve, pues, del todo tranquilo, y la obligué, valiéndome de la presencia de los que nos rodeaban, a seguir jugando, como si nada hubiera advertido. Una conducta así no hace sino darle más elasticidad.

Si en nuestra época pudiera esperarse alguna simpatía por tales indagaciones, yo propondría como cuestión a premiar: ¿quién es, pensado estéticamente, más pudorosa, una joven doncella o una joven casada, la ignorante o la conocedora, a cuál de las dos se puede conceder más libertad? Pero cosas así no ocupan a nuestra época tan seria. En Grecia una indagación semejante habría suscitado atención general, el Estado entero se habría puesto en movimiento, sobre todo las jóvenes doncellas y las jóvenes casadas. Eso no se creerá en nuestra época, pero tampoco se creería en nuestra época si se contara la conocida disputa que sostuvieron dos muchachas griegas, y la investigación sumamente minuciosa a que dio lugar; pues en Grecia no se trataban tales problemas de manera ligera y frívola; y sin embargo todos saben que *Venus* lleva un sobrenombre con ocasión de esa disputa, y que todos admiran la imagen de Venus que la ha inmortalizado. Una mujer casada tiene

dos períodos de su vida en los que es interesante: la primerísima juventud, y de nuevo, mucho después, cuando ya ha envejecido considerablemente. Pero tiene también, y no hay que negárselo, un instante en el que es aún más encantadora que una joven doncella, en el que inspira aún más veneración; pero es un instante que rara vez se da en la vida, es una imagen para la fantasía, que no necesita verse en la vida, y que acaso nunca se ve. Me la imagino entonces sana, florida, exuberantemente desarrollada; tiene a un niño en brazos, hacia el cual se vuelve toda su atención, en cuya contemplación está absorta. Es una imagen que hay que llamar lo más encantador que la vida humana tiene que mostrar, es un mito de la naturaleza, que por eso solo debe verse artísticamente, no en la realidad. Tampoco debe haber más figuras en el cuadro, ningún entorno, que solo estorba. Si uno se dirige así a nuestras iglesias, a menudo tiene ocasión de ver a una madre presentarse con su hijo en brazos. Ahora bien, dejando aparte el inquietante llanto del niño, dejando aparte el pensamiento angustioso sobre las expectativas de los padres respecto al futuro del pequeño, fundado en ese llanto, el entorno ya es tan perturbador que, aunque todo lo demás fuera perfecto, el efecto se perdería de todos modos. Se ve al padre, y eso es un gran defecto, pues suprime lo mítico, lo encantador; se ve — *horrenda refero*— el grave coro de los padrinos, y se ve... absolutamente nada. Representada como imagen para la fantasía, es lo más encantador de todo. No me faltan arrojo ni desenvoltura, ni suficiente temeridad para arriesgar un ataque; pero si en la realidad viera yo semejante cuadro, quedaría desarmado.

¡Cuánto me ocupa Cordelia! Y sin embargo el tiempo se acaba pronto, mi alma exige siempre rejuvenecimiento. Ya oigo, como a lo lejos, cantar al gallo. Ella acaso también lo oye, pero cree que es la mañana lo que anuncia. —¿Por qué es tan hermosa una joven doncella, y por qué dura tan poco? Podría ponerme del todo melancólico con este pensamiento, y sin embargo, a mí no me atañe. Goza, no charles. Las personas que hacen procesión de tales reflexiones, por lo general no gozan en absoluto. Sin embargo, no puede hacer daño que este pensamiento aflore; pues esta

melancolía, no por cuenta propia sino por cuenta ajena, vuelve a uno por lo general un poco más varonilmente bello. Una melancolía que despunta como un velo de niebla, engañoso, sobre la fuerza viril, forma parte de lo eróticamente varonil. A esto corresponde en la mujer una cierta tristeza. —Cuando una doncella se ha entregado del todo por primera vez, entonces todo ha terminado. Sigo siempre acercándome a una joven doncella con cierta angustia, el corazón me palpita, porque siento el poder eterno que reside en su ser. Frente a una mujer casada, jamás se me ha ocurrido tal cosa. La poca resistencia que con ayuda del arte se procura oponer no es nada. Es como si se quisiera decir que la toca de la mujer casada tuviera que impresionar más que la cabeza descubierta de la joven doncella. Por eso *Diana* ha sido siempre mi ideal. Esta pura virginidad, esta esquivez absoluta, siempre me ha ocupado mucho. Pero, si bien siempre ha acaparado mi atención, también le he tenido siempre un poco de ojeriza. Pues supongo que en realidad no merece en absoluto todos los elogios sobre su virginidad que ha cosechado. Sabía, en efecto, que su partida en la vida reside en su virginidad, por eso la conserva. A esto se añade que en un rincón filológico del mundo he oído murmurar que ella tenía una idea de los terribles dolores de parto que había padecido su madre. Esto la ha atemorizado, y en ello no puedo censurar a Diana; digo, en efecto, con Eurípides: prefiero ir tres veces a la guerra antes que dar a luz una sola vez. De Diana, en realidad, no podría enamorarme, pero no niego que daría mucho por una conversación con ella, por lo que yo llamaría una conversación como es debido. Para toda suerte de burlas justamente tendría que prestarse. Mi buena Diana tiene manifiestamente, de un modo u otro, un saber en sí que la hace mucho menos ingenua incluso que Venus. No me interesaría espiarla en el baño, en absoluto, pero sí querría espiarla con mis preguntas. Si me deslizara hasta una cita en la que temiera por mi victoria, entonces me prepararía y me armaría, pondría en movimiento a todos los espíritus del erotismo conversando con ella. —

Ha sido a menudo objeto de mi reflexión qué situación, qué instante debía considerarse el más seductor. La respuesta a esto

depende, naturalmente, de lo que se desea, de cómo se desea, y de cómo se está desarrollado. Yo me quedo con el día de la boda, y en especial con un instante determinado. Cuando ella está allí, engalanada como novia, y todo su esplendor palidece sin embargo ante su belleza, y ella misma palidece a su vez; cuando la sangre se detiene, cuando el pecho reposa, cuando la mirada tantea, cuando el pie vacila, cuando la doncella tiembla, cuando el fruto madura; cuando el cielo la eleva, cuando la seriedad la fortalece, cuando la promesa la sostiene, cuando la oración la bendice, cuando el mirto la corona; cuando el corazón se alza, cuando el ojo se clava en la tierra, cuando ella se oculta en sí misma, cuando deja de pertenecer al mundo para pertenecerle del todo; cuando el calor ondula, cuando la criatura suspira, cuando la voz falla, cuando la lágrima tiembla, antes de que el enigma se explique, cuando la antorcha se enciende, cuando el novio espera —entonces está ahí el instante. Pronto es demasiado tarde. Solo queda un paso, pero ese paso basta justamente para un paso en falso. Este instante hace importante hasta a la más insignificante doncella, hasta una pequeña *Zerlina* se convierte en un objeto. Todo debe estar reunido, lo más opuesto unido en el instante; si falta algo, sobre todo una de las contraposiciones principales, la situación pierde de inmediato una parte de lo seductor. Hay un grabado conocido. Representa a una niña que va a confesarse. Se la ve tan joven y tan inocente que casi, tanto por ella como por el confesor, uno se siente turbado pensando qué podrá tener ella que confesar. Levanta un poco el velo y mira hacia el mundo, como buscando algo que quizá en una ocasión posterior pudiera tener oportunidad de confesar, y se entiende, no es tampoco más que un deber de solicitud hacia... el confesor. La situación es harto seductora, y como ella es la única figura de la estampa, nada impide pensar la iglesia en que todo ello sucede tan espaciosa, que bien podrían predicar varios predicadores, y de lo más diversos, a la vez. La situación es harto seductora, y no tengo nada en contra de que se me sitúe en el fondo, sobre todo si la muchacha no tiene nada en contra. Sin embargo, sigue siendo siempre una situación de lo más subordinado, pues la muchacha

parece, en ambos sentidos, no ser más que una niña, y por tanto ha de pasar tiempo antes de que llegue el instante.

¿He sido ahora, en mi relación con Cordelia, siempre fiel a mi pacto? Es decir, mi pacto con lo estético; pues es eso lo que me hace fuerte, el tener siempre la idea de mi parte. Es un secreto como el cabello de Sansón, que ninguna Dalila ha de arrebatarme. Engañar a una muchacha lisa y llanamente, para eso ciertamente no tendría yo constancia; pero el que la idea esté en movimiento, el que sea a su servicio como actúo, a cuyo servicio me consagro, eso me da severidad conmigo mismo, abstinencia de todo goce prohibido. ¿Se ha conservado siempre lo interesante? Sí, eso me atrevo a decirlo libre y abiertamente en esta conversación secreta. El compromiso mismo era lo interesante precisamente en esto: en que no daba lo que se entiende comúnmente por lo interesante. Conservaba lo interesante precisamente en esto: en que la apariencia externa estaba en contradicción con la vida interior. Si yo hubiera estado secretamente unido a ella, eso solo habría sido interesante en primera potencia. Esto, en cambio, es lo interesante en segunda potencia, y por eso, para ella, lo interesante propiamente dicho. El compromiso se rompe, pero por el hecho de que ella misma lo deshace, para elevarse a una esfera más alta. Así debe ser; pues esta es precisamente la forma de lo interesante que más habrá de ocuparla.

EL 16 DE SEPTIEMBRE

El vínculo se rompió; anhelante, fuerte, audaz, divina, vuela ella como un pájaro al que ahora, por primera vez, se le permite desplegar la envergadura de sus alas. ¡Vuela, pájaro, vuela! En verdad, si este vuelo regio fuese un alejarse de mí, me dolería infinitamente en lo más hondo. Como si la amada de Pigmalión hubiese vuelto a convertirse en piedra, así sería para mí. Ligera la he hecho, ligera como un pensamiento, ¡y ahora este pensamiento mío no habría de pertenecerme! Sería para desesperar. Un instante antes, no me habría ocupado; un instante después, no habrá de inquietarme; pero ahora —ahora— este ahora es para mí una eternidad. Pero ella no vuela lejos de mí. ¡Vuela entonces, pájaro, vuela, alízate orgulloso sobre tu ala, deslízate a través del blando reino del aire, pronto estaré junto a ti, pronto me esconderé contigo en la honda soledad!

La tía quedó algo sorprendida por esta noticia. Sin embargo, es demasiado librepensadora para querer forzar a Cordelia, aunque yo, en parte para adormecerla aún más, en parte para burlarme un poco de Cordelia, he hecho algunos intentos de conseguir que se interese por mí. Por lo demás, me muestra mucha compasión; no sospecha con cuánta razón puedo yo rehusar toda compasión.

Ha obtenido permiso de la tía para pasar algún tiempo en el campo; va a visitar a una familia. Es una feliz coincidencia que no pueda entregarse enseguida al desbordamiento de su estado de ánimo. Se la mantiene así todavía algún tiempo en tensión mediante toda suerte de resistencia externa. Mantengo con ella una débil

comunicación por medio de cartas; así reverdece de nuevo nuestra relación. Ahora hay que fortalecerla por todos los medios; sobre todo, es mejor dejarla dar un par de vueltas de excéntrico desdén hacia los hombres y hacia lo común. Cuando llegue el día de su partida, se presentará un mozo de confianza como cochero. Fuera de la puerta se le unirá mi criado de toda confianza. La acompañará hasta el lugar de destino y permanecerá junto a ella, para su servicio y asistencia en caso necesario. Después de mí mismo, no conozco a nadie más idóneo para esto que Johan. Yo mismo he dispuesto todo allá con el mayor gusto posible. No falta nada que de algún modo pueda servir para embelesar su alma y sosegarla en un exuberante bienestar.

* * *

¡Mi Cordelia!

Todavía los gritos de alarma de las distintas familias no se han fundido en la confusión de un griterío ciudadano como el capitolino. Algunos solos sueltos ya habrás tenido que sufrir seguramente. Imagínate toda la asamblea de los caballeros del té y las comadres del café; imagínate a una dama ocupando la presidencia, que forma un digno paralelo de aquel inmortal presidente *Lars* de *Claudius*, y tienes una imagen, una idea y una medida de lo que has perdido, y ante quién: el buen juicio de las gentes de bien.

Con esta va el célebre grabado que representa al presidente *Lars*. No he podido comprarlo por separado, así que he comprado todo el *Claudius*, lo he arrancado y he tirado el resto; pues ¿cómo iba a atreverme a molestarte con un regalo que no tiene ninguna significación para ti en este instante, cómo no iba a desplegar todos mis esfuerzos para procurarte lo que solo por un instante pudiera serte grato; cómo iba a permitir que en una situación se mezclara más de lo que a ella pertenece? Semejante prolijidad la tiene la naturaleza, y el hombre esclavizado en las relaciones finitas de la vida, pero tú, mi Cordelia, tú la odiarás en tu libertad.

Tu Johannes.

* * *

La primavera es, con todo, la época más hermosa para enamorarse; el estío tardío, la más hermosa para hallarse en la meta de sus deseos. En el estío tardío hay una melancolía que corresponde enteramente al movimiento con que el pensamiento del cumplimiento de un deseo recorre a uno. Hoy mismo he estado en la casa de campo donde, dentro de unos días, Cordelia hallará un entorno que armoniza con su alma. Yo mismo no deseo participar en su sorpresa ni en la alegría que ello le cause; semejantes golpes de efecto eróticos no harían sino debilitar su alma. Cuando, en cambio, esté sola allí abajo, se abandonará al ensueño en ese lugar, verá por doquier alusiones, señas, un mundo encantado, pero todo esto perdería su significación si yo estuviera a su lado; le llevaría a olvidar que para nosotros ha quedado atrás el momento del tiempo en que algo así, disfrutado en común, tendría significación. Este entorno no debe aprisionar narcóticamente su alma, sino dejarla siempre elevarse por encima de él, de modo que lo contemple como un juego que nada tiene que significar en comparación con lo que ha de venir. Yo mismo pienso, en estos días que aún quedan, visitar este lugar más a menudo, para mantenerme en el estado de ánimo.

* * *

¡Mi Cordelia!

Ahora te llamo en verdad mía, ningún signo exterior me recuerda mi posesión. —Pronto te llamaré en verdad mía. Y cuando entonces te tenga bien ceñida entre mis brazos, cuando tú me encierres en tu abrazo, no necesitaremos ningún anillo que nos recuerde que nos pertenecemos, pues ¿no es este abrazo un anillo que es más que una señal? Y cuanto más ceñido se cierra este anillo en torno a nosotros, cuanto más indisolublemente nos une, tanto mayor es la libertad, pues tu libertad consiste en ser mía, como la mía en ser tuya.

Tu Johannes.

* * *

* * *

¡Mi Cordelia!

Alfeo se enamoró, durante la cacería, de la ninfa Aretusa. Ella no quiso atenderlo, sino que huyó siempre de él, hasta que en la isla de Ortigia se transformó en una fuente. Alfeo se afligió tanto por ello que se transformó en un río de Elis, en el Peloponeso. Sin embargo, no olvidó su amor, sino que se unió, bajo el mar, con aquella fuente. ¿Ha pasado ya el tiempo de las transformaciones? Respuesta: ¿ha pasado el tiempo del amor? ¿Con qué habría de comparar tu alma pura y honda, que no tiene relación alguna con el mundo, sino con una fuente? ¿Y no te he dicho que soy como un río que se ha enamorado? ¿Y no me precipito ahora, estando separados, bajo el mar, para unirme contigo? Bajo el mar nos encontraremos de nuevo, pues solo en esa profundidad nos pertenecemos verdaderamente el uno al otro.

Tu Johannes.

* * *

* * *

¡Mi Cordelia!

Pronto, pronto serás mía. Cuando el sol cierre su ojo escrutador, cuando la historia haya terminado y comiencen los mitos, entonces no solo me echaré encima mi capa, sino que me echaré la noche encima como una capa, y correré hacia ti y escucharé para encontrarte, no siguiendo tus pisadas, sino el latido de tu corazón.

Tu Johannes.

* * *

En estos días, en que no puedo estar presente junto a ella personalmente cuando quiero, me ha inquietado el pensamiento de si en algún instante se le habrá ocurrido pensar en el futuro. Hasta ahora no se le ha ocurrido nunca; para eso he sabido demasiado bien embotarla estéticamente. No cabe pensar nada más antierótico

que esa charla sobre el futuro, que entonces tiene esencialmente su razón en que no se tiene con qué llenar el tiempo presente. Cuando estoy presente, no temo tampoco tal cosa; sabré bien llevarla a olvidar tanto el tiempo como la eternidad. Si uno no sabe ponerse en tal grado en contacto con el alma de una muchacha, nunca debería aventurarse a querer embelesarla, pues entonces será imposible evitar los dos escollos: la pregunta sobre el futuro y el catecismo sobre la fe. Por eso está enteramente en orden que *Margarita*, en el *Fausto*, le someta a un pequeño examen semejante, puesto que *Fausto* ha cometido la imprudencia de dárselas de galán caballeresco, y contra tal ataque una muchacha está siempre armada.

Ahora creo que todo está dispuesto en orden para su recibimiento; no le faltará ocasión de admirar mi memoria, o mejor dicho, no tendrá tiempo de admirarla. Nada se ha olvidado que pudiera tener alguna significación para ella, y en cambio no se ha dispuesto nada que lisa y llanamente pudiera recordarme a mí, si bien yo estoy en todas partes invisiblemente presente. El efecto dependerá, sin embargo, en gran medida de cómo llegue ella a verlo la primera vez. A ese respecto mi criado ha recibido las instrucciones más precisas, y a su manera es un virtuoso consumado. Sabe deslizarse, casual y descuidadamente, una observación cuando recibe orden de hacerlo; sabe hacerse el ignorante; en fin, no tiene precio para mí. —El emplazamiento es tal como ella podría desearlo. Si uno se sienta en medio de la habitación, ve hacia ambos lados por encima de todo primer plano, tiene a ambos lados el horizonte infinito, está solo en el vasto mar del aire. Si uno se acerca más a una fila de ventanas, entonces se arquea a lo lejos, en el horizonte, un bosque como una corona, que limita y encierra. Así debe ser. ¿Qué ama el amor? —un recinto cerrado; ¿no era el paraíso mismo un lugar cercado, un jardín hacia el oriente? —Pero este anillo se cierra demasiado apretado en torno a uno; uno se acerca más a la ventana, un lago tranquilo se oculta humildemente entre el entorno más elevado; a su orilla yace una barca. Un suspiro de la plenitud del corazón, un soplo de la inquietud del pensamiento —y se suelta de sus amarras, se

desliza sobre la superficie del lago, suavemente movida por el manso soplo de un anhelo indecible; uno desaparece en la soledad misteriosa del bosque, mecido por la superficie del lago, que sueña con la oscuridad profunda del bosque. —Uno se vuelve hacia el otro lado, y entonces se extiende ante los ojos el mar, al que nada detiene, perseguido por el pensamiento, al que nada retiene. —¿Qué ama el amor? Lo infinito. —¿Qué teme el amor? —El límite. — — Dentro de la sala grande hay una habitación más pequeña, o mejor dicho, un gabinete, pues lo que aquella habitación de la casa de los *Wahl* estaba a punto de ser, esto lo es. El parecido es engañoso. Una estera, trenzada de mimbre, cubre el suelo; delante del sofá hay una mesita de té, con una lámpara encima, igual a la de allá, en casa. Todo es lo mismo, solo que más suntuoso. Esta variación bien puedo permitírmela con la habitación. En la sala hay un piano, muy sencillo, pero que recuerda al piano que había en casa de los *Jansen*. Está abierto. Sobre el atril está abierta la pequeña aria sueca. La puerta que da al recibidor está entornada. Ella entrará por la puerta del fondo; de eso está instruido *Johan*. Entonces su mirada caerá de golpe en el gabinete y en el piano, el recuerdo despertará en su alma, y en ese mismo instante Johan abrirá la puerta. —La ilusión es completa. Ella entra en el gabinete. Está satisfecha, de eso estoy convencido. Al posarse su mirada en la mesa, ve un libro; en el mismo instante lo coge Johan, como para dejarlo a un lado, añadiendo por casualidad: sin duda el señor lo habrá olvidado, cuando estuvo aquí esta mañana. Con eso sabrá ella, en primer lugar, que ya esta mañana he estado allí, y en segundo lugar querrá ver el libro. Es una traducción alemana de la conocida obra de *Apuleyo: Amor y Psique*. No es una obra poética, pero tampoco debe serlo; pues siempre es una ofensa para una joven doncella ofrecerle una verdadera obra poética, como si en un instante semejante ella misma no fuera lo bastante poética para embeber la poesía que se oculta inmediatamente en lo fáctico, y que no ha sido antes digerida por el pensamiento de otro. Por lo general no se piensa en esto, y sin embargo es así. —Ella querrá leer este libro, con lo cual el propósito queda alcanzado. —Al abrirlo por el sitio en que se leyó por última vez, encontrará una pequeña ramita de mirto; encontrará

también que tiene un poco más de significación que la de ser un simple marcapáginas.

* * *

¡Mi Cordelia!

¿Qué miedo?! Cuando estamos unidos, somos fuertes, más fuertes que el mundo, más fuertes que los dioses mismos. Sabes que hubo una vez una estirpe sobre la tierra que, sin duda, eran hombres, pero cada uno se bastaba a sí mismo, no conocía la íntima unión del amor. Sin embargo eran poderosos, tan poderosos que querían asaltar el cielo. *Júpiter* los temió, y los dividió de modo que de uno se hicieron dos, un hombre y una mujer. Si ahora sucede a veces que lo que una vez estuvo unido vuelve a juntarse en el amor, entonces tal unión es más fuerte que *Júpiter*; pues ya no son solo tan fuertes como cada uno lo era, sino aún más fuertes, porque la unión del amor es todavía más alta.

Tu Johannes.

EL 24 DE SEPTIEMBRE

La noche está tranquila —son las once y cuarto— el cazador junto a la puerta toca su bendición sobre el campo, resuena desde Blegdammen —entra dentro de la puerta— vuelve a tocar, resuena todavía más lejano. —Todo duerme en paz, menos el amor. ¡Levantaos, pues, poderes secretos del amor, congregaos en este pecho! La noche está silenciosa —un pájaro solitario interrumpe este silencio con su grito y el batir de sus alas, al rozar el campo cubierto de rocío bajando por la pendiente del glacis; también él se apresura sin duda hacia una cita —*i accipio omen!*—. ¡Qué ominosa está toda la naturaleza! Tomo por augurio el vuelo de los pájaros, sus gritos, los saltos desenfrenados de los peces contra la superficie del agua, su desaparición bajo lo profundo, un ladrido lejano de perro, el traqueteo lejano de un carruaje, pasos que resuenan desde muy lejos. No veo espectros en esta hora nocturna, no veo lo que ha sido, sino lo que ha de venir, en el seno del lago, en el beso del rocío, en la niebla que se extiende sobre la tierra y oculta su fecundo abrazo. Todo es imagen, yo mismo soy un mito sobre mí mismo, pues ¿no es acaso como un mito que me apesure hacia este encuentro? Quién soy yo no importa nada; todo lo finito y lo temporal está olvidado, solo queda lo eterno, el poder del amor, su anhelo, su bienaventuranza. —¡Qué templada está mi alma, como un arco tenso, cómo yacen los pensamientos dispuestos como flechas en mi carcaj, no envenenadas y sin embargo bien capaces de mezclarse con la sangre! ¡Qué vigorosa está mi alma, sana, alegre, presente como un dios! — — Por naturaleza era ella hermosa. ¡Te doy gracias, naturaleza maravillosa! Como una madre has velado

sobre ella. ¡Gracias por tu desvelo! Intacta estaba ella. Os doy gracias a vosotros, los hombres, a quienes ella se lo debía. Su desarrollo fue obra mía —pronto gozaré mi recompensa. —¡Cuánto he reunido en este único instante que ahora se acerca! ¡Muerte e infierno, si lo dejara escapar! —

Aún no veo mi coche. — Oigo un chasquido de látigo: es mi cochero. — ¡Arrea, a vida o muerte, aunque los caballos revienten, con tal de que no sea ni un segundo antes de que estemos en el lugar!

EL 25 DE SEPTIEMBRE

¿Por qué no puede durar más una noche así? Si Alektryon pudo olvidarse de sí mismo, ¿por qué no puede el Sol ser lo bastante compasivo como para hacer otro tanto? Pero ahora ya ha pasado, y no deseo volver a verla nunca más. Cuando una muchacha lo ha entregado todo, es débil, entonces lo ha perdido todo; pues la inocencia es en el hombre un momento negativo, mientras que en la mujer es la sustancia misma de su ser. Ahora toda resistencia es imposible, y solo mientras existe es hermoso amar; cuando ha cesado, es debilidad y ruina. No deseo que se me recuerde mi relación con ella; ella ha perdido el aroma, y ya pasaron los tiempos en que una muchacha, de dolor por su amante infiel, se transformaba en heliotropo. No quiero despedirme de ella; nada me resulta más repugnante que el llanto de mujer y los ruegos de mujer, que lo cambian todo y, sin embargo, en realidad no significan nada. La he amado; pero desde ahora ya no puede ocupar más mi alma. Si yo — fuera un dios, haría por ella lo que Neptuno hizo por una ninfa: la transformaría en un hombre.

Realmente valdría la pena saber si uno no sería capaz de poetizar de tal manera su salida de una muchacha, que pudiera hacerla tan orgullosa que se imaginase que era ella quien estaba harta de la relación. Podría llegar a ser un epílogo bastante interesante, que en sí y por sí mismo podría tener interés psicológico y, además, enriquecer a uno con muchas observaciones eróticas.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB